

1^{ER}

Δ
N
I
V
E
R
S
I
T
A
D
E
R
I
O

男



LA ESTELA DE LUVEL-KERAPT

Revista electrónica lovecraftiana de la
NUEVA LOGIA DEL TENTÁCULO

ENSAYO

NARRATIVA

POESÍA

ILUSTRACIÓN

CÓMIC

Número  / Brumario 07





Rechina este cuarto número de **La Estela de Luveh-kerapt** entre dos circunstancias difíciles de sostener por lo opuesto de su signo. La primera -grata- es la llegada con este ejemplar del PRIMER AÑO de existencia de nuestra revista electrónica dedicada al Maestro de Providence en particular y a lo escalofriante en general. La segunda circunstancia -amarga- es la inesperada desaparición de uno de los más veteranos y activos miembros del colectivo neologio; Jorge Roberto Ogdón, el Barón Dogon, cuya huella se encuentra presente en prácticamente cada rincón de la Nueva Logia y a quien dedicaremos cumplido homenaje próximamente.

Por otro lado, llegado a este primer año de travesía, es hora de hacer un reconocimiento a todos los que siendo ajenos al proyecto en sus orígenes se han sumado a él de forma valiente y laboriosa, apostando por un trabajo serio y concienzudo, empeñando sus talentos para dotarlo del magnífico nivel que entre todos buscamos. Buen trabajo, gracias.

En cuanto a los incombustibles colaboradores Neologios -alma mater y madre del cordero, todo en uno- que mantienen su nombre en el cartel, solo decirles que el rumbo es firme, la dirección correcta y la aventura -con su esfuerzo- no ha hecho más que empezar.

Así pues, lector, que lo disfrutes.

Eb Holt

ESTA SECCIÓN RECOGE LO MÁS RELEVANTE SOBRE EL ENTORNO LOVECRAFTIANO EN GENERAL.

JORGE ROBERTO ÓGDON / DOGON

II BARÓN DE BARKESTSHIRE Y GRAN CABALLERO DE LAS DOS SARNATH

Semblanza



Nacido en Sarnath, en un país tropical del Nuevo Mundo, de selva exuberante y naturaleza implacable. Viajero infatigable que siempre prefirió lugares con historia, naciones extravagantes o sitios arqueológicos. Desde los 6 años recibió el llamado de Anubis y dedicó su vida y sus estudios a la Antropología y la Egiptología. En 1974, participó de excavaciones en la lejana y fabulosa Isla de Pascua, junto al Dr. Murdoch de la Universidad de Miskatonic, con quien halló ciertas cosas que prefirieron callar y ocultar, y que, muchos años después, terminó confesando tenían algo que ver con un culto primitivo y sangriento mantenido por los antiguos pobladores de la isla, dedicado a un tal Ktulju o Cuchulu, como dejó escrito en unos papeles dispersos. Igualmente, junto con el Dr.

Carlos Scala de la Universidad de Asunción, excavó, en 1980, en el área de la represa de Yacyretá, sobre la margen de su tierra natal, en donde exhumaron 52 yacimientos de las culturas locales, trabajos sobre los cuales ambos responsables se negaron a publicar o dar detalle alguno. En otro documento suelto, ha consignado veladamente que los restos materiales de la región develaban una historia antediluviana, acerca de seres no humanos, que es preferible olvidar para siempre. Los objetos extraídos de la tierra roja paraguaya está celosamente guardados por una agencia gubernamental de esa nacionalidad y supervisados por otra norteamericana, en un lugar no revelado públicamente. Que se sepa, visitó el país del Nilo y se enamoró de la medite-

rránea Alejandría, aunque sólo permanecía en ella entre misiones en busca de misterios dormidos bajo el cálido manto de las arenas saharianas. Cada tanto, enviaba escritos a diversos editores, sobre temas sorprendentes y en rebuscado lenguaje, a veces erudito, otras iniciático, y sus mensajes dejaban entrever su devoción por el dios cánico Anubis, aquel que, en su niñez, le había convocado a su mundo fascinante desde la tapa de un libro en la vidriera de una librería. La vida compartida con los chamanes del Chaco Paraguay y con un sheij egipcio, en una villa cercana a las pirámides de Guiza, le hicieron conocer muchos senderos hacia los Otros Mundos. Ahora sigue la máxima de Tsung Tzu: "Ve como el rayo y vuelve como el relámpago", y, como el persona-

je de uno de sus pocos relatos literarios conocidos, "nadie sabe que me he marchado de donde estaba y nadie sabe que estoy donde me encuentro" - o algo así. Pero siempre nos hace llegar algo suyo, algún manuscrito, alguna señal del Otro Mundo. Unos dicen que vive en otra dimensión, una realidad aparte; otros, que fue llevado por unos seres en forma de cono rugoso a su mundo, a eones de aquí, y no falta quien ha dicho que, en realidad, siendo un Dogon, un descendiente o pariente de aquella extraña tribu del mismo nombre, se encuentra en la que ellos llaman Po, la estrella enana blanca que acompaña, invisible, a la bien conocida Sirio o Sothis, como le decían los griegos. Es curioso que Sirio sea la Estrella del Perro, la estrella de Anubis, quien está en el Misterio, como Dogon.



por
Joseph Curwen
 José María Prósper

H. P. Lovecraft

y las adaptaciones de sus obras
 a la cinematografía de género (I)



En cualquier estudio analítico de la cinematografía de género fantástico debe ocupar una parte importante del mismo un espacio estrictamente dedicado a la figura y la bibliografía del escritor americano Howard Phillips Lovecraft. Es importante hacer hincapié en el concepto de "su figura", porque en este escritor adquiere tanta importancia su propia obra literaria como los aspectos más puramente biográficos del mismo. Este hecho se observa en muy pocos autores; solamente unos cuantos, aquellos que están tocados por la compleja varita de la genialidad literaria, pueden gozar del privilegio que supone el no pasar nunca desapercibidos.

El palacio de los espíritus (The Haunted Palace, 1963) de Roger Corman.

H.P. Lovecraft pertenece a ese importante grupo de escritores que nunca llegó a conocer la estrella del éxito, de su propio éxito, puesto que éste caprichoso astro se encendió posteriormente a su muerte ocurrida en 1937. Al contrario, podemos afirmar sin ningún temor que Lovecraft nunca conocería su reconocimiento literario ni, seguramente, podría haberse imaginado que éste iba a producirse en algún momento, y más aún, jamás hubiera ni tan siquiera sospechado que acabaría encumbrado en esa extraña categoría elitista denominada "de culto". Y en absoluto con estas afirmaciones estoy confiando al escritor americano una maestría literaria en un sentido estrictamente de autor, sino que su maestría supera a su siempre controvertida calidad literaria para elevarlo a esa genialidad personal que unida a su bibliografía le ha convertido en una especie de "escritor maldito" de imparables e incontables influencias tanto en el mundo de la literatura como en el de las artes en general.

El mundo del cine ha ofrecido importantes muestras del interés por este autor desde que le llegó ese reconocimiento pos-

trero allá por los años 50; pero ahora, y siguiendo el discurso preconcebido, me referiré a las adaptaciones cinematográficas que el llamado Séptimo Arte ha realizado de una parte de su amplia bibliografía. Más adelante trataremos el amplísimo tema de las referencias que su obra ha generado en el terreno del fotograma. Estas adaptaciones de las que estamos



hablando tienen un denominador común que las interrelaciona constantemente; éste es el bajo, más bien escaso, presupuesto con que han contado; la escasa fidelidad con el texto original; una pobre calidad interpretativa, por supuesto salvando algunos casos; y un valiente y

arriesgado equipo técnico que, muchas veces con más ilusión que otra cosa, ha sacado adelante estos trabajos y han hecho posible que el cine del género que nos ocupa cuente entre su extensa filmografía, con títulos adaptados de importantes muestras lovecraftianas. Así que vaya por delante el máximo agradecimiento a estos arriesgados realizadores que han hecho posible esta serie de producciones cinematográficas, dejando muchas veces a un lado los aspectos más estrictamente comerciales a favor de sus intereses e inquietudes más personales.

Antes de seguir adelante es preciso comentar algunos aspectos importantes y básicos de las obras de Lovecraft que han complicado la vida de quienes se han planteado el reflejarlas en la gran pantalla.

H.P. Lovecraft es un autor literario que describe a lo largo de su bibliografía un tipo de terror metafísico muy complejo y difícil de adaptar al cine. Podemos distinguir dos líneas diferentes, aunque complementarias, respecto a las influencias del autor en la llamada "cinematografía lovecraftiana":

- las adaptaciones de sus trabajos

literarios.

- las influencias de los mismos o incluso de su propia y personal figura.

Una gran mayoría de las adaptaciones que el cine ha realizado ha obtenido unos resultados poco afortunados aunque realmente existen algunos pocos títulos bastante aceptables. Como ya se ha comentado, generalmente se ha tratado de producciones de escaso presupuesto, algo por otra parte muy común en el cine de género, en las que ha jugado un papel mucho más importante el deseo de inmortalizar en celuloide al escritor de Providence que los medios reales que se han manejado para conseguir este interesante objetivo.

Lovecraft, como escritor consiguió describir magníficamente:

- una serie de formas arquitectónicas y de paisajes que, hasta ese momento, nunca antes habían sido descritos.
- toda una serie de seres físicamente extraños e impensables a todas luces.
- una ambientación o atmósfera que, sin necesidad de nada más, resulta de por sí aterradora; personalísima ambientación que consiguió de manera extraordinaria dotar a todas y cada una de sus narraciones.

Estos tres anteriores aspectos son prácticamente imposibles de fotografiar en el celuloide cinematográfico. El trabajo de adaptación de una obra es realmente com-



Primera adaptación de un relato de Lovecraft; (El caso de Charles Dexter Ward) por Roger Corman.



plejo y, en muchas ocasiones, imposible de representar en objetivas imágenes visuales, siempre diferentes a esas peculiares y subjetivas exaltaciones imaginativas, mentales, oníricas y absolutamente personales que el propio lector de un texto es capaz de generar. Por estas razones anteriores insistimos en comentar la imperiosa dificultad que supone el reflejo en la gran pantalla del llamado Universo Lovecraftiano y a la vez el gran mérito e interés que estos trabajos cinematográficos tienen tanto para el género en general como para los seguidores del escritor americano en particular.

Otra cuestión que no ha de pasar desapercibida es la ausencia de diálogos en el relato lovecraftiano. Aunque quizás este aspecto no tenga extrema importancia para un buen guionista, sí que representa un peliagudo trabajo el hecho de describir en lenguaje cinematográfico toda esa conflictivo psiquismo que afecta a la gran mayoría de los personajes creados por nuestro escritor junto a su vivencia e interpretación de un horror absolutamente introspectivo ante las situaciones y circunstancias recreadas en los textos originales.

Retomando la cuestión en un sentido más directamente referido a las diferentes adaptaciones cinematográficas, realizar un listado exhaustivo resulta una tarea poco gratificante que no aportaría más que una serie de datos más o menos técnicos y de escaso interés, así que intentaré llevar a cabo un lógico recorrido cinematográfico lovecraftiano de manera que se pueda lle-

gar a comprender y apreciar, a través de algunas de las adaptaciones al cine, la evolución del autor en este medio artístico desde la primera adaptación que se produjo de una de sus obras.

La primera de estas adaptaciones fue de una de las más importantes obras de Lovecraft, ésta es la novela "El caso de Charles Dexter Ward" (1927) y que su autor nunca vería publicada. El cine la retitularía como El Palacio de los Espíritus [The Haunted Palace, 1963] de la mano mágica del emblemático director Roger Corman. Como realmente es Corman quien que ha "provocado" en esta industria el interés cinematográfico por el Maestro de Providence, al menos yo lo considero así, me detendré un tanto en esta primera adaptación y sus circunstancias que sin lugar a dudas nos ofrecerá muchas e importantes claves para comprender y entrelazar las adaptaciones que el cine ha realizado del escritor.

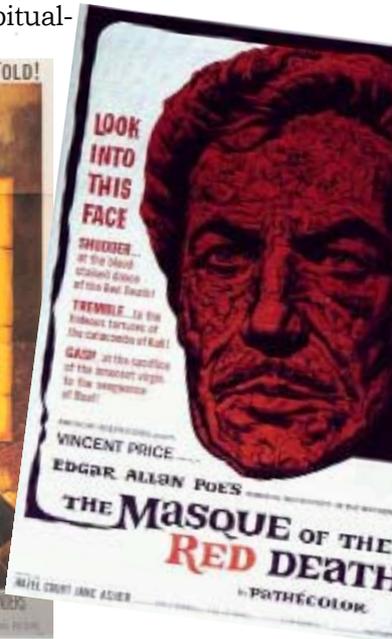
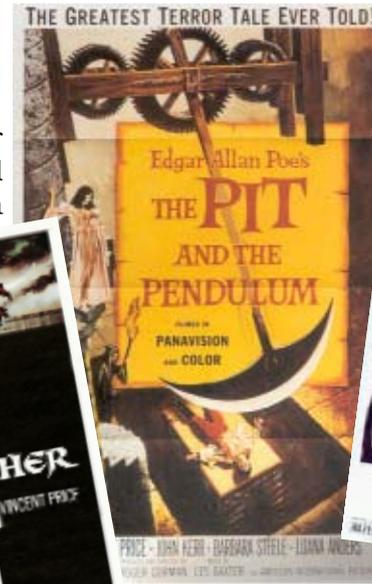
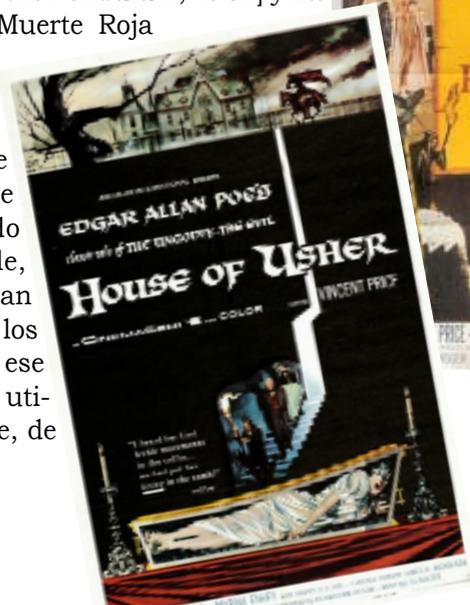
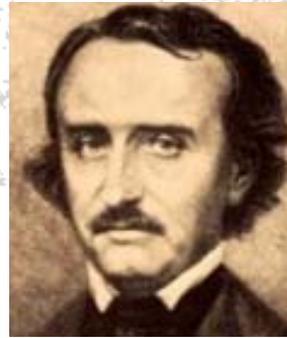
Allá por los años 60 estaban obteniendo considerable éxito de taquilla una serie de adaptaciones que el director americano Roger Corman, famoso tanto por sus inolvidables creaciones y aportaciones al Cine de Género Fantástico como por rodar sus películas en un tiempos realmente record, estaba realizando sobre la obra del escritor Edgar Allan Poe (1809-1849) considerado como uno de los principales maestros de la literatura de terror. La primera adaptación de una obra de H.P. Lovecraft al cine solamente se podía realizar a la sombra de un escritor de literatura de terror popularmente reconocido por el gran público. No

olvidemos que Poe es un autor que goza de gran popularidad entre un público de muy amplio espectro. Es un dato curioso e interesante que en esta primera adaptación Lovecraft aparece formando equipo con uno de los autores que éste más admiró desde siempre y que tuvo una importante influencia en su obra.

En 1963 la compañía American International Pictures (AIP) agotaba el muy exitoso y también lucrativo denominado Ciclo de Poe con una serie de producciones que, con el paso del tiempo, se han convertido en grandes clásicos del género. Entre éstas destacaríamos la trilogía La Casa Usher [House of Usher, 1960], La Fosa y el Péndulo [Pit and the Pendulum, 1961] y La Máscara de la Muerte Roja [The Masque of the Red Death, 1964].

Siguiendo este modelo que le había resultado muy rentable, Roger Corman quiso explotar los recursos, hasta ese momento nunca utilizados en el cine, de

los relatos de H.P. Lovecraft y con el excelente ojo clínico que le caracteriza decidió adaptar la novela "El Caso de Charles Dexter Ward", aunque por una serie de razones únicamente comerciales la productora insistió en titular la película con el nombre de un poema del escritor de Boston, "El Palacio Embrujado". Así la lovecraftiana producción se incorporó al denominado Ciclo de Poe como otra película más. Corman, indiscutiblemente maestro de maestros, encargó el texto a su guionista y colaborador Charles Beaumont y contó con un prometedor joven de su equipo llamado Francis Ford Coppola como director de diálogos. A otro de sus habituales colaboradores, Daniel Haller, le confió como hacía habitual-



Edgar Allan Poe y tres versiones cinematográficas de sus obras.



*Vincent Price y Debra Paget en
La casa de los espíritus.
Derecha; Francis Ford Coppola.*

mente la dirección artística. Solamente una breve apreciación, como sabemos Coppola se acabaría convirtiendo en un excelente director, productor y guionista de género y como veremos más adelante Haller dirigirá otras adaptaciones lovecraftianas. Pues bien, esta primera lovecraftiana producción del año 1963 estará protagonizada en sus principales papeles por el grandilocuente actor y máximo colaborador de Corman, Vincent Price (Charles Dexter Ward y Joseph Curwen), la bella actriz Debra Paget (Anne Ward) y el conocido actor del género Lon Chaney Jr. (Simon Orne). Este filme está considerado como una adaptación libre del original que consigue interesantes y muy buenos momentos, memorables escenas y una ambientación gótica muy lograda que Corman dominaba a la perfección. A partir de esta primera adaptación de la profesio-

nal manufactura de Roger Corman la obra de Lovecraft se seguirá guionizando en muchas y muy diferentes producciones cinematográficas sin dejar ya nunca más de interesar a cualquier profesional del género que se precie. Por estas razones, que ya aludía yo anteriormente, **Corman es el verdadero precursor de la cinematografía lovecraftiana**, puesto que además de haber llevado a cabo la primera adaptación al cine supo inculcar y des-



pertar entre sus más allegados colaboradores el interés por el Maestro Lovecraft y su magnética presencia en la gran pantalla.

Un par de años más tarde el ya mencionado colaborador de Corman, Daniel Haller dirige su primera película y como especial debút decide adaptar un relato de Lovecraft. Será "El color surgido del espacio" (1927) publicado ese mismo año en la revista Amazing Stories. De esta manera nace la producción americana El monstruo del terror [Die, Monster,

Die, 1965]. Se trata de una muy libre adaptación del mencionado cuento de terror cósmico protagonizada por el mítico actor Boris Karloff en el papel de Nahum Witley. La parte más destacable del metraje se centra en el mismo desenlace en que tiene lugar la lucha entre Karloff (Nahum Witley) y el monstruo, así como en ese clima abomina-



ble que se destila en ciertos momentos del filme. Será un director británico, Vernon Sewell, siempre interesado en el género quien posteriormente a Haller también sentirá esa imperiosa necesidad de dirigir una producción lovecraftiana; La maldición del altar rojo [Curse of the Crimson Altar, 1968], adaptación del



Boris Karloff y Debra Paget .



relato "Sueños en la casa de la bruja" (1932) publicado un año después en Weird Tales. Esta adaptación es muy libre en su guión aunque posee ciertos aspectos muy lovecraftianos del relato original, sobre todo ese inquietante aspecto onírico que envuelve la trama argumental del relato. Destacan las interpretaciones a cargo del ya maduro pero omnipresente actor Boris Karloff (John Marshe), Christopher Lee (Morley) y la musa del fantaterror Barbara Steele (Lavinia Morley) con un look absolu-

tamente memorable a base de cuernos y piel verdosa; tres auténticos pesos pesados del terror unidos por el maestro de Providence.

Nuevamente Daniel Haller indudablemente atraído por la bibliografía love-

su ambientación, aunque como toda adaptación que se precie siempre tendrá sus recalcitrantes detractores más puristas y ortodoxos. Daniel Haller en este trabajo cinematográfico cuenta como coproductor con su maestro Roger Corman que, como podemos observar, siempre



craftiana repite con el autor en una excelente producción titulada Terror en Dunwich [The Dunwich Horror, 1970]. Este filme es quizás una de las adaptaciones más fieles al original y que mejor ha conseguido reflejar ese complejo Universo Lovecraftiano tanto en su guión como en

confió en el éxito cinematográfico del escritor de Providence. Por medio de unos psicodélicos efectos especiales muy del gusto de los años 70 el filme recrea muy convincentemente el insano mundo

de los Whateley protagonizado por una impensablemente erótica Sandra Dee en el papel de Nancy Wagner, Dean Stockwell como el malvado Wilbur Whatetey y Ed Begley como el Dr. Armitage siempre pendiente de su Necronomicon y de la biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Todos los personajes del relato de H.P. Lovecraft y ese ambiente perverso e insano que rodea la ciudad y que nadie nunca supo describir como él, se plasman en la gran pantalla para el bien o el mal de los espectadores que escuchan asombrados esa profética frase declamada por el viejo Whateley (Sam Jaffe): *"Algún día ustedes, gentes, oirán al hijo de Lavinia llamando el nombre de su padre en la cima de Sentinel Hill"*.

Hasta este momento las adaptaciones cinematográficas de H.P. Lovecraft no habían obtenido demasiado éxito de taquilla, simplemente los incondicionales del escritor americano y algunos adeptos al cine de género habían descubierto estas primeras lovecraftianas adaptaciones. Tendrían que llegar los años 80 para que esta mencionada afirmación cambiase y que el nombre de Howard Phillips Lovecraft, a partir de ese momento, figurase con letras destacadas en los créditos de

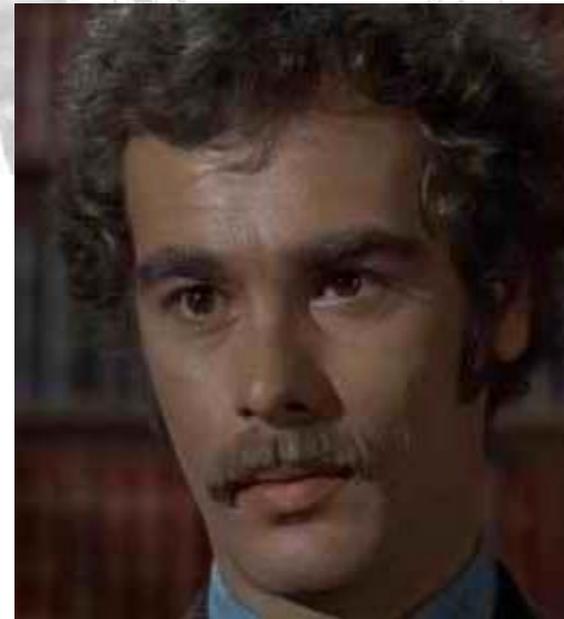


*Sandra Dee,
Dean Stockwell
y Ed Begley*



las siguientes producciones cinematográficas fruto de su obra. Con seguridad los títulos más importantes de las adaptaciones lovecraft-

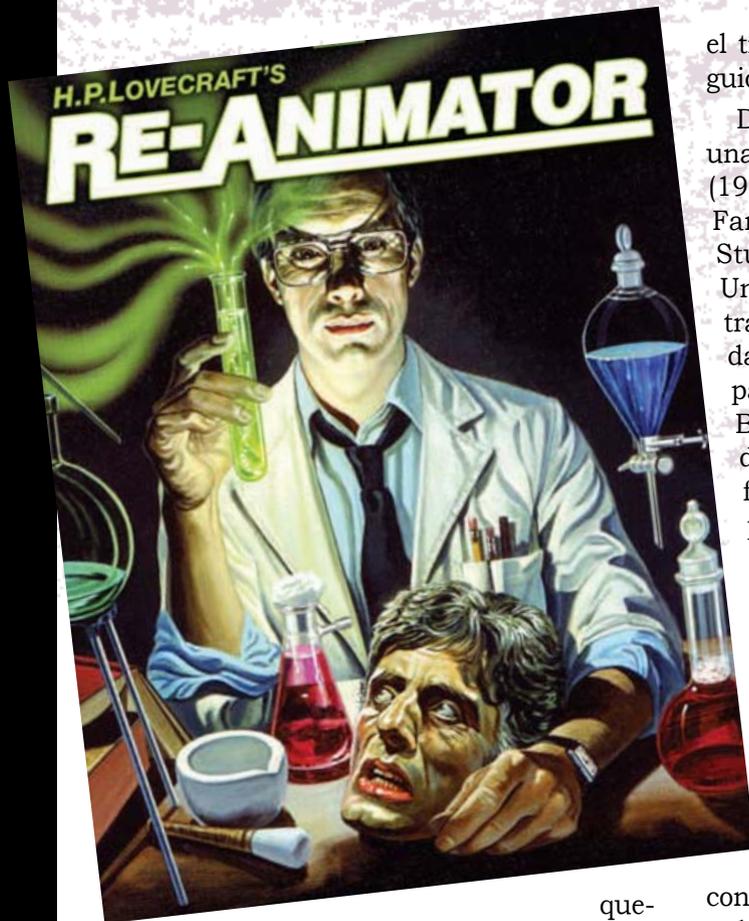
mada "Saga de Re-Animator", ambas dirigidas por el director Stuart Gordon. Reanimator [Re-Animator 1985], la primera de éstas, adapta el relato corto de Lovecraft titulado "Herbest West: Reanimador" (1922). Este relato se publicó en seis entregas ese mismo año en la revista Home Brew. Stuart Gordon es uno de los directores más lovecraftianos del panorama cinematográfico general y con este título que coguioniza junto a Dennis Paoli (con quien contará en todas sus producciones)



duce Brian Yuzna, otro realizador lovecraftiano de pro, adquiere importante éxito de taquilla llevándolo a continuar adaptando al Maestro de Providence en posteriores películas. El científico Herbert West está interpretado por el actor Jeffrey Combs que se convertirá a partir de este filme en un actor

tianas, en cuanto a éxito cinematográfico se refiere, son las dos primeras producciones de la lla-

fetichismo en estas adaptaciones, hasta el punto de que no se puede pensar en un Herbert West que no sea interpretado por Combs. También la actriz Barbara Crampton que interpreta a Megan Halsey



que-
dará marcada cinematográ-
ficamente hablando por sus participacio-
nes en estas producciones. El filme tendrá
unos toques de "gore" y "splatter" muy del
gusto del espectador del género, así como
claras dosis de humor negro y una serie de
escenas de contenido erótico junto a cierta
crueldad argumental propia del cine de los
80; aspectos éstos que a partir de este tí-
tulo formarán parte inherente del llama-
do cine lovecraftiano y conseguirán envolver

el título de un aire surrealista que consi-
guió el máximo favor del público.

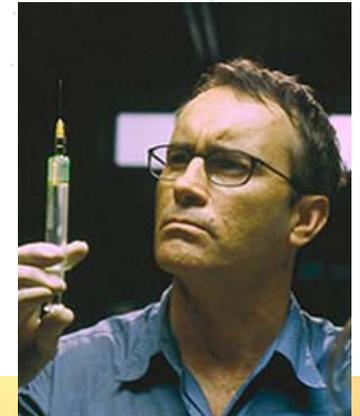
Del más allá [From Beyond, 1986] es
una adaptación del relato "Del Más Allá"
(1920) publicado en la revista "The
Fantasy Fan" en 1934. Nuevamente
Stuart Gordon se introduce en el
Universo Lovecraftiano a través de este
trabajo cinematográfico dirigiendo y coa-
daptando esta película junto a sus inse-
parables colaboradores Dennis Paoli y
Brian Yuzna, éste último también pro-
duce la película. Jeffrey Combs vuelve a
formar parte del elenco artístico inter-
pretando a Crawford Tillinghast y la
rubia Barbara Crampton en esta oca-
sión se meterá en la piel de Katherine
McMichaels, un médico que acabará
formando parte de las pesadillas eró-
ticas de la lovecraftiana producción.
Este trabajo sigue la misma línea que
el anterior en el tratamiento del tema
creando una especie de
marca inconfundible
que se mantendrá

constante prácticamente en
todas las adaptaciones poste-
riores.

El actor David Keith, deci-
de estrenarse en su faceta de
director cinematográfico con
una nueva adaptación de la
obra "El color surgido del
espacio" (1927), que Daniel
Haller ya había adaptado en
1965. Este nuevo intento lle-
vará por título La granja mal-
dita [The Curse, 1987]; producción real-

mente mediocre que no logra reflejar más
que de forma puramente anecdótica ese
inquietante ambiente que Lovecraft desa-
rrolló en el mencionado relato. Poco desta-
cable la dirección para este trabajo pro-
tagonizado por actores de la televisión ame-
ricana del momento como es el caso de
Claude Akins (Nathan Hayes) y John
Schneider (Carl Willis).

Jean-Paul Ouellette, director, escritor y
productor cinematográfico es un profesio-
nal que lleva mucho tiempo
trabajando en la
industria del
cine; comenzó
como aprendiz y
corrector de
guiones de los
realizadores
mundialmente
reconocidos



*Arriba Jeffrey Combsy,
Abajo Stuart Gordon y Dennis Paoli.*

Orson Wells y Russ Meyer; también está relacionado con Roger Corman y su compañía de cine independiente. Ouellette queda fascinado por la obra de H.P. Lovecraft desde el momento en que cayó en sus manos uno de sus libros. Decidió como cineasta que era preciso expresar en la gran pantalla algunos de los elaborados conceptos que el escritor americano había desarrollado en su amplia bibliografía. Por esta razón se gesta *El Innombrable* [The Unnamable, 1988], adaptación al cine del relato "El Innombrable" (1923) publicado la revista *Weird Tales* en 1925. Este trabajo, destinado al mercado del vídeo, está escrito, dirigido y coproducido por el propio Jean-Paul Ouellette, realizador básicamente reconocido por las diferentes adaptaciones a esta misma obra en una trilogía que está a punto de completarse con su último proyecto titulado *Lo Innombrable III: Las ratas en las paredes* [The Unnamable III: Rats in the Walls].

A diferencia del relato original en la película aparece el famoso grimorio maldito, *Necronomicón*, que el propio Carter descubre en la biblioteca de la mansión Winthrop con el que se invocan a diferentes espíritus y entidades entre las que se encuentra la deforme criatura del ático,

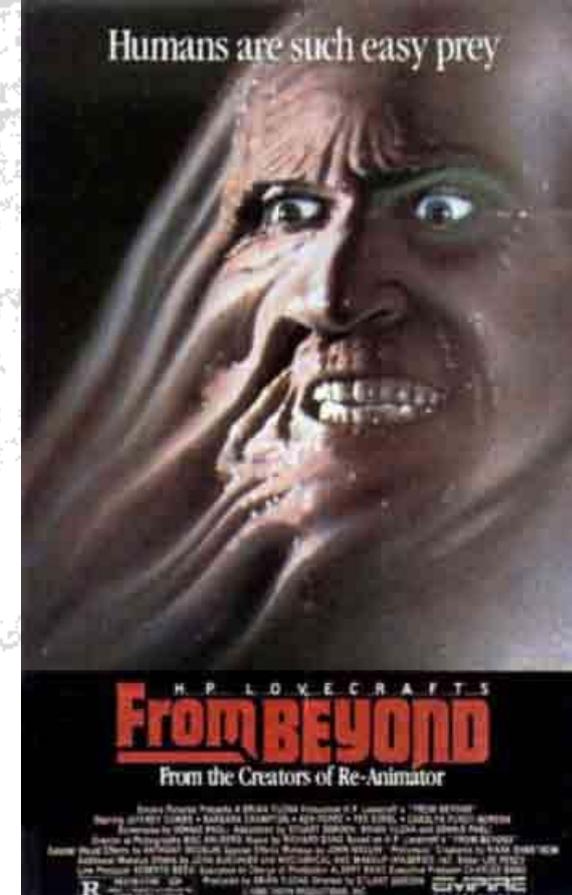


Barbara Crampton
y Brian Yuzna



Alyda Winthrop, papel interpretado por Katryn Alexandre; extraño engendro que posee pezuñas, cuernos, alas, colmillos y garras; una perversa abominación albina a la vez femenina y cruel.

La elección del actor Mark Kinsey Stephenson para interpretar el papel de Randolph Carter fue todo un acierto; interpreta el personaje con un aire sarcástico, un tanto demencial, exageradamente intelectual, elegante y fascinante que nos recuerda la figura del propio Howard

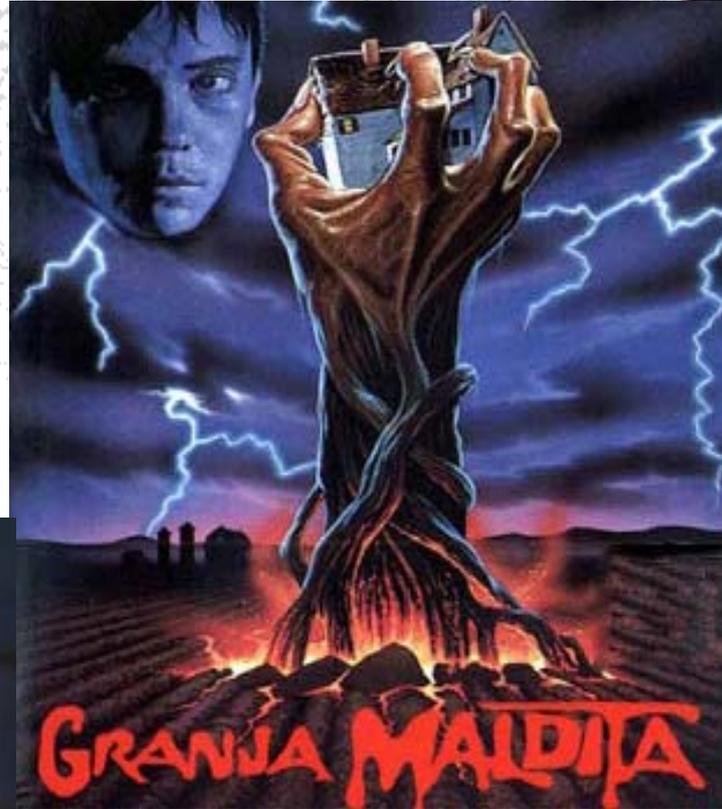
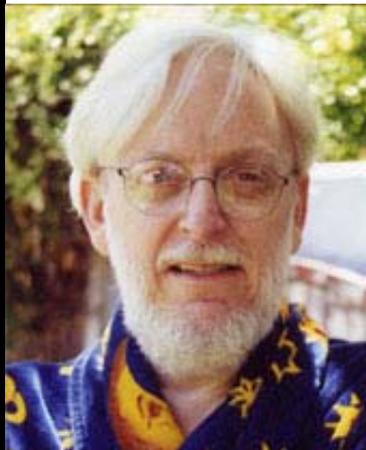


Phillips Lovecraft, incluso en el aspecto físico. Típico filme de bajo presupuesto con interpretaciones poco destacables, algo común en estas producciones, pero con un interesante y atractivo guión muy "a la lovecraftiana". Merece destacar la creación de la criatura ideada y diseñada por R. Christopher Biggs Productions consiguiendo un diseño absolutamente original e impactante del monstruo femenino. Se trata de un producto digno que merece ser considerado como una de las adaptaciones más destacables de una obra de H.P. Lovecraft.

Queda sumamente constatado el interés

que en gran cantidad de realizadores produce el escritor americano, interés que les lleva irremediamente a no conformarse con un único intento de adaptación de alguno de sus relatos. También Brian Yuzna, director, escritor y productor (produjo las adaptaciones lovecraftianas de Stuart Gordon y coguioniza la segunda de éstas) siempre seducido por Lovecraft realiza La novia de Reanimador [Bride Of Re-Animator, 1990] con clara inspiración de la genial La novia de Frankenstein [Bride of Frankenstein, 1935] James Whale. La película de Yuzna es una nueva adaptación del relato corto "Herbest West: Reanimador" (1922) esta vez producida, dirigida y coguionizada por Brian Yuzna convirtiéndose en la tercera entrega de las aventuras del lovecraftiano científico Herbert West y sus reanimaciones de cadáveres. Este trabajo sigue exacta-

mente la misma línea de los anteriores dirigidos por Stuart Gordon intentando aprovechar el éxito de pantalla de los ante-



*De izquierda a derecha;
Dan O'Bannon, David Keith y
Barbara Crampton.*

rios. Vuelve a contarse con la inestimable presencia de Jeffrey Combs en su eterno papel de Herbest West. El "gore", el "splatter", el humor negro y las escenas de macabro erotismo vuelven a encender las pantallas de las salas de cine de la época para el regocijo de los fans de H.P. Lovecraft.

Dan O'Bannon más escritor que otra

cosa (ha coguionizado importantes filmes de género como es el caso de Alien, el octavo pasajero [Alien, 1979] Ridley Scott, Muertos y enterrados [Dead and Buried, 1981] Gary Sherman, Lifeforce, fuerza vital [Lifeforce, 1985] Tobe Hooper, ente otros), dirige una nueva adaptación de "El caso de Charles Dexter Ward" (1927) que desde 1963 en que Roger Corman lo llevó al cine no se había vuelto a adaptar. En El resucitado [The Resurrected, 1991] O'Bannon consi-

que una interesante revisión del relato de Lovecraft llevado a época contemporánea. La película cuenta con muy buenas escenas como la que describe en forma de flash-back el momento en que unos hombres encuentran en el río una especie de ser deforme, uno de esos engendros degenerados creados en la literatura del autor. Quizás esa actualización de la historia no consigue esa convicción que el espectador necesita para hacer creíble la adaptación; no obstante se trata de un producto digno de tener en cuenta.

Los cineastas francés Christopher Gans, japonés Shusuke Kaneko y filipino Brian Yuzna se reúnen en una producción lovecraftiana de nombre

Necronomicon [H.P. Lovecraft's Necronomicon, Book of the Dead, 1993].

Coproducción francoamericana que consta de tres historias adaptadas de otros tantos relatos de Lovecraft: "El ahogado" dirigido por Christophe Gans y basado en "Las ratas en las paredes" (1923) publicada en Weird Tales en 1924; "El frío" dirigido

do por Shusuke Kaneko basado en "Aire frío" (1926) publicada en Tales of Magic and Mystery en 1928. Quizás es esta última la adaptación más fiel de las tres a la vez que de mayor interés cinematográfico.

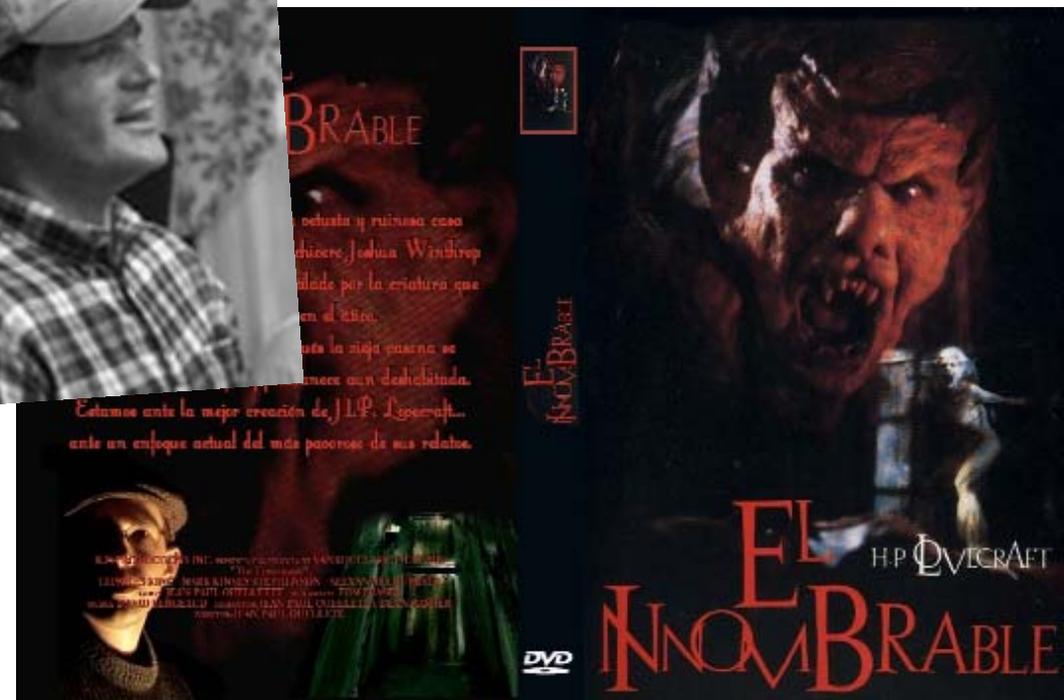
Brian Yuzna apuesta en esta ocasión con "Susurradores" basado en "El susurrador en la oscuridad" (1930) publicada en Weird Tales en 1931. Este trabajo se considera como una de las adaptaciones

más interesantes de los mencionados relatos de H.P. Lovecraft. Las tres historias están enlazadas por una aventura protagonizada por el propio H.P. Lovecraft interpretado (¡no podía ser menos!) por Jeffrey Combs, en una muy acertada caracterización que nos recuerda mucho los rasgos físicos del autor. Interesante juego de mano a mano de directores para este notorio filme que además produce Brian Yuzna. Destacan unos efectos especiales realmente impactantes y un uso del color y de la luz típicos de la manufactura de Yuzna.

Jean-Paul Ouellette insiste de nuevo con H.P. Lovecraft en Lo Innombrable II: La declaración de Randolph Carter [The Unnamable II: The Statement of Randolph



Claude Akins, John Schneider y Jean Paul Oulette.



Carter, 1993] Secuela del título anterior también dirigido al mercado del vídeo que añade la característica de estar también basada libremente en otro relato de H.P. Lovecraft escrito en 1919 "La declaración de Randolph Carter" y publicado 1920 en la revista The Vagrant. Jean Paul Ouellette vuelve a escribir, dirigir y coproducir el filme que pretende ser una continuación de su anterior producción. Ouellette volverá a contar con parte del equipo artístico y técnico con que ya trabajara en el título anterior: Randolph Carter será interpretado de nuevo por el actor Mark Kinsey Stephenson y Damon Howard por Charles Klausmeyer. Incluso Alexandra Durrell que en la primera entrega interpretó el papel de Tanya Heller, una de las jóvenes universitarias que acuden a la mansión Winthrop, en esta ocasión figura como coproductora. Para los efectos especiales y puesta en marcha de la criatura vuelve a contar con R. Christopher Biggs Productions. Un aspecto destacable de esta producción es la breve participación del actor británico David Warner que interpreta al universitario rector Thayer. Resulta de interés comentar que este actor tiene entre su amplio haber interpretativo otros títulos lovecraftianos como son Necronomicón [H.P.



Lovecraft's Necronomicon, Book of the Dead, 1993] Christopher Gans, Shusuke Kaneko y Brian Yuzna y En la boca del miedo [In the Mouth of Madness, 1995] John Carpenter. Esta segunda adaptación cinematográfica quizás resulta menos convincente que la anterior. Realmente la producción queda relegada a toda una serie de referencias lovecraftianas (Arkham, Dunwich, Cthulhu, Miskatonic, Necronomicón...) y a un libre, y poco adecuado, acercamiento a muchos de los temas y conceptos que el autor de Providence desarrolló en parte de su bibliografía, no obstante toda la producción destila durante todo el metraje un intenso, evidente y atractivo aire lovecraftiano.

El escritor C. Courtney Joyner dirige Infinitamente endemoniado [Lurking Fear, 1994] producción adaptada del relato corto "El



horror oculto" (1923) publicado en tres entregas en el mismo año en Home Brew. El único elemento común con este relato es la existencia subterránea de la perversa familia Martense cuyos miembros han alcanzado el grado máximo de degeneración y que viven de esta manera desde hace varias generaciones, así como la población de Leffert's Corners donde tiene lugar la acción. Courtney Joyner, más guionista que director, dirige y escribe este intento de adaptación del cuento lovecraftiano contando entre sus intérpretes nuevamente con Jeffrey Combs en su papel del Dr. Haggis.

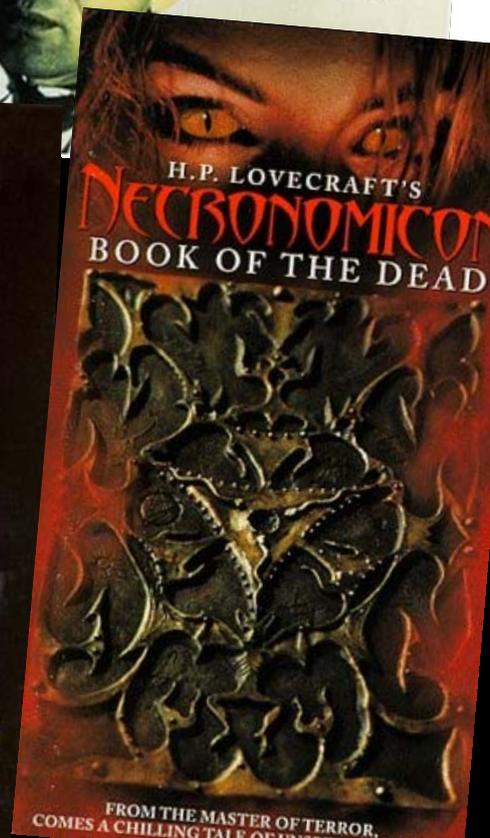
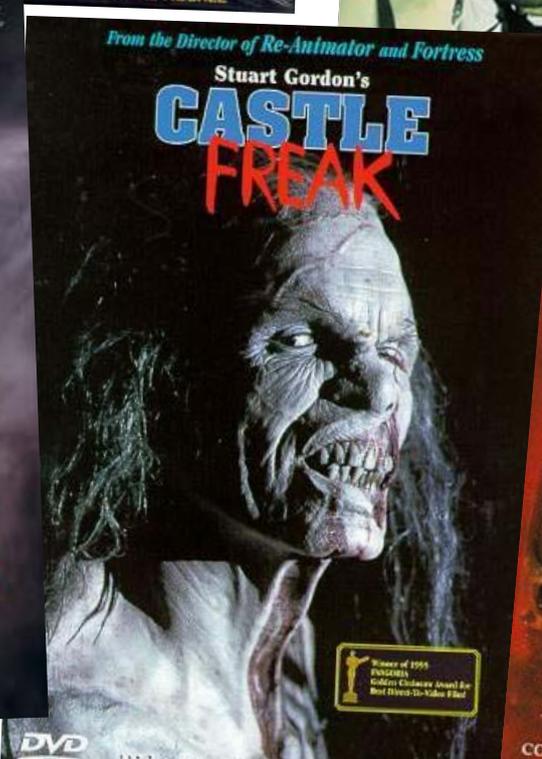
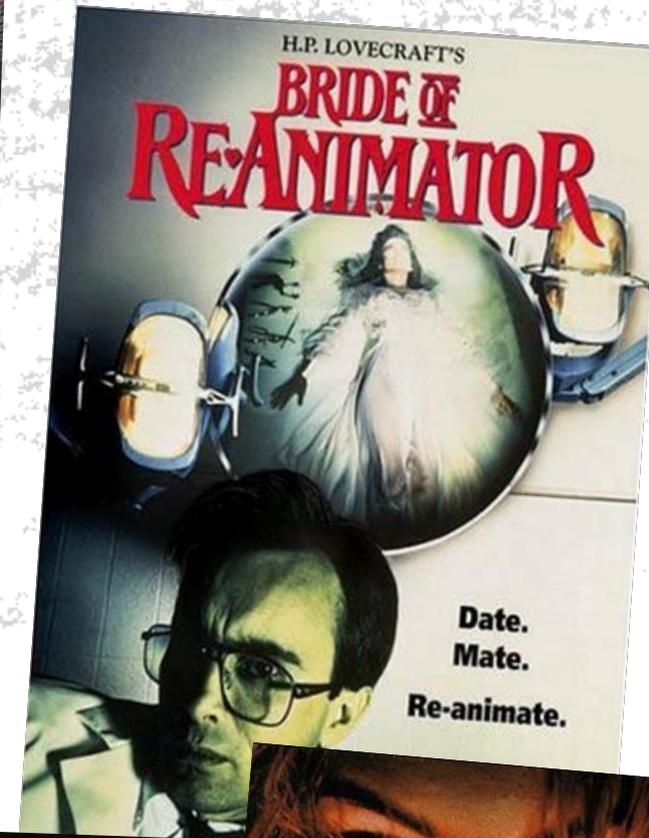
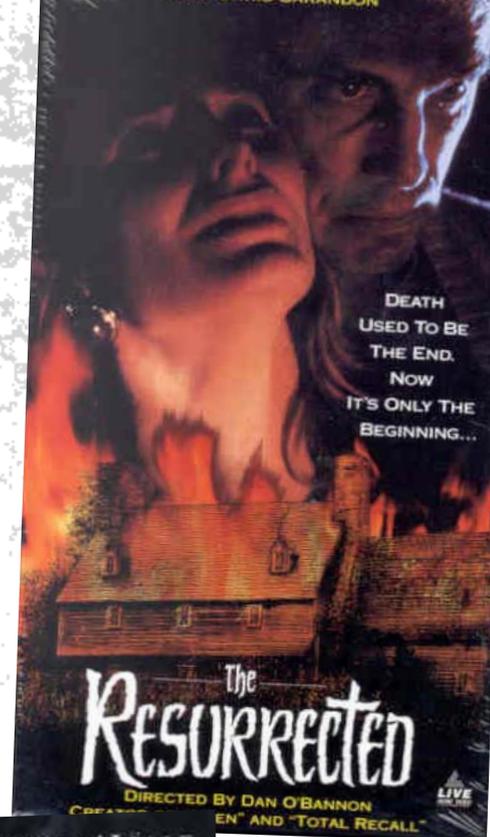
Tras esta producción es Stuart Gordon quien lleva a cabo Castillo maldito



Shusuke Kaneko, Christopher Gans y las criaturas de "Lo Innombrable" e "Infinitamente endemoniados"

[Castle Freak, 1995] Stuart Gordon, producción escrita por el propio S. Gordon y Dennis Paoli a partir del relato "El extraño" (1921) publicado en 1922 en The National Amateur. Protagonizada por Jeffrey Combs y la rubia Barbara Crampton ya convertidos en auténticos símbolos de la cinematografía más lovecraftiana.

○



por
Adolf J. Fort

*Autor de la novela de ambientación
lovecraftiana Las Cuatro Damas.*

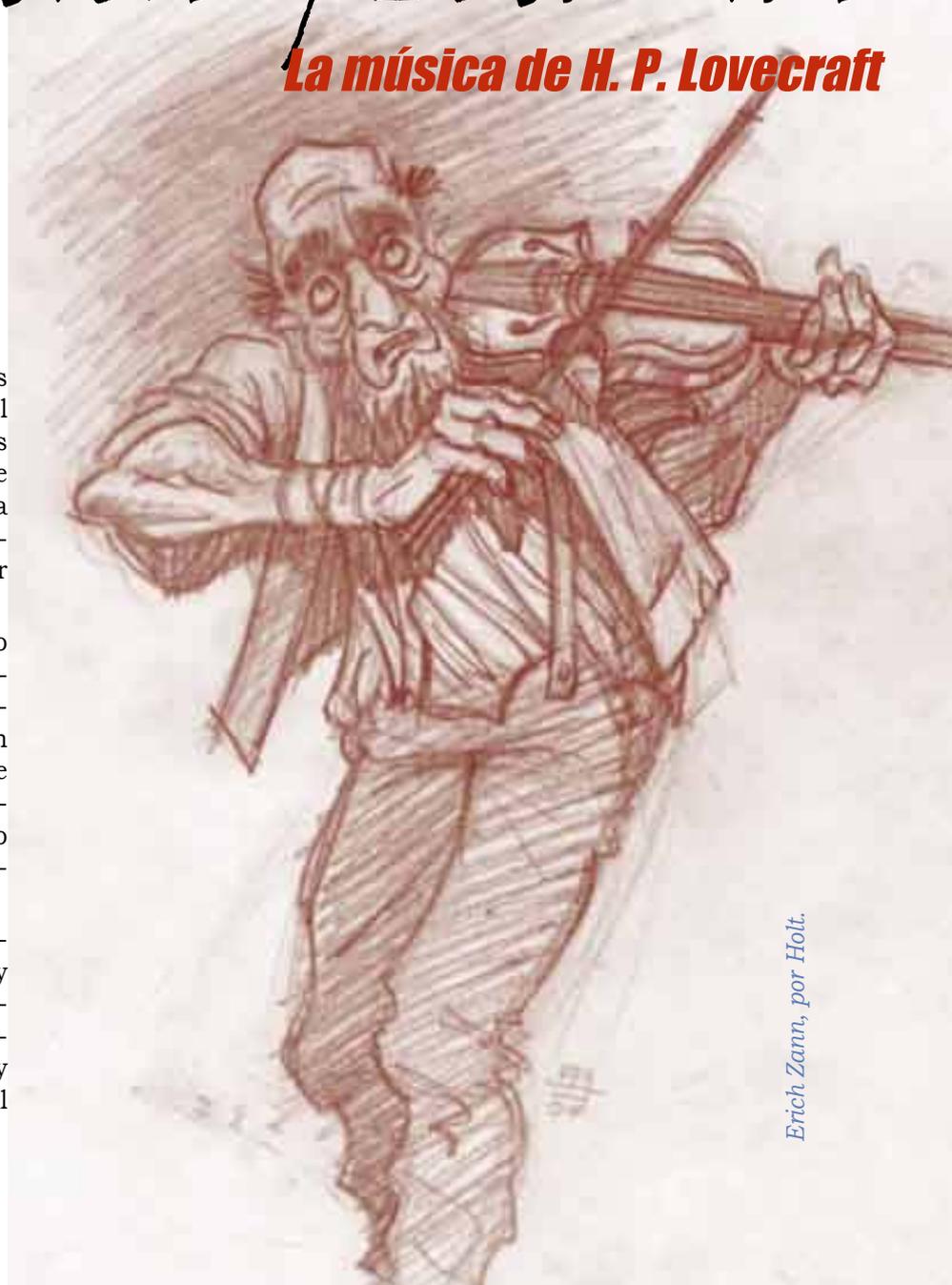
Cánticos y Letanías

La música de H. P. Lovecraft

Es de sobra conocido que la música une culturas y allana los obstáculos lingüísticos. Músicos de cualquier parte del mundo son capaces de conectar y entenderse gracias a los doce semitonos de la escala cromática occidental, la incontestable piedra de Rosetta musical. Es también de dominio público que la ausencia de música en una película puede causar efectos desconcertantes en el espectador, ya que, de manera inconsciente, el ser humano añade melodía a casi todas las actividades que realiza.

Casi siempre estamos tarareando algo que se nos ha quedado enganchado de la radio o de la televisión. ¿Quién no ha sufrido la - a veces vergonzosa - experiencia de recoger inadvertidamente el testigo sonoro de aquella tonadilla pegadiza y hortera que estaban canturreando a nuestro lado? ¿Y quién no ha pasado por el trance - cuyo nivel de traumatismo es inversamente proporcional a la calidad - de no poder dejar de cantar por lo bajo ese malhadado éxito de turno que estaban bombardeando a diario los medios audiovisuales?

A menos que uno sea músico o melómano, lo cual nos conduciría a otro mundo totalmente diferente, dominado por las escalas y las progresiones armónicas, la música forma también parte inconsciente de nosotros cuando leemos un libro. Muchos lectores prefieren conectar el reproductor de música antes de ponerse a leer, y esto se debe a que nuestro cerebro añade la banda sonora original a los párrafos y complementa así la experiencia.

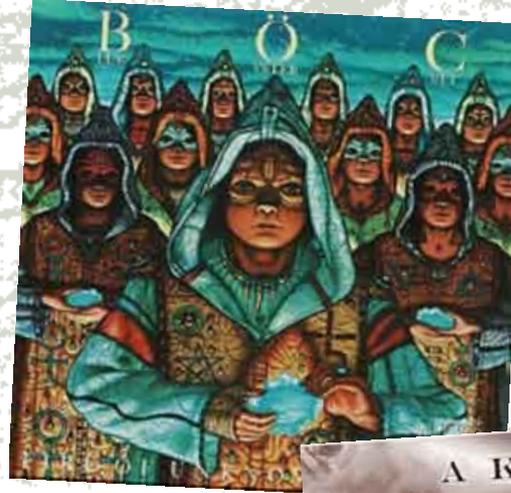


Erich Zann, por Holt.

La poderosa influencia de la música está siempre presente en los relatos de H.P. Lovecraft. Desde las altisonantes letanías que producen los Profundos con sus cánticos hasta el turbador efecto de las miriadas de chotacabras que intuyen el próximo y fatal desenlace de la historia y su aterrado protagonista, pasando por la sugerente cacofonía del violín de Erich Zann, el maestro de Providence demostró a lo largo de toda su obra que en su mente se alternaban música y letra a partes iguales.

Paradójicamente, el concepto que tenía de sí mismo con respecto a la música queda patente en la carta que escribió a August Derleth - uno de los escritores pertenecientes al denominado Círculo de Lovecraft - el 21 de noviembre de 1930.

"...En materia de música, creo que te exasperaría, ya que no tengo absolutamente ningún rudimento del gusto. Es uno de mis puntos flacos, y reconozco abiertamente el hecho. Las emociones estéticas parecen estar completamente fuera de mi alcance excepto a través de canales visuales. Siempre que parece que estoy disfrutando de un retazo de música, es sólo por pura asociación - nunca de manera intrínseca. Para mí, 'Tipperary' o 'Rule, Britannia' tienen más atracción emocional que cualquier creación de Liszt, Beethoven o Wagner. Pero como mínimo no caigo en la trampa filistea de expresar mi desprecio por un arte que no puedo entender. Reconozco y lamento mis limitaciones para disfrutar, y felicito efusivamente a aquellos a los que la Naturaleza ha favorecido..."

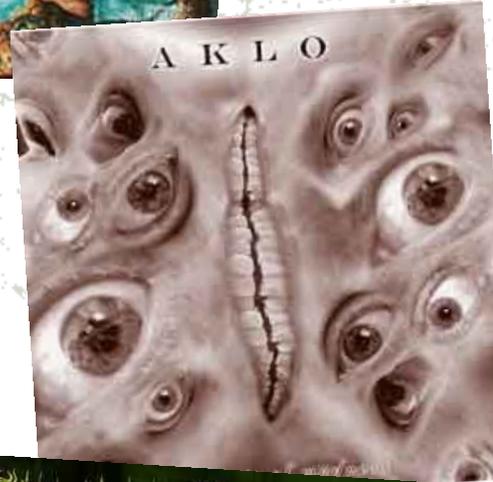


Algunos prestigiosos escritores han incorporado música a sus trabajos. Muestras de ello - próximas a nosotros - son por un lado el excelente (aunque breve) trabajo de Carlos Ruiz Zafón en la edición especial de "La Sombra del Viento", que contiene un CD con cuatro temas escritos e interpretados por el mismo autor. Por otro, la novela más reciente de Andreu Martín "El Blues de la

Semana más Negra", viene acompañada por un CD compuesto especialmente e interpretado por Dani Nel'lo (ex saxofonista de "Los Rebeldes").

La música que sugieren los Mitos de Cthulhu ha sido plasmada por docenas de grupos e intérpretes cuyas primeras referencias datan de los años sesenta. Músicos anónimos, grupos de tendencias tan dispares como a veces ignotas y artistas de reconocida fama han querido mostrar al mundo su particular interpretación de un pasaje o una novela del Príncipe Oscuro de Providence, cómo diría Stephen King. De entre ellos, "Blue Oyster Cult", "Caravan", "Cradle Of Filth", "Halloween", "Ktulu", "Marillion", "Metallica" o "N'Gai-N'Gai" son sólo algunos ejemplos.

Cada uno de los mencionados trabaja los Mitos a su manera, unos aprovechando algún cántico lovecraftiano para el mantra (o estribillo repetido) del tema, otros incluyendo parte de la prosa como letra de la canción y



Trabajos de Blue Oyster Cult, Aklo y Cradle of Filth.

algunos simplemente creando tapices sonoros que evocan las terribles desventuras de los malogrados protagonistas.

En algunos casos, como el del reputado guitarrista Yngwie Malmsteen, que menciona a HPL en la sección de agradecimientos de varios de sus álbumes, únicamente rinden un somero pero digno homenaje a una de sus influencias a la hora de componer.

El panorama musical también ha tratado la parte bufa de los Mitos, cuyos reyes indiscutibles - por el momento - son el tándem formado por los directores y guionistas norteamericanos Sean Branney y Andrew Leman, que han grabado varios discos con canciones de carácter cómico basadas en los Mitos.

Sólo un pequeño número de artistas basan la totalidad de su trabajo de composición en la obra literaria, siendo H.P. Lovecraft (el grupo norteamericano homónimo) su máximo exponente. Los cinco discos que vieron la luz - la banda sólo funcionó durante el breve periodo comprendido entre los años 1967-1969 - contienen

títulos inspirados en los cuentos y otros que giran en torno a algo relacionado con los Mitos.

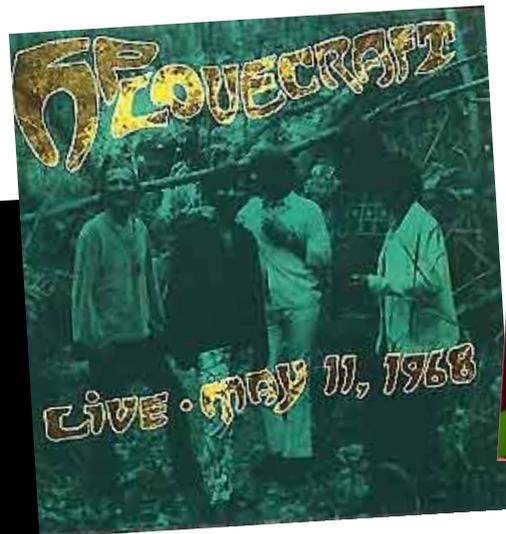
Merecen especial mención los trabajos modernos llevados a cabo por grupos tan dispares como "Nox Arcana", "Modelo Pickman" o "Richard Band y la Arkham Philharmonic Orchestra", estos últimos encargados de poner la banda sonora a la película "From Beyond", del director Stuart Gordon, segunda entrega de la saga que inició con la exitosa "Herbert West, Reanimador". "The Darkest of the Hillside Thickets" y su adaptación de "La Sombra Más Allá del Tiempo", el oscuro Dirk von Lotzow y su particular "Modelo de Pickman" o el inclasificable grupo gótico "Aklo" son muestras evidentes de que el universo musical inspirado en Cthulhu sigue vivo.

Mi aportación personal como músico lovecraftiano consiste en una serie de divertimentos de estilos diversos, el primero de los cuales ya está disponible para ser oído, aunque se trata

de una mezcla no definitiva, "The Whisperer in Darkness" (<http://www.myspace.com/aj4music>), donde se plasma la versión inglesa del famoso disco de gramófono que le entrega Henry W. Akeley al protagonista del cuento "El Que Susurra en la Oscuridad". La razón de no hacerlo en castellano es que HPL concibió una prosa poética muy precisa para las invocaciones, y la traducción española, aunque interesante, no refleja toda la potencia sonora que produce la entonación anglosajona. En la actualidad, estoy trabajando en una pieza inspirada en el cuento "La Música de Erich Zann".

Que Cthulhu se apiade de mi alma.

Septiembre de 2007



Trabajos de Dirk von Lotzow, el homónimo HP Lovecraft, los cercanos Modelo Pickman y Nox Arcana.



por
Henry Armitage
 Eulogio García Recalde

Influencias de los relatos de Lovecraft en Metallica

Dedicado a Daniel de Fuenlabrada,
 hijo de Iranon de Aira y sobrino de Henry Armitage.



Lovecraftiano

I. EL LUSTRE DE METALLICA, UN COLOR SURGIDO DEL ESPACIO

“Después de eso yo escuchaba a Zann todas las noches y a pesar de que me mantenía despierto, su música tan extraña me tenía atrapado. Aun no sabiendo mucho de arte estaba seguro de que sus armonías no tenían ninguna relación con la música que yo había escuchado antes, así que deduje que él era un compositor de gran talento.”

H. P. Lovecraft,
The music of Erich Zann

La influencia de Lovecraft en la música de Metallica surge cuando el grupo decide fichar al bajista Cliff Burton, que tocaba con Trauma, asistía a la Universidad y estudiaba piano. Un hippie atrasado, Cliff era conocido por sus típicos pantalones de campana ya pasados de moda. Sus gustos literarios sorprendían, H.P. Lovecraft era su favorito.

Howard Phillips Lovecraft murió en 1937 con cuarenta y seis años, escribió novelas e historias cortas durante los años 20 y 30, la mayor parte de sus obras fueron publicada en la revista *Weird Tales*. La prosa de Lovecraft describía comunidades rústicas

de Nueva Inglaterra que amparaban oscuros mundos de razas subterráneas, visitantes malévolos del espacio y dioses vengativos dispuestos a aparecer y reclamar la tierra. Sus increíbles protagonistas a menudo encontraban explicaciones para estos actos irreales en los antiguos volúmenes de ciencia oculta de la Universidad de Miskatonic. Los extraños temas de Lovecraft fueron utilizados por la alta tecnología de efectos especiales de las películas de los años 80, en concreto en las películas de Stuart Gordon *The Re-Animator* y *From Beyond*.

La pasión de Cliff por Lovecraft pronto se extendió a los otros componentes de grupo

Metallica, encajaba muy bien con los textos de películas de horror del heavy metal. Con la influencia de Cliff, la música de Metallica reflejaba los temas lovecraftianos.

II. CTHULHU SIEMPRE LLAMA A LA PUERTA DOS VECES.

“El Ser de los ídolos, la semilla verde y pegajosa de las estrellas, se despertó para reclamar lo suyo. Las estrellas estaban de nuevo en su sitio, y lo que una secta no pudo conseguir incluso planeándolo, un grupo de inocentes navegantes lo consiguió al azar. Después de muchos años, el Gran Cthulhu estaba libre de nuevo, y ansioso de placer.”

H. P. Lovecraft,
The Call of Cthulhu



1) Ktulu: La Primera llamada.

Ride The Lightning de Metallica, cuyo coste de producción alcanzó los 50.000 dólares, fue editado en 1984 en Megaforce Records. El álbum incluye el tema instrumental *The Call of Ktulu*, donde Ktulu es un sonido que evoca la historia de Lovecraft sobre un poderoso dios dormido que recibe una inesperada llamada. Comienza con el bajo Cliff Burton, sus tensos punteos de

guitarra son transformados en poderosos y cinemáticos riffs, creando una atmósfera de pánico amenazante.

En la época de *Ride The Lightning*, Metallica comenzó a editar epés europeos con el sello británico Vértigo. A comienzos de 1984, Vértigo publicó un epé con *Jump in the Fire*; en la portada aparece un demo-

nio lovecraftiano en llamas.

2) La Cosa que No debería Existir: La Segunda llamada.

Después de las primeras canciones de Metallica en su primer álbum *Kill 'Em All* o la experimentación de libertad de *Ride The Lightning*, el tercer álbum tenía que ser más maduro. Tenía que ser una actuación premeditada de metal. Se trata de *Master*

of Puppets que pule los temas políticos de manipulación, ya sea personal o política. El álbum incluye el tema *The Thing That Should Not Be* cuyo título bien pudiera ser la opinión de uno de los personajes de Lovecraft refiriéndose a alguna horrible criatura salida de los infiernos, *The Thing That Should Not Be* contiene una referencia a un tenebroso dios lovecraftiano, "uno muy viejo".

“Alto y más alto, salvaje y más salvaje sonaban los gritos desesperados de la viola. El músico estaba sudando y se retorció como un mono, siempre mirando de forma alocada a la ventana cerrada. En sus miradas coléricas casi podía ver sátiros en una bacanal bailando y girando alocadamente a través de un abismo de nubes, humo y rayos de sol.”

H. P. Lovecraft,
The music of Erich Zann

III. EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

El 27 de septiembre de 1986, en Escandinavia, el grupo había terminado su

concierto en Estocolmo. Unas horas antes del amanecer, el autobús de Metallica se estaba dirigiendo hacia el ferry que los transportaría a Copenhague para su próximo concierto.

En la autopista de Ljungby, Suecia, el autobús se desvió bruscamente saliéndose de la carretera. Al golpear las vallas de la autopista, el autobús volcó cayéndose en una cuneta. Cliff Burton, que se encontraba durmiendo en una de las literas, salió disparado por la ventana al volcarse el

autobús. En un segundo, el autobús rodó sobre Cliff matándolo en ese instante.

Sus compañeros declaraban que la presencia de Cliff Burton en Metallica había sido fuerte y tenebrosa, se hacía admirar ya que era un increíble músico y una persona divertida y maravillosa. Después de la tragedia, las letras de sus canciones cobraban un gran significado, sus temas se cargaban de nuevos mensajes, pero después de su muerte el eco de Lovecraft desapareció para siempre. ◦◦◦



*El bajista
Cliff Burton
durante una
actuación.*

Para aquellos que quieran conocer la trayectoria completa de Metallica sería de obligada lectura el estudio de Chris Crocker, traducido al castellano por Elena Castro y editado por Ediciones Cátedra (1997).





por
Alberth N. Wilmarth
Alberto Silván

August Derleth

El Rescatador de los Mitos



Muchos autores han sido más famosos por las polémicas levantadas que por su obra en si. Aunque este no es el caso de August Derleth, si hay que reconocer que su nombre ha sido llevado a varios terrenos por lectores y crítica. Polémico, porque fue el primero en hacer una división de los dioses cósmicos de Lovecraft, dividiéndolos en dos bandos diferenciados y que el propio Lovecraft decidió no concebir, o al menos, parece no haber sido su idea en un principio. Otra parte de su fama se debe a su faceta como de editor y fundador de la editorial de Arkham house, creada por el propio Derleth junto a Donald Wandrei, y bajo la cual se publicarían la gran mayoría (por no decir toda) de la obra de Lovecraft. Este hecho fue otro de los desencadenantes de la polémica de Derleth, la supuesta "capitalización" de los mitos creados por el genio de Providence.

August Derleth (1909-1971) nació en Sauk City, Wisconsin, el 24 de Febrero de 1909, nacido del matrimonio entre William Julius y Rose Louise (Volk) Derleth. Su pasión por la escritura comenzaría en sus

primeros años como estudiante y continuaría en la escuela superior hasta vender su primera historia a Weird Tales, un relato corto de corte vampírico titulado "Bat's Belfry" y con fecha de portada de Mayo de 1926. El mismo describiría esta historia como "un pastiche de drácula estudiantil".

En 1930 se Graduó en la Universidad de Wisconsin escribiendo una tesis doctoral titulada "The Weird Tale English since 1890" fuertemente influenciada por el ensayo "El horror sobrenatural en la literatura" escrito por H.P. Lovecraft. Durante su estancia en la Universidad, Derleth escribió la primera versión de su novela autobiográfica "Evening in Spring", publicada en 1941

ESCRITOR Y NOVELISTA DE TERROR Y MISTERIO

Sus primeras novelas de misterio fueron las protagonizadas por Solar Pons y el juez Peck. La primera historia protagonizada por este personaje, Juez Peck, fue la de Stalks the Wakely Family y fue escrita por Derleth en 10 días y posteriormente

publicada por Lorin & Musey.

Derleth colaboraría en varias ocasiones con Mark Schorrer escribiendo numerosos relatos de terror, incluyendo "Lair of the Star Spawn". Cuyo titulo fue sugerido por el propio Lovecraft y con fecha de portada de Agosto de 1932.

En 1931 comenzaría con su fascinación

por las historias que HPL escribía , y que más tarde daría lugar a los mitos. El mismo Derleth sugirió el nombre de "Mitología de Hastur". En 1933 y convencido de las posibilidades comerciales de los escritos del genio de Providence, Derleth envía dos historias de weird Tales, sin el conocimiento expreso de autor. "La sombra sobre Insmmouth" fue rechazada y "Los sueño de la casa de la Bruja" fue aceptada". Más tarde también intentaría que su propia editorial, Loring y Mussey , publicara algunas de las obra de Howard, pero todas las obras que envió fueron rechazadas.

ARKHAM HOUSE

Tras la muerte de Howard Philips Lovecraft en 1937, Derleth, decide crear su propia editorial con la ayuda de Donald Wandrei. Así nacería Arkham House donde se publicaría toda la obra de Lovecraft rescatándolo del olvido en el que parecía predestinado a caer.

El primer título elegido fue "El extraño y otros" publicado en 1939 y que contenía 36 relatos además del ensayo "El horror sobrenatural en la literatura". A pesar de las dificultades económicas que la editorial atravesaba en sus primeros años de andadura, Derleth consiguió publicar el segundo volumen de la antología de la obra de Lovecraft titulado "Más allá del muro de sueño", en 1943.

También fueron muchos los autores que vieron publicadas sus obras bajo el abrigo de la editorial Arkham House. Algunos,

incluso, no llegaron a verlas como es el caso del propio Lovecraft o Robert E Howard quienes vieron sus obras editadas tras su fallecimiento. Entre el gran repertorio de autores que pasaron, y han pasado, por ella podemos citar a Robert Bloch, creador de la novela Psicosis y que más tarde sería llevada al cine por Alfred Hitchcock; Seabury Queen. Frank Belknap Long, por citar a algunos

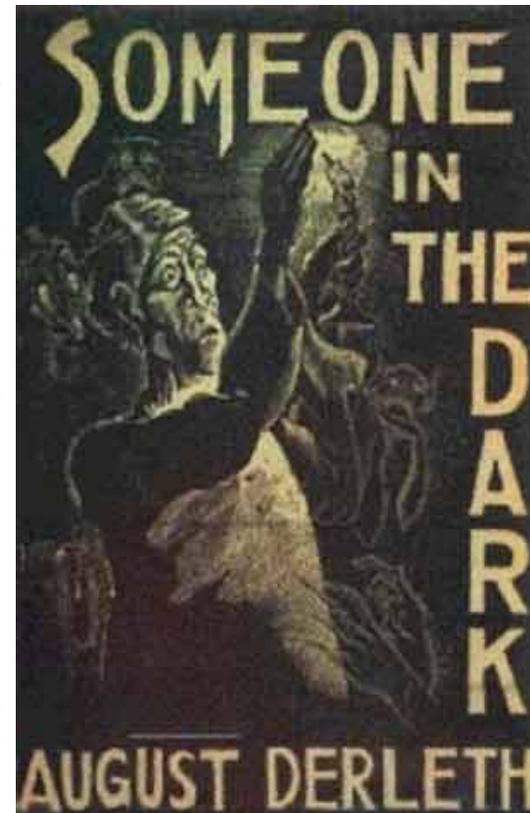
Como se puede observar Arkham House se convirtió al final en una salida para muchos de los autores de la famosa Weird Tales. La mayoría de los autores de esta revista tuvieron un pequeño hueco en esta editorial que intentó dar a conocer la gran cantidad de escritores que publicaban historias "pulp" y que, en su mayoría, estaban predestinado a caer en el olvido. La idea principal de Derlth, rescatar los escritos de su amigo H.P Lovecraft, dio cabida a que muchos autores intentaran abrirse paso y que, incluso, alguno de ellos consiguiera cierto reconocimiento por parte del público.

Uno de los casos que podemos puntualizar es el de Clark Ashton Smith, quien vio publicado en esta editorial varios libros recopilatorios con sus mejores historias, seleccionados

por el mismo. A este le seguirían otras tantas, incluyendo una selección de sus mejores poemas. De hecho Derleth, en una carta escrita a un lector de la editorial, comenta que las ventas de las historias de Smith habían sorprendido hasta al propio autor, el cual remarca Derleth, fue muy paciente con los retrasos de la publicación de varios de sus tomos recopilatorios.

Un Ramsey Campbell muy joven, con tan solo 15 años, vería su primer obra publicada bajo el abrigo de esta editorial y quien Peter Ruber compara con Stephen King o Peter Straub.

Arkham House, a lo largo de toda su andadura pasó por graves problemas económicos. Pero el esfuerzo y el tesón de Derleth consiguió mantenerla a flote. De aquí podríamos decir que ,más que ganar económicamente, Derleth hubo de mantener a flote una empresa que no reportaba grandes beneficios, y supongo que poco más que para la subsistencia de la misma.



Permítanme pues, dudar de que Derleth sacara mucho dinero las obras publicadas en Arkham house, el cual fue el trampolín para muchos autores y grandes obras, las cuales aún siguen vivas gracias a esta editorial. El mejor caso que podríamos citar, de forma contundente, es el de Lovecraft,

¿CAPITALIZACIÓN DE LOS MITOS?

Fue el propio autor, ayudado por Derleth en parte, todo hay que decirlo, quien capitalizó los mitos; fue el propio Lovecraft quien vendió sus historias, cosa en la que no hay nada de malo en ello, aún a pesar de que Lovecraft no se preocupó nunca por el aspecto económico de su literatura porque le parecía "impropio de un caballero". Todo autor tiene que vivir, los escritores viven de vender sus propias obras con el fin de poder subsistir y así convertir su afición y devoción en trabajo. Es cierto que Derleth "explotó" de alguna manera la obra de Lovecraft haciéndola saltar del "pulp" a la tapa dura, dándole una edición y reconocimiento más dignos.

También es verdad, en parte, que Derleth se adueñó de la obra de Lovecraft aludiendo unos supuestos derechos alegados a su persona por el genio de Providence en su correspondencia. Esto puede enturbiar todo, convirtiéndolo en un mero usurpador ambicioso. Realmente puede que nunca sepamos las verdaderas intenciones de Derleth, pero ya se ha comentado en más de una ocasión que fue el propio Derleth el que animaba a Lovecraft a publicar sus escritos, conven-

cido de su potencial con la pluma. Y fue él, convencido de la verdadera calidad de los relatos de Lovecraft el que decidió que esto fuera reconocido, a pesar de no ser acertado en algunas decisiones con respecto a algunos detalles de su obra, pero colocando a Lovecraft en el panteón de los dioses más alto de todos: el de creador de una mitología.



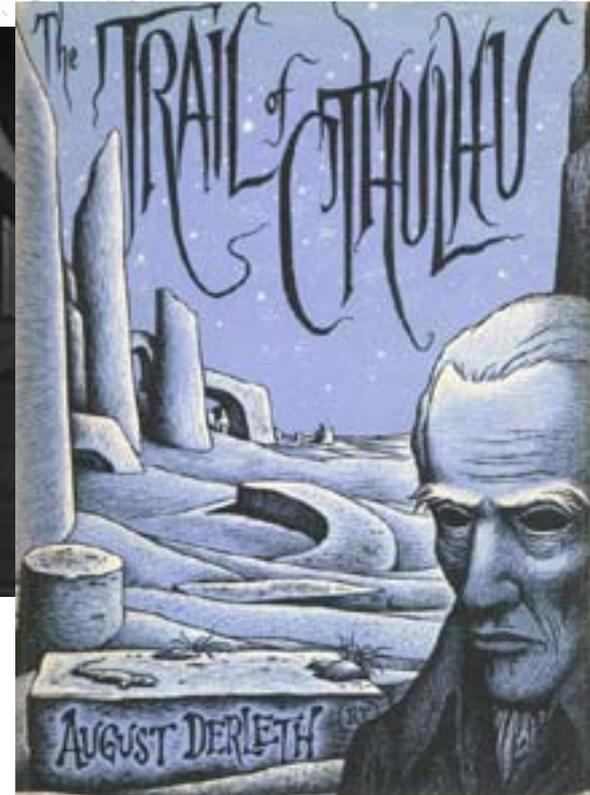
LA DIVISIÓN DEL PANTEÓN CÓSMICO

Otro de los grandes reproches y, quizás, el más crítico fue la de "desvirtuar" parte de la obra de Lovecraft. Los mitos de Cthulhu, nombre ideado por el propio Derleth, se basa en que, hace incontables años, dioses venidos del lejano cosmos gobernaron nuestro planeta. Ahora estos dioses permaneces oculto u/o escondidos

esperando a que algo les haga volver para reclamar lo que un día fue suyo: nuestro mundo.

Esto, a grandes rasgos, es la idea principal de la obra de Lovecraft relacionada con los Mitos de Cthulhu. Años más tarde cuando Derleth comenzó con la edición de la obra del escritor de Providence, este decidió

cam-
biar
ciertos
aspectos
del
pante-
ón cósmico
de dioses que Lovecraft había
creado, haciendo una clara división entre
"dioses buenos" y "dioses malos", cosa que
el propio Lovecraft no concibió como tal,
dejando esa barrera a un lado sin catalo-



gar a ninguno de ellos, aludiendo simplemente que aquellos que un día gobernaron la tierra regresarían para reclamar lo que hace millones de años fue suyo. También asoció a cada uno de los dioses cósmicos a un elemento en concreto. Así Cthulhu simbolizaría el agua; Cthuga, el fuego; Ithaqua y Hastur, el aire; Shub-Niggurath, la tierra.

Toda esta desvirtualización y cambios sustancialmente importantes en la obra de Lovecraft, le llevó a recibir numerosas y duras críticas. Y no es para menos, dada la importancia de los cambios realizados en los Mitos, haciendo una sistematización bastante personal de ellos, destruyendo el ateísmo sobre el que estaba construido y llevándolo hacia otros terrenos que Lovecraft decidió no hacer. De esta forma, Derleth infundió en los Mitos parte de su creencia católica. Al dividir los dioses del panteón cósmico entre buenos y malos abolió por completo la creencia atea del propio Lovecraft había impregnado en su obra.

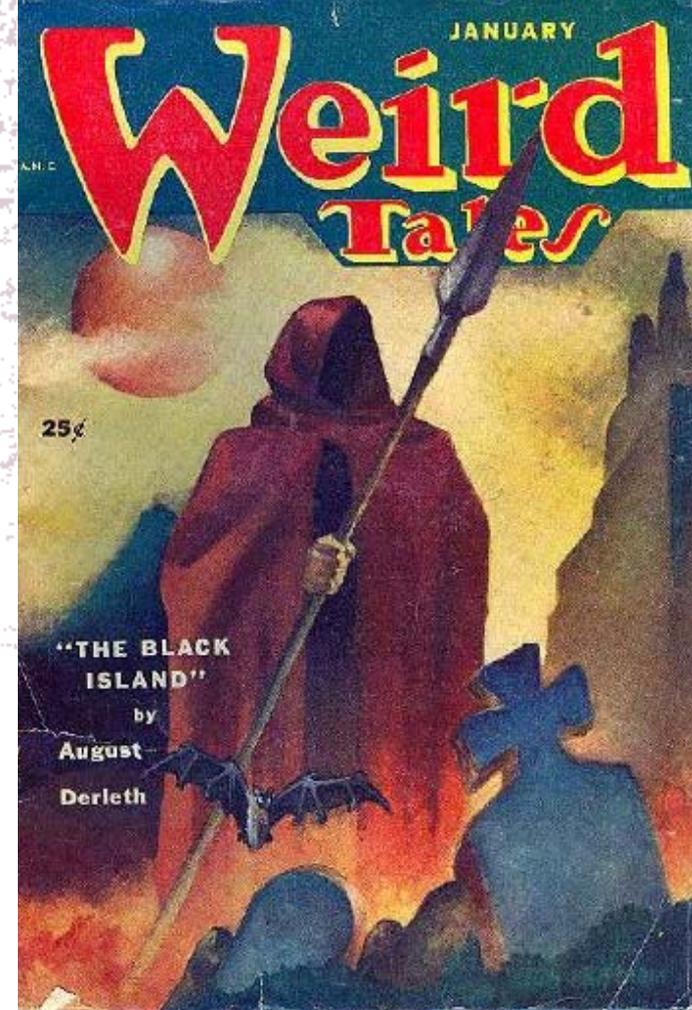
Derleth continuó con su trabajo como editor y publicador de la obra del escritor de Providence. A partir de varios fragmentos que Lovecraft tenía y que este abandonó tras su muerte, decidió continuarlos creando nuevas obras que ampliarían y agrandarían la lista de los llamados "mitos de Cthulhu". Más tarde llegarían las colaboraciones póstumas de diferentes autores que ampliaron aún más el círculo.

PRECARIA SALUD Y SUS ÚLTIMOS DÍAS

La salud de Derleth no siempre fue bien. Alrededor de 1940 se le diagnosticó una hipertensión que mezclado con su trabajo no ayudó en su mejora, más bien todo lo contrario. En 1953 contrajo matrimonio, divorciándose varios años después en 1959, quedándose con la custodia de sus dos hijos, April Rose y Walden William.

En 1960 Derleth tuvo que ser hospitalizado debido a una operación de la vesícula biliar. Derleth regresaría a su casa 87 días después. Su última novela fue "A house about Cuzco" aparecida en 1969 antes de su fallecimiento en 1971.

Derleth fue un autor terriblemente prolífico. Escribió alrededor de 3000 trabajos que fueron publicados en 350 revista diferentes y publicó alrededor de una centena de libros englobando todo tipo de géneros, incluyendo escritos católicos. Fue este autor, obcecado en la obra de Lovecraft, el que consiguió sacar adelante, y a la luz, toda su obra. En mi modesta opinión, Derleth erró en muchas de sus decisiones y acciones pero no le quita parte de mérito el tesón que puso en que aquel autor de relatos de lo "macabro", evitando que se perdieran en el tiempo y que no quedaran acumulando polvo en algún lugar recóndito esperando a ser descubierto por la humanidad como muchos de los libros y grimorios aludidos en las historias de nuestro amigo Lovecraft. ○○○





por
Dogon
 Jorge R. Ógdon

Atmósfera

La importancia del espacio en la literatura de H. P. Lovecraft

Fue el mismo H. P. Lovecraft quien subrayó la fundamental importancia que tenía la creación de una especial atmósfera en un relato, a fin de que éste logre el propósito de terminar siendo considerado una buena narrativa de terror y consiga su efecto de meter miedo en el lector. Según él, no importaba tanto lo que se contara, los personajes o la historia en sí, sino más bien el cómo se decía - o se escribía -, los lugares mismos y un cierto aire de; allí residía uno de los condimentos necesarios para que cualquier narración fuera buena... o mala. (1) Ciertamente, notamos tal proporción en muchos de sus cuentos cortos, que no se centran ni en la trama ni en los personajes, ya sean terrenales o ultraterre-

nos, sino en esa atmósfera que ha sido su esencial estampa (p.ej., en *La tumba* (2), alcanzando cimas de genealidad en obras de largo aliento como *En las montañas de la locura* (3), *El horror de Dunwich* (4) o *El horror en Red Hook* (5).

No puede dudarse de que en todos sus escritos vibra un ambiente de inminente horror, pero también que existe en ellos un cierto terror muy específico, determinado por el argumento elegido como nudo del relato que se trate, pero, en especial, por el ámbito en donde transcurre. Así, lo que podría tomarse, en un principio, como un horror generalizado, en realidad, se trata de algo terrorífico *bien definido y circunscripto* a la intención del autor; p.ej.: "... *la Estrella*

Polar, perversa y monstruosa, mira desde la negra bóveda y parpadea horriblemente como un ojo insensato que pugna por transmitir un mensaje; aunque no recuerda nada, salvo que un día tuvo un mensaje que transmitir" (6). ¿Hay algo más sobrecogedor que ser vigilado por una *estrella*, un ser *inanimado* que actúa como un ser humano maligno y perverso?

La misma sensación se transmite en el uso que hace Lovecraft de la vegetación (sean los bosques de Arkham o de cualquier otro sitio); p.ej., "*En una ladera verdeante del monte Maenalus, en Arcadia, hay un olivar que rodea una villa en ruinas. Muy cerca existe una tumba, en otro tiempo tan hermosa como la casa. En un extremo de*



ese sepulcro, de modo que sus curiosas raíces desplazan los manchados bloques de mármol pentélico, crece un olivo asombrosamente grande y de formas repugnantes y se asemeja tan grotescamente a una figura humana, o al cadáver contorsionado de un hombre, que los campesinos temen pasar allí la noche, cuando la luna ilumina débilmente sus ramas retorcidas" (7). Aquí ya es llamativa la propia forma del árbol que alguna vez fue, en verdad, un hombre, quien, en su estado actual, se integra al paisaje y vive eternamente como parte de él: *lo antinatural en la Naturaleza*. Bien pensado,... ¡un efecto espeluznante! El temor a los bosques exhuberantes y sombríos es una herencia indudable de Arthur Machen y su *El Gran Dios Pan*, (8) que, como nos lo recuerda Angela Carter, (9) inspiraba terror pánico en las tropas romanas que invadían Germania, una tierra plagada de sobrenaturales bosques umbríos. Es en esos paisajes casi numínicamente sagrados que el Mal se revela y se hace presente con una fuerza impresionante, más que en otras partes; es más, allí el Mal forma parte de la estructura de "*aquellas antiguas, secretas e inquietantes colinas*", al decir del Maestro de Providence (10).

El temor generado por la presencia de tales espacios, al aire libre y a cielo abierto, tal como los mismos son usados por Lovecraft, es parte integral de ese nuevo tipo de *horror materialista* surgido de su imaginación creativa. En efecto, la literatura gótica o negra imperante hasta ese momento había recurrido a los *espacios cerrados* para atemorizar a sus lectores: el

castillo, las mazmorras, las grutas, y otros entornos similares eran la moneda corriente dentro de los cuales se desarrollaba la mayoría de los episodios en dichas obras. Sin embargo, le tocaría a Arthur Machen y Algernon Blackwood introducir la variante novedosa de usar los *espacios abiertos* como sitios en los cuales una presencia o sensación *ominosa* ocurriera (11) Es cierto que Lovecraft, en este punto, no fue totalmente original, y que, en realidad, echó mano a un recurso ya empleado por otros autores, a los cuales admiraba, pero sí es cierto que hizo un uso extensivo y hasta superlativo de una ambientación que, por un lado, se salía de lo gótico, y, por el otro, lo integraba a él de una manera novedosa. Quizá en esto tenga que ver que su "mitología cthulhúdiana", al tratarse de una "cósmica", necesitara expresarse en locaciones de una *simil naturaleza*. Recordemos, también, que la producción de Julio Verne y Edgar Allan Poe igualmente le familiarizaron con la majestuosa imponencia de las extensiones poco o nada holladas por el Hombre, como se puede ver en *En las montañas de la locura* (12).

Ese uso extensivo de los bosques por Lovecraft asimila sus entornos ciudadanos con laberintos, tal como lo insinuara Angela Carter oportunamente (13): la misma caótica arquitectura de Arkham, con sus techados holandeses, sus buhardillas y sus áticos, siempre en penumbras o tapiados, o incluso los crepúsculos oscurecentes que se daban al caer el sol sobre la ciudad, son un clásico tópico de sus relatos y de sus sueños - que, no olvidemos, fueron siempre

inspiradores para sus cuentos -. Las casas deshabitadas y destartaladas de Innsmouth son un verdadero laberinto, en donde el protagonista puede perder su camino si no fuera guiado por ciertos personajes desagradables, como ocurre en *La sombra sobre Innsmouth* (14): al igual que otras ciudades lovecraftianas, los apiñados barrios bajos, abandonados y decadentes, plagados de extranjeros de catadura dudosa - el ser un "amarillo" y tener los "ojos rasgados" eran suficiente motivo para considerar a una persona un "representante de los infiernos" -, quienes hablan en galimatías incomprensibles - o, mejor dicho, en una "jerga diabólica y extraterrestre" -, son símbolos de la confusión y la disociación que campea en los ámbitos terrenales usados por Lovecraft; obviamente, una representación de la enajenación que debe oponerse a la lógica y el orden establecido por el Racionalismo, tal como la literatura gótica se opuso al Iluminismo en el siglo XVIII, que fue la época "dorada" para Lovecraft (15).

En *Los Sueños en la casa de la bruja*, su protagonista, el estudiante Gillman, sueña con una ultraterrena ciudad con "*extraños picos, superficies equilibradas, cúpulas, minaretes, discos horizontales colocados sobre pináculos*": un horizonte diferente por completo a cualquier cosa con la cual esté acostumbrado un ser humano, algo que está lejos de toda "normalidad" conocida. Al igual que las tenebrosas aguas de los océanos que, junto con sus seres gomosos y tentaculares, son parte del inconsciente desequilibrado de un genio literario, (16) las ciudades lovecraftianas son similarmente caó-

ticas, laberínticas, anormales... Esa equivalencia entre ciudades y océanos está claramente indicada por el propio autor: *"un amplio y elaborado conjunto de edificios en ruina... impolutos e inviolados en la noche y el silencio eternos de un abismo oceánico"*

(17). Es interesante recalcar ese uso indiscriminado entre espacios cerrados y espacios abiertos que se da en Lovecraft, quien, de esa manera, vivía en dos mundos diferentes pero idénticos en su sofocante encierro: el mundo de la realidad cotidiana, con

la locura de sus padres y parentela en general (la familia "normal"), y el mundo de los sueños nocturnos, con la alienación de sus Mitos (la familia "anormal") (18). ○

NOTAS

1. H. P. Lovecraft, *"Notes on Writing Weird"*, en Amateur Correspondent (june, 1937) = "Notas sobre los escritos de literatura fantástica", traducido por Pablo Morlans, (ambas versiones) en Malacandra, año 6 n° 14 (abril 2003) (URL: <http://www.geocities.com/SoHo/Cafe/1131/14notees.htm>); cp. D. Khazeni, "The Myth Maker", en The Guardian: sábado 4 de junio de 2005 (URL: <http://www.guardian.co.uk/>); A. Gullette, "H. P. Lovecraft (1890-1937)", en Selected Authors of Supernatural Horror (San Francisco, Cal., 1998) (URL: <http://www.geocities.com/~alang>); T. Mercado Pomar, "Semblanza de Lovecraft", en <http://www.angelfire.com/zine/cas/liga.html>; etc.
2. H. P. Lovecraft, *Dagon y otros cuentos macabros*; col. Biblioteca de Fantasía y Terror BT 8.165 (Madrid: Alianza ed., 1° reimpr., 2003), pp.14-26.
3. Id., *En las montañas de la locura y otros relatos*; col. Biblioteca de Fantasía y Terror BT 8.154 (Madrid: Alianza ed., 2ª reimpr., 2000), pp. 7-160.
4. Id., *El horror de Dunwich*; col. Biblioteca de Fantasía y Terror BT 8.153 (Madrid: Alianza ed., 2ª reimpr., 2000).
5. Id., *El clérigo malvado y otros relatos*; col. Biblioteca de Fantasía y Terror BT 8.159 (Madrid: Alianza ed., 2001), pp. 64-92.
6. Id., *Dagon y otros cuentos macabros*, p. 32: "Polaris".
7. Id., *Dagon y otros cuentos macabros*, p. 108: "El árbol".
8. R. Llopis (ed.), *Antología de cuentos de terror, III. De Machen a Lovecraft*; col. El libro de bolsillo 914 (Madrid: 1982), pp. 9-72.
9. A. Carter, *"Lovecraft y su paisaje"*, en Mundo Desconocido: El Necronomicón extra n° 2 (abril, 1981), 87-92.
10. H. P. Lovecraft, *El caso de Charles Dexter Ward*; col. Biblioteca de Fantasía y Terror BT 8.152 (Madrid: 2ª reimpr., 2001), p. 69.
11. P.ej., en A. Machen, *La colina de los sueños*; col. El Ojo sin Párpado, vol. 17 (Madrid: ed. Siruela, 1988); A. Blackwood, Los sauces, en R. Llopis, o.c., pp. 182-243.
12. Véase ahora E. Gil-A. LeBlanc, *"¡Tekeli-lil! ¡Tekeli-lil!"*, en Lovecraft Magazine 2 (septiembre-octubre, 2000), 8-15. Véase el relato en la versión citada en la nota 3.
13. En o.c., p. 89-90: *"un laberinto es una estructura arquitectónica, aparentemente sin objetivo alguno; su diseño es tan complejo que, una vez en su interior, es imposible o muy difícil salir de él"*.
14. H. P. Lovecraft y otros, *Los Mitos de Cthulhu*; col. El libro de bolsillo, 194 (Madrid: 2ª ed., 1970), pp. 189-254. Véase tamb. T. Gómez, Lovecraft, la antología (Barcelona, 2003), pp. 193-4.
15. L. Solar, "Literatura gótica", en Espéculo. Revista de estudios literarios 23 (Madrid) (URL: <http://www.ucm.es/info/especula/numero23/gotica.html>). Cp. Dogon (J. R. Ogdon), "Por qué Lovecraft no escribió The Inevitable Conflict", en Nueva Logia del Tentáculo, Sección Artículos (Valencia, 2007). (URL: <http://dreamers.com/logia/index.htm>).
16. Sobre la teratofobia de Lovecraft, véase ahora E. P. Giordanino, *"Monstruos mundanos, mundos monstruosos"*, en Lovecraft Magazine 5 (verano, 2001), pp. 20-5. Véanse, además, las numerosas biografías sobre el escritor, que por lo general mencionan la aversión que tenía contra todo lo ícteo y el mar. Para el cuento, véase H. P. Lovecraft, *En las montañas de la locura*, pp. 199-248.
17. Id., *El templo*, en Id., *Dagon y otros cuentos macabros*, pp. 90-107.
18. Para la familia de Lovecraft, véase ahora H. Armitage, *"Los padres de H. P. Lovecraft"* y *"Enfermedad de Winfield Scott Lovecraft"*, en Enciclopedia Lovecraft (URL: <http://dreamers.com/logia/index.html>); véase tamb. las numerosas biografías de su vida.



por
Henry Armitage
Eulogio G. Recalde

EL BARRANCO del Infierno

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La Vall de Laguar se encuentra al norte de la Provincia de Alicante y está formado por parajes impresionantes, montañas que recortan en el horizonte figuras inspiradas por la imaginación, como perfiles de ancianos que miran al cielo o caras enigmáticas con la barba descuidada de los matorrales o cabezas medio calvas con los cuatro pelos retorcidos de los pinos del Mediterráneo. El Valle es como unos colosos de piedra, que remojan sus pies en el mar y sus cabezas se pierden entre las nubes deshilachadas. Las mazas de la erosión han abierto surcos, grietas, gargantas y brechas. Las montañas muestran pliegues, que apenas se alisan con la mirada, o bien se rompen a dentelladas. En este marco misterioso bosteza el Barranco del Infierno.

El territorio es muy monta-

ñoso, al norte están las sierras de la Carrasca con 945 metros y del Migdia, y al sur se alza el Peñón de Laguar con 842 metros. El río Ebo pasa encajado por el desfiladero kárstico conocido como Barranco del Infierno, de donde sale con el nombre de río Gerona.

Durante los siglos oscuros de la Edad Media, el Valle se encontraba poblado por los hijos de la Guerra Santa del Islam. Hicieron suya la tierra, que se mostraba

benigna y complaciente, agradeciendo el agua vital de las acequias, los espejos de los arrozales y el néctar de las naranjas. Estas gentes nómadas de la Media Luna habían convertido el Gran Oasis del Valle en su hogar, se extendieron por las laderas de las montañas y dieron nombres a villas y pueblos: Benidoleig, Benimaurell y el mismo Valle de Alhagar. Fueron años de convivencia, de moros y cristianos, que no desapareció ni con las mareas, que tierra adentro, traía la euforia de la Reconquista. Pero... llegaron malos tiempos para estos mudéjares a los que quiso absorber la Santa Cruzada. En 1492, con la Reconquista del Reino de Granada, España era una nación cristiana por Edicto Real. Todos los súbditos de los Reyes Católicos tenían que ser cristianos, convertirse a la Fe Verdadera o volver a sus lugares de origen o a países más tolerantes.



Punto de partida de la Expedición



Reunía 180 casas de moriscos en el año 1609 y el Duque de Gandía las repobló con mallorquines y catalanes.

Pero en 1609 este mismo Valle fue el último reducto de la sublevación Morisca contra su decreto de expulsión. Y precisamente aquí empieza esta misteriosa historia, que podría cambiar algunas ideas sobre Al Alzif y el mismo Abdul Alhazred.

2. CURIOSIDAD DE LOS GATOS DE ULTHAR

Los auténticos aficionados a las narraciones de H.P. Lovecraft somos unos creyentes ejemplares, somos los más propensos a creer la Palabra del Maestro como artículo de fe. Sabemos que las criaturas que pueblan sus relatos fueron fruto de su imaginación, pero nos resistimos a dar la espalda a lo intangible, a lo que se crea en el seno fecundo del miedo. Precisamente ésa es la clave: el miedo. Nadie en su sano juicio puede afirmar que el miedo no exista y no hay lovecraftiano, por muy devoto que sea, que mantenga que el miedo es algo ficticio que inventó Lovecraft. Pero, el miedo es una abstracción o, dicho con otras palabras, el miedo es humo, es nada. La

misma reflexión se podría hacer sobre la bondad o sobre la fugacidad de la vida, sobre el Infierno o sobre el Necronomicon.

El Barranco del Infierno es un paraje singular por su belleza sencilla, tan característica del Mediterráneo. Carece de los atributos retóricos de los escenarios del Romanticismo. El sol generoso del día baña la tierra de escasa vegetación y las estrellas parpadeantes de la noche cuajan el cielo, en el que la brisa del mar ha barrido todo vestigio de nubes. El Barranco del Infierno tiene muchos puntos de contacto con las Montañas de la Locura o, al menos, con su referente geográfico real. Son lugares antagónicos en cuanto al clima, pero comparten esa exaltación de la naturaleza que excluye al ser humano.

Los gatos, tan queridos por Lovecraft, son animales misteriosos, que en su aparente docilidad doméstica guardan toda la esencia de la naturaleza salvaje. Por otro lado, su cualidad más definida es la curiosidad. Así pues, con esta curiosidad felina y con la fe de un creyente lovecraftiano me asomé a estos delirantes precipicios en busca de una explicación a ese Infierno, que daba nombre al Barranco.



*El barranco, desvío a Benimaurell.
Pastoreo de Cabras y Ovejas*





Subiendo desde la costa del Mediterráneo, nos adentramos en lo más profundo del Valle de Laguar para llegar a la villa de Benimaurell. Son muchos los pueblos valencianos que van precedidos de este prefijo árabe, que significa hijo de y que designa la casta o procedencia familiar. Y así, con este mismo sabor morisco nos encontramos con un pequeño pueblo soñoliento, con sus estrechas y empinadas callejuelas, dormitando como un gato blanco calentándose al sol. Las calles del pue-

blo son como regueros de casas encladas, que se arraciman en lo alto de la montaña y, en apariencia, no dan paso a continuar la escalada; pero, de uno de sus rincones, parte un camino rural que lleva a la cumbre, en una encrucijada que distribuye varios caminos entre los que se encuentra el punto de partida, hacia el Barranco del



Barranco del Infierno y casas de la región.

Infierno. Después de 4 kilómetros el camino de tierra, que va ondulándose alrededor de la pequeña sierra que corona el Valle, se llega a los altos de Les Juvees, desde donde se puede contemplar el Barranco en todo su esplendor. El cartel parece animar al caminante fatigado con el anuncio de 1 kilómetro hasta Benimaurell, pero es una esperanza engañosa, pues el atajo supone una aventura de descensos y escaladas para atravesar el Valle de parte a parte.

3. EL PASTOR DEL BARRANCO

Los lectores fieles y reincidentes de las historias de Lovecraft tenemos la tendencia de buscar en nuestro propio entorno los referentes, que este auténtico mago de la ambigüedad y la insinuación dejó latente

en su obra. En la inmensidad pavorosa del mar, buscamos la amenaza real de ballenas asesinas, pulpos gigantes y tiburones sanguinarios y le damos el nombre de Cthulhu. Tras la cotidiana aventura de las expediciones nocturnas por el mundo de los sueños y las

pesadillas, adoptamos inevitablemente el papel vicario de Randolph Carter o de Walter Gilman, que sueña en la buhardilla



de la casa de la vieja Keziah. Y los parajes agrestes, donde la naturaleza muestra o bien su desolación desértica o su exuberancia salvaje, creemos descubrir en algunos matorrales las huellas del dios Pan, los cánticos de las criaturas de los arroyos o, cuando amenaza tormenta y los animales empiezan a barruntar peligros ocultos, nos viene a la mente figuras sobre las que Lovecraft quiso cargar las tintas, y llegamos a sentir miradas que nos apuñalan las espaldas y le damos el extraño nombre de Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques con Sus Mil Crías.

Con todo este bagaje lovecraftiano llegué a la terraza natural, que domina el Barranco del Infierno. Pero, la naturaleza mostraba su cara más amable en un escenario de singular belleza, iluminado por un sol mediterráneo complaciente y generoso, suavizado por la brisa que llegaba desde el mar. Allí me encontré con cabras y ovejas, que pastaban en un ambiente cercano a las armonías pastoriles, que se describen en los textos grecolatinos o renacentistas. Es más, el Macho Cabrío con la blancura de su pelaje y su barba me pareció un animal francamente soberbio. Nada podía llevarme a pensar en los pliegues oscuros de la naturaleza, que Lovecraft siempre se empeña en revelarnos



La casa de familia Benimaurell. Un viejo mueble (arriba) y detalle de la decoración del techo (abajo).



a través de sus relatos.

Este cuadro casi bucólico se completa con el perro, siempre atento al rebaño, y el pastor de piel curtida por el sol y una mirada de desconfianza ante extraños como yo, que curiosean por estos parajes y se los arrebatan con una cámara de fotos. Después de intercambiar con él saludos y el típico diálogo convencional, este hombre que he llamado el Pastor del Barranco me dijo su nombre, cuando le pregunté por las iniciales O.B. que estaban pintadas en negro, con una caligrafía casi perfecta, sobre la enorme roca, donde estaba sentado.

- Mendigüan L'Obdulio Banimaureid com'ol pobla - su lengua valenciana estaba cargada de vocales oscuras y guturales, que apenas pude identificar y que después intenté reproducir por escrito.

Ante mi cara de extrañeza, el pastor acabó hablando en un castellano igualmente contaminado de sonidos extraños, pero al que poco a poco acabé por acostumbrarme. Me explicó que su nombre era Obdulio, como su padre, el padre de su padre y to'os los agüelos que vivieron antes. Todos los hijos

eran varones, no había jembras en la familia Banimaureid, pues con una curiosa mueca me explicó que se llamaban como el pueblo. La explicación me tranquilizó un poco, porque ese nombre, Obdulio Banimaureid, inmediatamente me trajo a la mente el personaje de Lovecraft, el árabe loco, Abdul Alhazred.

4. EL TAPIZ DE OBDULIO BENIMAURELL

El tapiz cubría toda la pared y, a simple vista, parecía desarrollar una historia gráfica, aparentemente amable: Liebres, leones, peces y venados recubren unos trazos nerviosos que articulan la

lengua sacra de la Patria Arábiga. Quise traducir los símbolos pictóricos, que parecían dibujar patas de arañas como ventosas oscuras de árboles cargados de salitre y maldad. Poco a poco el alma se me fue abriendo y la historia empezó a cobrar sentido, poniéndole cara al miedo y mirando el abismo del Barranco del Infierno. Eran los rostros oscuros de los dioses intangibles que helaban los cuchillos afilados de una respiración blanda de sangre pedregosa y muerte vegetal.

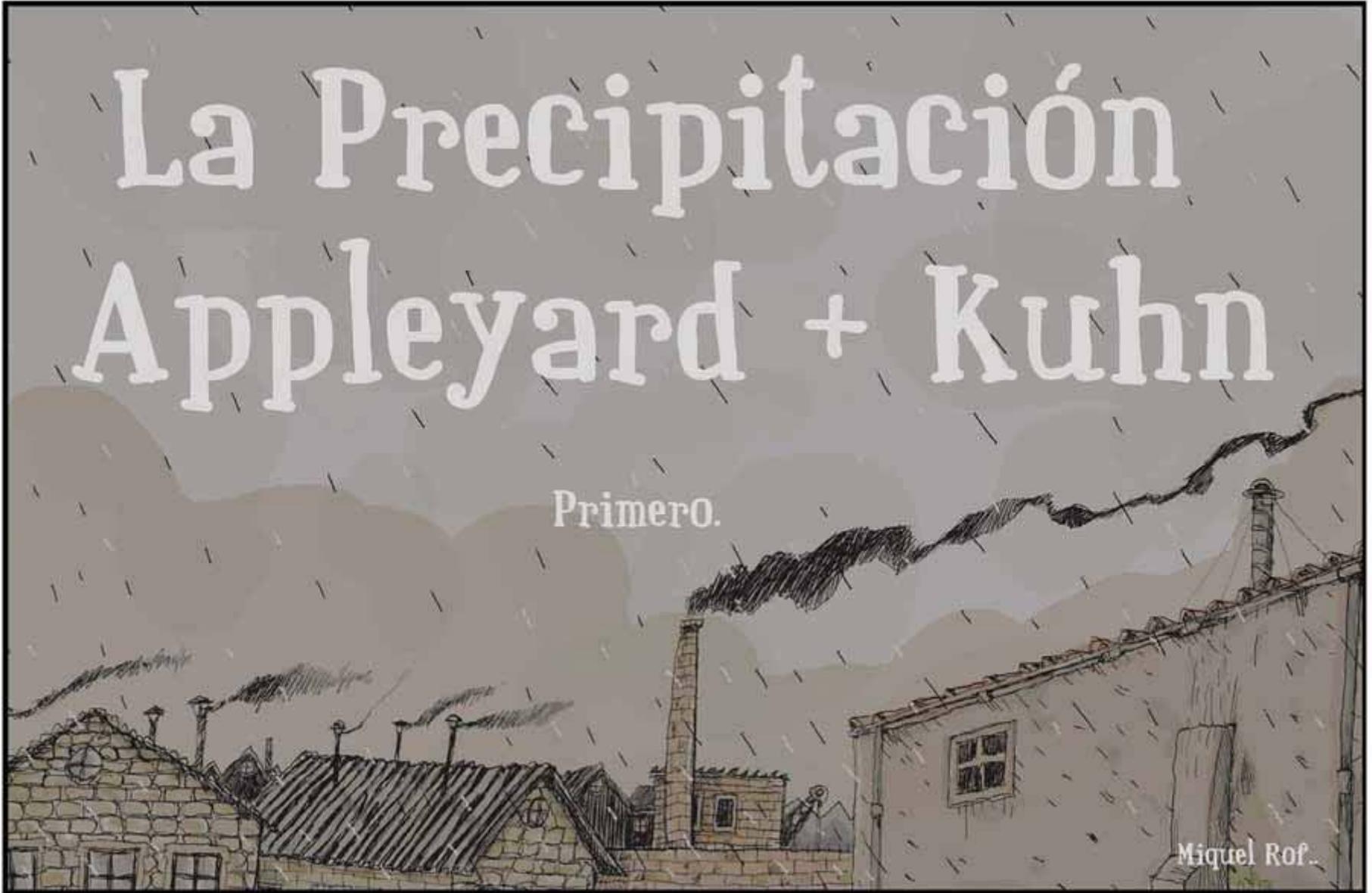
Me acerqué al tapiz e intenté tocarlo con las yemas de mis dedos y salieron llenas de una negrura vacía hechas puertas y ventanas que horadaban los gritos de una noche oscura y eternamente espantosa. 



Montaje fotográfico. Henry Armitage/Lovecraft en el Barranco del infierno.

La Precipitación Appleyard + Kuhn

PrimerO.

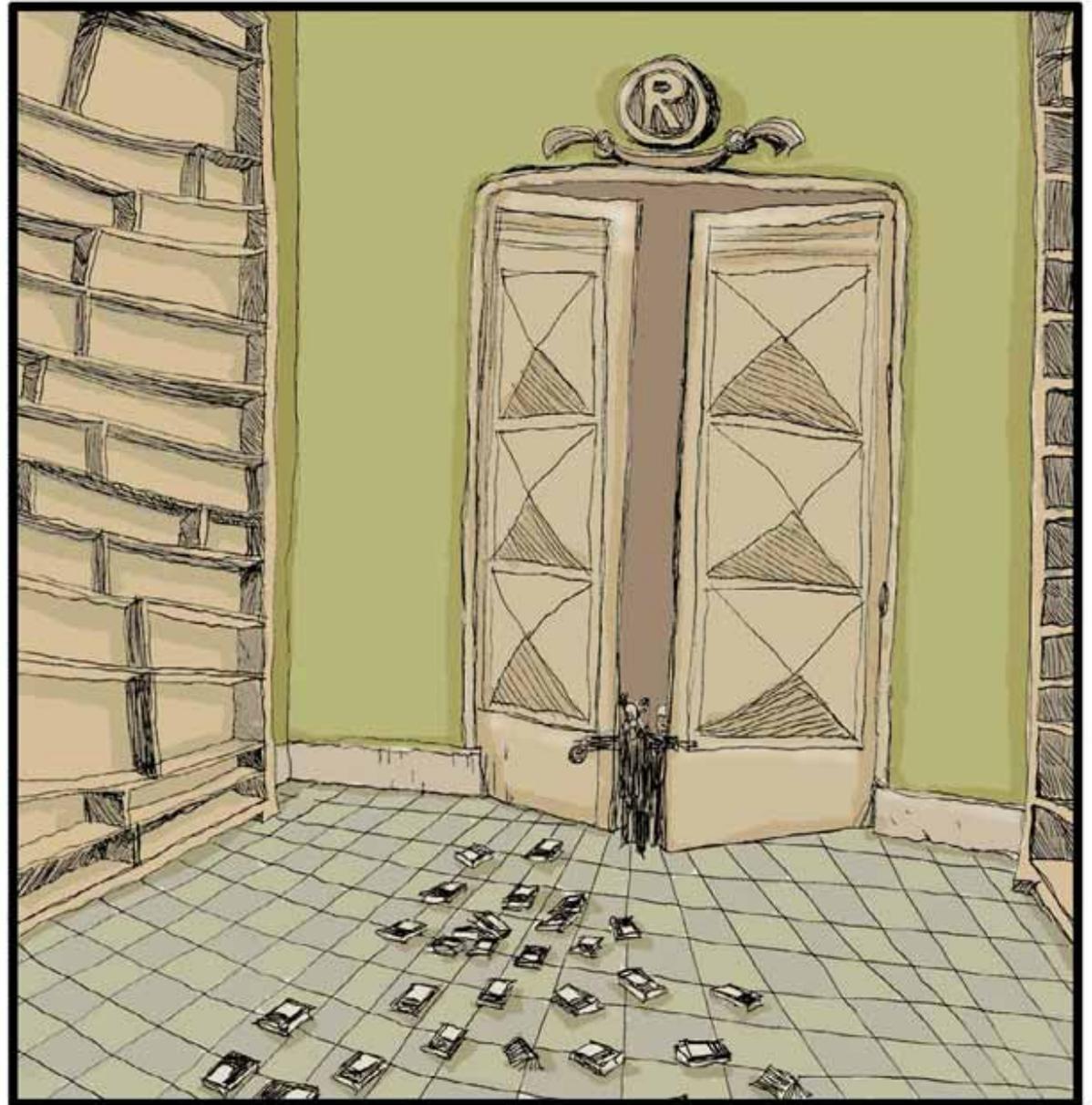


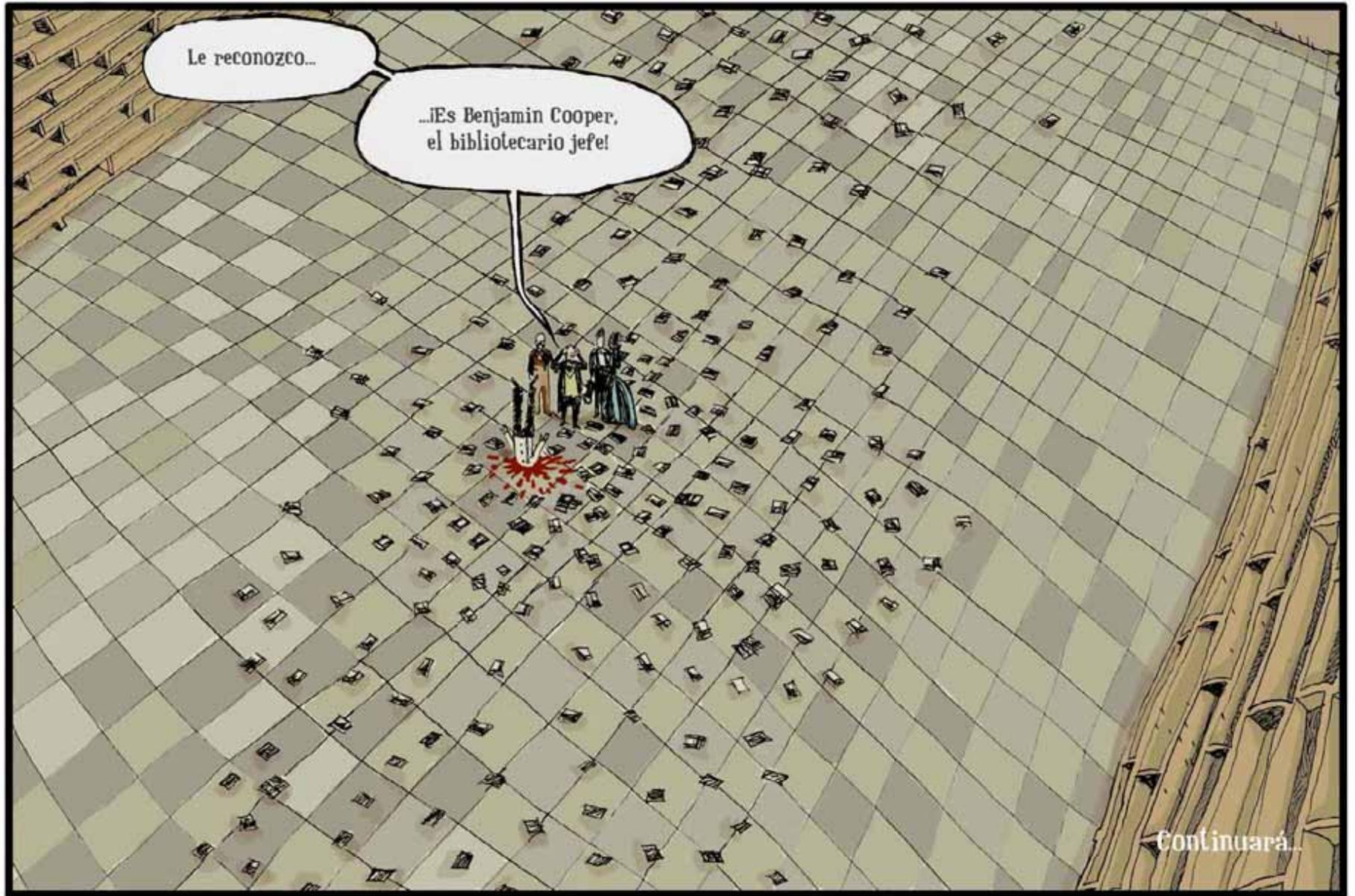
Miquel Rof.





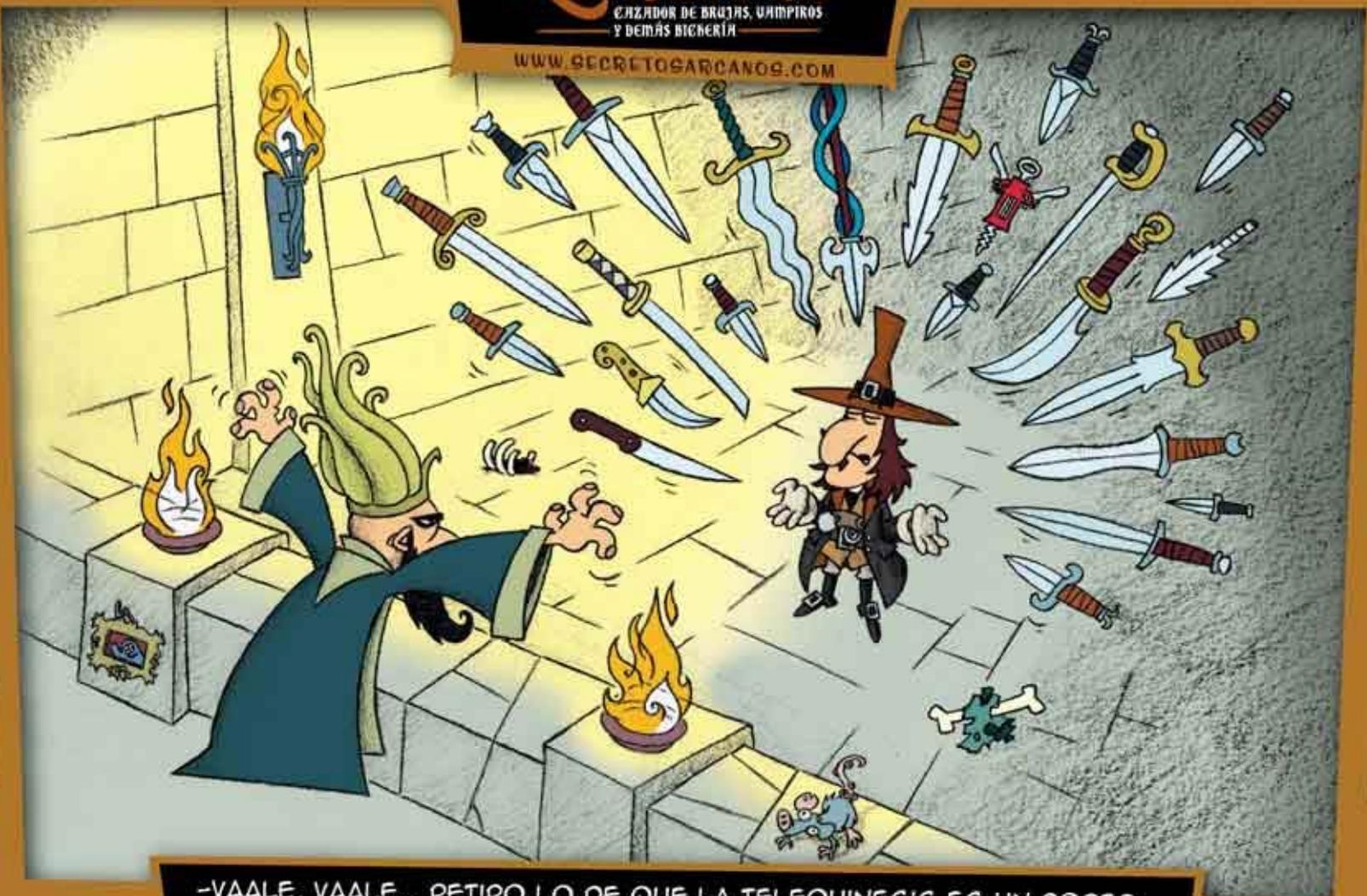






Continuará...

Lupo Valpurgis
CAZADOR DE BRUJAS, VAMPIROS
Y DEMÁS BICHNERÍA
WWW.SECRETOSGARCANOS.COM



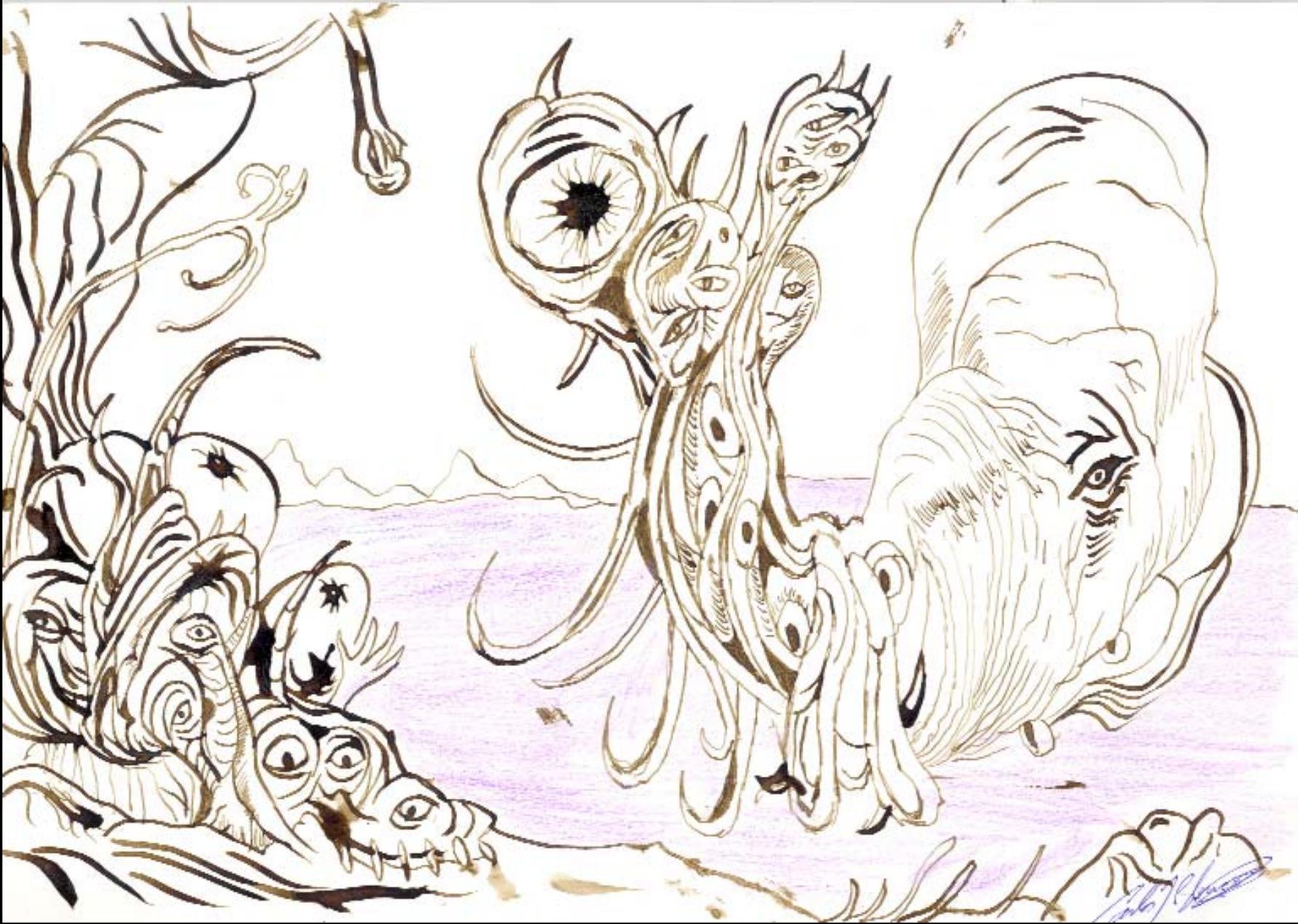
-VAALE, VAALE... RETIRO LO DE QUE LA TELEQUINESIS ES UN PODER ESTÚPIDO PARA UN GRAN SACERDOTE DE NIARTALOEZEP



"SUEÑOS EN LA CASA DE LA BRUJA" - DEDICADO A MI SOBRINO, BROWN DENKIN (C) 2001

MUSARUM DOMUS

TYNDALOS / SIN TÍTULO



por

Jorge Óscar Rossi

Director de Liter Área Fantástica

LA LLAMADA

El hedor se anunciaba desde cincuenta metros, o más.

Primero era algo dulzón, después era insoportablemente dulzón.

Cuando llegué a la puerta me tuve que parar, en parte porque estaba aturdido por tanto ladrido de los perros y en parte porque ahora el olor era simplemente asqueroso, no hay otra palabra.

No soy de estomago delicado ni mucho menos, pero me vinieron arcadas.

Me sobrepuse, uno se sobrepone a casi todo, y abrí la puerta.

Todo estaba normal a la vista, me dije después de vomitar. Al olfato, en cambio, era "lo más podrido", "la putrefacción", no sé como definirlo.

Con un pañuelo tapando boca y nariz y tratando de respirar lo menos posible me metí en mi casa. Como dije, todo lucía normal a la luz de la tarde.

Bueno, no todo.

En la mesada de la cocina estaba la fuente de la putridez. Una cosa roja llena de gusanos blancos que tardé en reconocer como la carne que Silvia había sacado del

freezer esa mañana.

No me pregunten de donde encontré la fuerza, pero metí la carne agusanada en una bolsa, fui al patio, puse la bolsa en un tacho que uso para quemar basura, le eché kerosén y le prendí fuego. Disfrute viendo como se quemaba.

Después abrí todas las ventanas y gasté un aerosol para ambientes y aún así no logré que el olor se fuera del todo.

Silvia lo notó apenas llegó.

-¿Qué es este olor de mierda?- Mi esposa no se caracteriza por los eufemismos.

- La carne que íbamos a comer esta noche- Le contesté.

Vivimos en una granja, pero la carne se compra en la carnicería del pueblo. Mi mujer y yo trabajamos en el pueblo, porque la granja apenas da para sobrevivir. Salvo gallinas y conejos, no criamos otro animal. De pronto, Silvia se acordó de algo:

- ¿Por qué no está en casa

Tito? ¿Dónde está Tito?-

Buena pregunta: ¿Dónde estaba el tarado de mi cuñado?

No necesité contestarle a Silvia porque, como si esas palabras hubiesen obrado a modo de invocación, apareció el objeto de sus desvelos.

Tito es alto y gordo, una masa de 1,85 con 120 kilos, siempre vestido con pantalones vaqueros y cami-



sa a cuadros, de manga larga y tela gruesa en invierno, de manga corta y tela fina en verano; siempre calzado con zapatillas baratas y siempre adornada su redonda cara de niño grande con esa expresión boquiabierta y de ojos entrecerrados que muestra, para el que quiera ver, la viva imagen de la imbecilidad.

Bueno, esto se los digo a ustedes. Con mi esposa no me expreso en estos términos. La última vez que le dije algo parecido fue hace cinco años.

Tito es un alma sensible, como la mayoría de los tarados. A veinte metros de la entrada de casa captó el olor. Lo demostró con un aullido acompañado de profuso baboseo y veloz carrera hasta terminar estampado a un viejo roble. Quedó abrazado al árbol hasta que mi esposa lo fue a buscar.

Mi cuñado tiene retraso mental de nacimiento. Hace quince años, cuando me casé, creí soportar su presencia. Todavía vivían mis suegros y ellos se hacían cargo del hijito. Los viejos murieron, hace cinco años, el día del ovni, y eso fue el comienzo del fin. Por lo menos, para mi.

Ahora no lo soporto y mi mujer cada vez me soporta menos porque yo no soporto al hermanito. Me haría borracho si me gustara el alcohol, pero tengo la desgracia de estar condenado a la lucidez.

Ver a Tito abrazado al árbol, berreando y llorando me hizo acordar al día del ovni.

Fue hace cinco años, creo que ya lo dije. Mis suegros volvían del pueblo en la camioneta y se mataron en un accidente idiota.

Me avisó la policía por teléfono. Fuimos con Silvia y, a medio camino para llegar al pueblo, estaba la camioneta, dada vuelta y apoyada contra un árbol. El techo se veía aplastado como si le hubieran dado un mazazo. Los dos viejos estaban tan muertos como cabía imaginar. Silvia no quiso verlos, así que yo tuve que hacerme cargo del reconocimiento. Los velamos a cajón cerrado. ¿Alguna vez tiraron un zapallo contra el piso?: Así les quedó la cabeza a los dos.

Mi suegro andaba por los setenta y siete años y su vista no era la mejor como para manejar de noche, aunque fuera una noche despejada y con luna llena como esa. Igual, es difícil explicar como pudo volcar así, en un camino recto y sin ningún otro vehículo que lo moleste.

La explicación de Tito fue que la culpa había sido del ovni.

Ahora que lo pienso, olvidé contar que Tito también iba en la camioneta, en la parte de atrás, que no tiene techo. La policía nos dijo que lo encontraron al lado del vehículo, abrazado al árbol, berreando y llorando, como ahora.

Su explicación, como dije, fue que un ovni los atacó, lo cual no resultó satisfactorio para nadie y no hizo más que confirmar que el desgraciado era un completo idiota. Velamos y enterramos a los viejos, la policía olvidó el asunto, Silvia y yo nos hicimos cargo de Tito y así iniciamos un lustro de vida bastante miserable, para que negarlo.

Según Tito, el ovni era una cosa grande, ovalada y negra, "más negra que el negro de la noche", son sus palabras, y con una

estrella en el medio. Dibujó una estrella de ocho puntas para reafirmar sus palabras y solo confirmó que era un pésimo dibujante. No quiso dibujar el ovni entero, solo la estrella. Se exaltaba cuando mi mujer se lo pedía. Según Silvia, a su hermanito siempre lo habían "fascinado" (sic) los ovnis.

Lo único que puedo decir es que el muy infeliz estorbó con esa historia una semana, hasta que me harté y le grité que era un tarado y Silvia me gritó que no le dijera eso a su hermano y yo le grité que se lo decía porque era un tarado y Tito empezó a llorar y Silvia y yo gritamos y peleamos y no nos matamos por pura casualidad.

Desde esa vez me guardo mis pensamientos sobre Tito.

Ahora, Silvia volvió a calmar a su hermano, como lo calmó el día del ovni.

La cosa no hubiera pasado a mayores si no fuera por lo de las gallinas.

Dos días después de lo de la carne podrida me desperté por lo que creí era una pesadilla. Soñaba que me ahogaba en un barro inmundito y, cuando parecía que me moría, abrí los ojos y vi que estaba en mi cama. Lo que no desapareció fue el olor. De hecho, el olor me golpeó en la nariz como si fuera algo tangible, como si una masa de mierda se me abalanzara y me tapara, aunque no era olor a mierda, no sé si se entiende.

Los aullidos de Tito me evitaron el trabajo de despertar a Silvia. Por lo general, como toma sedantes o ansiolíticos o algunas de esas porquerías, ella duerme como un tronco. Sin embargo, tiene el oído muy sensible para los lamentos del hermanito.

Abreviando, el gallinero se había convertido en un depósito de pedazos de carne increíblemente podrida, con los gusanos más grandes que nunca haya visto. En eso, en carne podrida se habían convertido mis treinta gallinas.

Para variar, Tito lloraba y baboseaba abrazado a un árbol.

Esta vez me asusté, lo confieso. Me importaba un carajo el ataque de mi cuñado pero lo de las gallinas me asustó. Me pasé toda la noche quemándolas, pero dejé una, a pesar del olor, de las protestas de Silvia y de los aullidos de Tito.

Apenas amaneció fui a buscar al veterinario. Lo saqué de la cama y me lo traje a la granja a las apuradas, los veinte kilómetros a cien por hora.

El veterinario es un tipo de confianza que trabaja hace mucho en el pueblo. Vio la carne podrida que alguna vez había sido una gallina bataraza, contuvo las arcadas, y con un gesto me indicó que la podía hacer desaparecer.

Cuando se recompuso me dijo la cosa más interesante que había escuchado en los últimos años:

- Es igual al perro del día del accidente de sus suegros.

- ¿Qué perro?-, Le pregunté casi como un automática.

- Cuando la policía llegó al lugar del accidente, encontró como a veinte metros un perro en ese estado. Estaba medio oculto en unas matas de pasto, pero se dieron cuenta por el olor. Me avisaron, porque les pareció algo raro y lo fui a buscar.

-Nadie me avisó de eso.

-Nunca se lo relacionó con el accidente, tal vez por eso...

-¿Y que tenía el perro?

- A la vista estaba podrido como si después de muerto hubiera quedado expuesto al calor por días.

- Pero era invierno...

-Si, y dije "a la vista", porque el olor que tenía no era el de la carne podrida. Oía...como esto de hoy de las gallinas. Además, los gusanos...

- ¿Qué pasa con los gusanos?

-¿Alguna vez vio gusanos tan grandes como estos?

Le contesté que nunca había visto carne agusanada, hasta unos días atrás. Me miró con cara de preguntar y le conté lo de la carne del otro día. No dijo nada, así que insistí:

- ¿Qué pasa con los gusanos?

-Ah, si. El tamaño. Nunca vi gusanos blancos tan grandes.

-Y, al final ¿qué hizo con lo del perro? ¿Aviso a alguien?

-No, es decir, lo comenté con algunos colegas, pero no pasó de ahí.

Después que se fue el veterinario tuve una corazonada, o una inspiración, o algo por el estilo.

Siempre que podía, evitaba hablar con mi cuñado, pero esta vez lo fui a buscar a su habitación, donde se solía encerrar. A veces pasaba horas ahí. Hacía dibujos o cortaba papeles o idioteces así. Abrí la puerta sin golpear y lo vi tirado en la cama, mirando el

techo. En la pared donde pegaba sus dibujitos, vi varios papeles con algo que debía ser el famoso ovni: óvalos con estrellas de ocho puntas en versiones blanco y negro y a color, todas horribles. Antes no estaban. Tito ni me miró.

Me acerqué y sin mayores preámbulos le dije:

-Decime Tito, ¿el día del ovni vos viste algún perro por ahí?

Ahora si me miró. Me miró como si el retrasado mental fuera yo.

-Era un perro bueno.

-Si, claro...-¿Qué se puede responder a esa declaración?. Insistí:

- ¿Estaba como ahora las gallinas?

-Fue el ovni...es malo...

-Claro, claro, el ovni quiere matar animales- le seguí la corriente.

-No.

-¿No?

-No.

-¿Y que quiere?

-Quiere matarme a mi- Me lo dijo como un niño que cuenta una travesura, en voz baja y con una sonrisa pícaro que le sentaba tan ridícula como puede suponerse.

No me di por vencido:

-Ah, mira vos, ¿y por qué quiere matarte?

-Porque lo llamé.

-¿Y como lo llamaste?

-Lo dibujé- me dijo el tonto, señalándome los mamarrachos pegados a la pared.

En ese punto, estuve por irme, hasta que me acordé que después del día del ovni, mi

cuñadito no había querido dibujarlo "de cuerpo entero". ¿Cuándo habrá empezado a hacerlo de nuevo?

-A ver, ¿y por qué no te mató?- le repliqué, como un padre que se burla de su hijo medio idiota.

-Por el árbol.

Tengo que admitir que, a pesar de lo tonto que parecía todo, esto último me encendió una alerta en los pelos de la nuca.

-¿Qué árbol?

-Cualquier árbol...no le gustan los árboles al ovni.

-¿Cómo sabés?

-No le gustan los árboles al ovni.

-Sí, pero ¿cómo sabés eso?

-No le gustan los árboles al ovni.

Era inútil, podíamos estar tres días, así que me fui.

Había una cosa que no me cerraba en todo esto, siempre y cuando estuviera en lo correcto:

¿Dónde estaba Tito el día de la carne podrida?

Volver y preguntarle no era lo conveniente. Ahora se había fijado en "No le gustan los árboles al ovni" y podía quedar monote-mático unas cuantas horas. Opté por preguntarle a Silvia.

¿Alguna vez les pasó que sus esposas, novias o amantes les digan que ustedes no las escuchan? ¿Si? Entonces entenderán lo que sigue. Mi mujer, absolutamente ofendida, me comunicó que ya me había dicho que Tito le había contado que estaba en su

pieza, dibujando, y el olor le dio asco y salió corriendo, pobrecito.

Silvia jamás iba a admitir dos cosas: que nunca me había contado esto y que escuchaba lo que le decía su hermanito como esas madres van con sus niñitos, sin prestarle atención a sus parloteos, pero "haciendo como" que los escuchan. Como no iba a admitirlo, dejé las cosas así y aproveché para alejarme de ella, de su enojo y de su histeria por lo de las gallinas. Lo que menos necesitaba era una loca a mi lado.

Me quedaban los conejos.

La primera noche, no pasó nada.

La segunda, tampoco, y ya estaba por renunciar a hacer guardia nocturna. Decidí un último intento.

La tercera noche apareció Tito.

Yo miraba desde la ventana que da al jaulón donde están los conejos. Si Tito fuera alguien normal, diría que tenía insomnio y salió a caminar. A la noche dejamos una luz encendida en el patio, así que pude ver que mi cuñado tenía cara de asustado y hablaba solo.

Después sentí el olor.

No apareció tenuemente para luego ir ganando fuerza. Nada de eso. El olor vino como una vaharada violenta, todo de una vez, por decirlo de alguna manera.

Lo que siguió fue muy rápido. Tardaré mucho más en contarlo:

Tito aulló y yo salí al patio. Lo vi correr a árbol más cercano y, no me pregunten por qué, sentí que tenía que mirar para arriba.

Ahí fue cuando vi al ovni.

Era una cosa grande, irregularmente ovalada y negra, "más negra que el negro de la noche", como diría Tito, y con una estrella amarilla de ocho puntas en el medio. Pero no era un ovni. Quiero decir, no era un objeto. Era un ser, era algo vivo que se agrandaba y se encogía, con el ritmo de una respiración. La estrella crecía y se achicaba, como un corazón latiendo. No digo que respirara ni que latiera, pero estaba viva. Podía sentirlo. En el centro de la estrella algo se abría...como una boca.

Supe lo que tenía que hacer y no le voy a echar la culpa a esa cosa que ahora había convertido a mis conejos en carne podrida.

Arranqué a Tito del árbol, lo pateé, lo empujé, lo golpeé y lo tiré al suelo, para que eso que estaba arriba se sirviera a gusto.

A mi no me hizo nada, venía por mi cuñado. Lo vi pudrirse y agusanarse en silencio.

Escuché los gritos de Silvia.

Mi matrimonio y mi vida se iban a la mierda, pero me sentí feliz.

© Jorge Oscar Rossi, noviembre de 2007

El autor nació en la Republica Argentina y actualmente vive en la ciudad de Buenos Aires. Es escritor y se gana la vida como abogado y docente universitario. Desde el año 2000, dirige Liter Área Fantástica, (<http://www.literareafantastica.com.ar>), sitio dedicado a la literatura de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, donde se han publicado más de doscientos relatos de distintos autores.



por

Tyndalos

Carlos Blanco

Mundo Interior

Parte III

No soy un vulgar ladrón. Si entré en este museo no fue sino por una causa noble: la salvación del mundo y a la humanidad. Ignoro si estos propósitos merecen la pena. El cosmos es un animal enfermo. De esto, hace ya tiempo que me doy cuenta. Todo se viene abajo. Una Sombra muy oscura se cierne sobre todos los seres, y el espíritu de la Descomposición hace su entrada en la luz, absorbiéndola, creando caos y confusión.

Quise salvar el mundo robando estas estatuillas. Al menos, no ponérselo tan fácil a los agentes del Mal. El Museo del Principado cuenta con las habituales alarmas de seguridad, y al menos una docena de agentes fuertemente armados. La vitrina anti-balas protege a la media docena de estatuillas que, casi en secreto, aguardan su liberación desde un rincón poco iluminado en la planta semisótano. En este país, en Europa en general, nadie ha exagerado la importancia de estas esculturas. Se suponen de origen celta. Apenas una docena de arqueólogos y otros expertos de todo el mundo se trasladaron al Principado para

proceder a su examen. Poco más de ocho artículos en la prensa especializada, y otros tantos más, divulgativos, en los periódicos locales. Un descubrimiento tan extraordinario debería haber llamado más la atención. Sin embargo, fueron los químicos, geofísicos y expertos en ciencia de los materiales los que más debate crearon en torno al hallazgo. Se sometieron las piezas a diversos ensayos de laboratorio. Todos los resultados habían generado bastante perplejidad. Se dijo que podían haber sido confeccionadas en thurmonio, un mineral ya desaparecido en este planeta, pero cuya presencia debió ser un hecho en edades geológicas muy antiguas. La ciencia oficial sostenía que algún meteorito extraterrestre lo habría transportado a nuestro mundo, al menos en exiguas cantidades. Mas los procesos geológicos acaecidos durante los eones habrían dado en su extinción virtual. Algunos "ocultistas" modernos, seguidores de las teorías del Padre Tessier y de Miñambres, sostenían -entre una burla generalizada de los académicos- que todavía en los tiempos previos a la invasión romana los indígenas del país, ástures o

celtas, habían trabajado con tal mineral y, dándole el nombre místico de miffllir, lo habían convertido en objeto de especial veneración mágico-religiosa.

Mis investigaciones habían ampliado mucho la información sobre las estatuillas misteriosas. En el más estricto secreto, fui adentrándome en el laberinto de misterios que las rodeaban. Los hechos se remontaban a unos años atrás, fecha en la que un americano, un tal A. Hastings, había venido a Asturias en busca de datos sobre lugares especialmente raros y enigmáticos en la geografía del país. Es esta una región montañosa, con valles y aldeas de muy difícil acceso y, en ocasiones, de confusa localización, incluso. Ese yanqui había venido a parar a un pueblecito de nombre "Tenebredro", y que no tiene nada que ver con el otro que aparece oficialmente en los mapas. El Tenebredro oficial se ubica en el interior del país y se encuentra junto al denominado "Desfiladero de las Xanas". Este otro Tenebredro al que me refiero hace años que ha desaparecido de la toponimia oficial, tanto en la versión vernácula de

"Tenebréu" como en la castellanizada de "Tenebredo". En lugar de aldea, es ahora un amontonamiento de ruinas dispersas que apenas ofrecen algo interesante de ver al visitante, salvo la ocasión de sentir escalofríos inexplicables y de desconocido origen. La aldea que visitó Hastings, y de la que se supone procede el hallazgo, pudo haber sido en un tiempo un castro celta, a tenor de lo que algunos especialistas han sospechado. Sin embargo, la habitual desidia oficial de los arqueólogos españoles en todo lo que pudiera representar ampliar nuestros datos acerca del pasado prerromano de la región ha hecho que nunca se excave allí como es debido. Apenas el padre Tessier hizo algunas catas, pero la muerte del sacerdote -cada vez más desacreditado por el enteco positivismo predominante en el país- hizo que ese intento quedara abandonado. Por otro lado este Tenebredo era un lugar insalubre, frío, habitado por numerosas fieras y mal comunicado con la civilización. Nadie, ni turistas ni curiosos, se hallaba dispuesto a quedarse mucho rato en tan inhóspito lugar. La ausencia de condiciones idóneas para la explotación turística hizo que la arqueología se desatendiera siempre de este extraño y remoto lugar.

Habían circulado últimamente unos pintorescos rumores que, desde aldeas vecinas, se habían ido propagando hasta llegar a la capital. Se decía, sin fundamento alguno, que el triste pueblucho, abandonado desde hacía un siglo y medio, por lo menos, volvía a contar con habitantes. Las habladurías se referían a unos seres deformes y

más bien estúpidos que, venidos no se sabe de dónde, habían ocupado el caserío, rehuendo no obstante todo trato con las gentes de parroquias y aldeas vecinas.

Al bucear en las conexiones entre las estatuillas y el caso Hastings, estuve tentado a suponer que algún poder místico habitaba en ellas. Su ayuda debió ser crucial en las indagaciones que algunas personas han realizado sobre los supuestos Umbrales que comunican nuestro mundo ordinario con el Otro. He gastado buena parte de mi fortuna en viajes y sobornos, todo con el ánimo de acercarme a ese misterio que, si bien yace oculto para las mentes vulgares, se yergue en todo su inquietante esplendor a los que nos hemos iniciado en él. Esplendor de lo Oscuro. La Verdad es amante de las paradojas. Tras unas peripecias que me sería fatigoso recordar, sólo deseo decir que he podido visitar la mansión americana de Adolphus J. Singer, la hedionda y mil veces maldita casa de Flattering Curse, en Nueva Inglaterra. Entre los legajos que pude robar antes de la aparición de unas horribles cosas me sacaran de allí, pude obtener unos crípticos manuscritos del célebre y degenerado ocultista. Singer escribía en un código cuyo desciframiento hubo de costarme años de esfuerzo. Él lo denominaba Neorúnico, y se trataba de una evolución interna de las antiguas runas celto-escandinavas, de cuyo estudio él era una autoridad académica muy reputada, pese a la mala fama por él acaparada en otra clase de ámbitos. Lo extraño es que en su legajo aseguraba que los Hiperbóreos que utiliza-

rían dicha lengua y alfabeto eran una estirpe aún viva, oculta en remotos pasadizos que horadan la tierra.

El mensaje del dossier de Flattering Curse era, sencillamente, horrendo. En él se anunciaba un definitivo cataclismo para el planeta. Todo el miasma y la podredumbre que encierran las entrañas terrestres será la sustancia que un día aflorará, y ni los Hiperbóreos ni las demás entidades salutíferas que conspiran casi desde siempre podrán evitar lo que está escrito y predicho que algún día sucederá. Para prepararse al efecto, Singer recomendaba sin ambages una dictadura neofascista de alcance mundial que, lejos de oponerse al Mal, se reconciliara con Él y contribuyese a sus designios. Tampoco la distinción entre Luz y Oscuridad era asunto de gran claridad en el dossier de Flattering Curse, pues aquellas entidades y potencias que a unos seres les pueden parecer malignas, se presentan por el contrario como extraordinariamente benéficas, puras y santas a los ojos de otras. La misma Humanidad según los criterios singerianos carece de unidad y, antes bien, se cuarteada en diferentes razas de origen y destino distintos. Humanos de verdad, en el mundo, realmente, sólo existen en muy exiguas proporciones. El mismo Singer y unos pocos Elegidos se autodenominan los Humanos Verdaderos, destinados por los dioses a someter a la masa sub-humana a una suerte de esclavitud férrea, como preparación a las Tinieblas Totales. Es un hecho que se desprende del dossier que la humanidad nació en diversos momentos de la

historia geológica del planeta, y que la Raza Adelantada, de cuyo tronco se desprenderían entre otros, los Hiperbóreos, muy ajena a la morfología que hoy adoptan para camuflarse, hubo de refugiarse ante el advenimiento de otras entidades extragalácticas que supusieron para siempre el inicio de la Podredumbre del Cosmos.

¿Fantasías de un loco? Yo fui a la mansión maldita, a esa especie de epicentro del Mal. Yo tuve el atrevimiento de robar un dossier terrible, jugándome el tipo ante unos seres que, sólo con entreverlos, harían a un hombre común perder su raciocinio para siempre. Algo real y poderoso debía esconderse tras unas estatuillas que habían significado tanto como hilo conductor hacia la Verdad en las peripecias de Hastings y de otros locos buscadores de misterio.

Y ahora me encontraba allí, solo, ante unas vitrinas que guardaban aquellos raros ídolos indígenas. Eran de morfología monstruosa. Desafiaban las leyes teratológicas de la naturaleza: vientres abultados, miembros tentaculares y múltiples, ojos hundidos y con asimétrica colocación, cornamentas afiladas, ausencia de abdomen definido. Los dioses indoeuropeos, incluidos los dioses célticos y de otros pueblos celtizados, eran amorfos. Cuando su arte plástico, acaso por influjo grecorromano, trató de hacer de ellos una representación, se eligió la vía antropomorfa, con algunas concesiones a la numinosidad animal, quizá por la comunicación que tales pueblos tuvieron con los escitas, sármatas, y

los habitantes del Asia de las estepas centrales. Pero estos ídolos... se alejaban de todo lo descriptible. Su presencia en el Principado escapaba a mi comprensión. No era posible que la ciencia moderna hubiera ignorado tales hallazgos, arrinconando las estatuillas en un Museo, cuyos visitantes en su gran mayoría ignoraba.

Habituado a robar, pues las investigaciones en que llevaba metido años atrás me forzaban a tomar este camino poco ortodoxo pero muy expeditivo, no fue problema para mí saltar las conexiones de las alarmas, desorientar a los guardías, abrir el seguro de las vitrinas y llevarme tres de las figuras en una sencilla maleta de viaje. A la puerta trasera del edificio, donde se sacan las basuras de la cafetería del Museo, que a estas horas ya se encontraba cerrada, me esperaba una furgoneta con escudo oficial, y con el motor en marcha.

Oviedo quedó atrás. Tomé la autopista que conducía a la ciudad vecina, Gijón, junto al mar. De allí me dirigí a una hermosa campiña plagada de aldeas pintorescas alzadas como en un balcón sobre el mar Cantábrico, y que recibe el nombre comarcal de "La Mariña" o "Les Mariñes". En uno de esos rincones de verde prado y azul atlántico se erige aún la casa solariega. Mis antepasados la alzaron sobria y conserva el precioso tono rosado de la piedra que todavía se saca de esta zona, y con la que se alzó en otro tiempo el ciclópeo edificio de la Universidad Laboral. Mi casona ostenta un blasón familiar donde se puede contemplar un puño con guantelete machacando un

extraño endriago, que de forma inquietante recordaba las siluetas imposibles de los ídolos que acababa de robar. Mitad fortaleza, en su aspecto, con dos torreones cuadrados en las esquinas de la fachada, mitad casa campesina, como los demás viejos palacios de mi país, los construidos antes de las veleidades barrocas y clasicistas que después vinieron, mi casona también se ocultaba no poco a las miradas insolentes. Grandes robles, o carbayos como los llamamos aquí, y dos gigantescas paneras, también centenarias, se interponían entre el visitante y la fachada blasonada de la casona. El señorío de Rovigo fue, en tiempos, una notable heredad de La Mariña y mis antepasados habían desempeñado en los viejos tiempos algunos cargos representativos en la Junta General del Principado, la asamblea soberana de los concejos hermanados del país. Ahora mi estirpe casi se veía extinguida. Una larga cadena de mi estirpe, que se remontaba a la época del Antiguo Reino, moriría conmigo. Decidí convertirme en un solterón, bastante misántropo. Mis libros y mis andanzas investigadoras lo eran todo para mí. Ahora me había convertido en un ladrón. Ladrón de estatuillas ástures.

Ya en casa, mandé a mi criado que asegurara la puerta que daba acceso al jardín de la casona. Di órdenes muy precisas de soltar los perros por toda la heredad, y que las ventanas y puertas fueran especialmente aseguradas. Ya se había hecho de noche. Los lejanos ladridos podían percibirse, como siempre, y algún que otro mugir de las vacas también se hacía oír

desde lejanas quintanas. El viento iba ganando en intensidad, que a veces es mucha en aquellas lomas cercanas al mar. Mi casa contaba con capilla propia y la pequeña campana centenaria de bronce hacía sonar su música, a veces a modo de queja lenta de difuntos. Yo desempaqueta-ba con veneración aquellas estatuillas. Tres había traído en mi maleta. Muchas más podrían haber sido, pero con estas tres, las que yo juzgaba las más significati-vas, sería bastante para avanzar en mi investigación.

El dossier de Singer refería a un cierto monje, Piniolus, incansable viajero por Europa y Asia, y peregrino en Tierra Santa, la autoría de unos oscuros versos sobre las Puertas del Reino Divino. Al parecer este personaje había nacido en el que por entonces era un reino cristiano pequeño, pero muy prometedor en su ansia de man-tenerse independiente, al tiempo, de los musulmanes y de los francos. Piniolus conoció a fondo cada uno de los rincones sagrados del Asturorum Regnum, y debió contar con la ayuda de no pocos sabios persas, sirios, puede que incluso chinos, pues él mismo se atribuye unos viajes y unos contactos inusitados completamente en su época. Al parecer, tras unos cálculos muy sesudos, localizó, no muy lejos de una pequeña aldea de su reino natal un claro en una selva fragosa, de las muchas que por entonces había. Los habitantes ástures del lugar, escasos y rudos, y paganos por más señas, según refiere el monje Piniolus, le confesaron haber percibido luces mons-truosas y gemidos infames que procedían

del suelo. Creían aquellas gentes sin cris-tianizar que era la hoya donde se había enterrado el viejo dios Cernunnos, o Caernon, como nos transcribe el monje en su poema. Tras los oportunos exorcismos que practicó nuestro monje, con autoriza-ción real y obispal, mandó formar un des-tacamento de cavadores para perforar aquel misterioso lugar. La descripción que, en su rudo latín, nos transmite Piniolo es digna de las más modernas novelas de ciencia-ficción o películas de fenómenos poltergeist. Burbujas gigantes de luz fosfo-rescente se alzaron por sobre las cabezas de los peones espantados, de los guerreros del rey y de la plétora de religiosos allí con-gregados. Tales burbujas de energía cobra-ban, en ocasiones, la forma de bustos par-lantes, y... "pecado sería repetir aquí las horribles blasfemias y bestiales alaridos que tan demoníacas bocas exhalaban". El misterioso monje ástur no ahorró epítetos en su ambigua descripción del horror allí descubierto, y frustra al lector moderno saber que en las partes más deterioradas del pergamino se esconde cierto secreto acerca de una cabeza cornúpeta de tamaño descomunal que sobresalía por encima de la tierra removida, o desde el fondo del gran pozo allí excavado. La presencia del temible dios céltico, el de la gran corna-menta y fiebre sin igual, debió convertirse en la pesadilla eterna para todos los testi-gos allí congregados. Parece que el barniz de recién adquirido cristianismo de los más de entre ellos, útil en su resistencia frente a los musulmanes, se les fue de repente. Piniolus, ástur del siglo VIII o principios del

IX, relata con tristeza como los nobles, los soldados y algún clérigo con votos contraí-dos, se habían postrado en el suelo como hacían los infieles, y "profiriendo gritos paganos y bruñeriles, que para nuestra ver-güenza todos habíamos oído en los tiempos de la infancia, de boca de las gentes rudas y de los amigos del Diablo, ofendieron gra-vemente a Dios Nuestro Señor, adorando a aquel espíritu subterráneo que, para des-gracia del mundo, se erigía ante nosotros". Tan apasionante relato se interrumpe jus-tamente aquí, pues de él sólo se conserva un fragmento. Bien pudo ser esa hoya des-cubierta por el monje Piniolo el lugar secre-to donde saldrían a la luz las extrañas esta-tuillas que ahora tengo entre las manos. Allí debieron reposar bajo tierra, desde los tiempos de la invasión imperial, quizá desde el 19 a.C., cuando Augusto dio por vencidos a los ástures, y los forzó, sin lograrlo, a la integración con Roma. Puede que los objetos se escondieran mucho antes, cuando este enigmático pueblo comenzó a sentirse en peligro al saber los ástures que ejércitos poderosos y venidos de muy lejanas tierras, los de Roma, ame-nazaban con hollar su solar patrio.

Era ya avanzada la medianoche. Afuera sólo se percibían ocasionales sonidos noc-turnos. Los grillos, las pisadas de Sultán y Fobos, mis dos perros de presa, algún búho refugiado entre los robles... Justo a las doce, mi criado llamó a la puerta para ver si era requerido para algo o, en caso contrario, poder acostarse. Le di mi permi-so desde la rendija de la puerta. No quería que mis tesoros fueran vistos por nadie,

pese a que Milio era hombre de plena confianza.

Ya cerca de las dos, tras haber fotografiado y analizado sesudamente las esculturas, un extraño rumor parecía entrar en mis oídos y, de forma inquietante, parecía tratarse de un sonido que venía del interior de las mismas. Posé mis manos sobre su rugosa superficie. Las tres transmitían una especie de conductividad eléctrica, y una poderosa reverberación que hacía que mi vista y mis oídos se resintieran. Después, como por amplificación, el turbulento vaivén de las partículas parecía transmitirse a todo mi cuerpo, a las paredes, a todos los objetos -en suma- que albergaba la habitación. Como en sacudidas sísmicas, la reverberación alcanzaba picos verdaderamente inquietantes. Ya me parecía que toda la mansión se veía afectada por la misma. Y después, vino el fenómeno del brillo ocular.

Sí. Sus ojos.

Los muy numerosos ojos de la estatuilla brillaban de una forma demoníaca, perversa. Y miraban. No me cabía la menor duda de que esos círculos de luz miraban. Adentro. Muy adentro. Era una especie de desnudamiento atroz. Sentí cómo las más recónditas entrañas de mi cuerpo y de mi alma eran sometidas a una inspección fría, implacable, distante. No eran cosas de piedra, tallas inertes de un pasado remoto. No. Eran entidades que cobraban vida y lucidez por momentos. Eran monstruos que el tiempo había congelado, y una imprudencia loca por mi parte no había

logrado sino despertar.

Mi corazón se agitaba velozmente. Los palpitos resonaban en mis oídos y ya creía que la sangre me iba a estallar en las venas de la cara de un momento a otro. Todo mi cuerpo, electrizado, comenzaba a temblar. Y una voz, tan aguda como un pincho, iniciaba su letanía, llena de odio y al tiempo frialdad. Una voz que parecía emanar de las estatuillas y que horadaba las entrañas de mi ser. La voz afectaba directamente al cerebro y ahora en realidad pienso que debió tratarse de una transmisión de pensamiento operada con una pasmosa intensidad. Mis nervios se destrozaron quizá para siempre a partir de aquella experiencia.

"Vamos a por ti" "Vamos hacia ti" "Cerca, muy cerca, llegamos por los corredores..." "Te tenemos"

Era más de lo que podía soportar. Recuerdo que me caí al suelo. Di grandes aspavientos, como si unos enemigos físicamente presentes estuvieran tratando de darme caza. En el primer manotazo, la estatuilla más cercana se cayó haciéndose añicos. Entonces la furia contenida en ella se desató de una manera anárquica. Acaso solo los cazadores de safari saben que al cegar a determinadas bestias salvajes, éstas se transmutan repentinamente en enemigos locos y terribles, capaces de multiplicar innumerables veces su maldad. Y así fue: un zumbido, que a mí me parecía como de abejas enormes, me envolvía y un dolor hondo, lacerante, cruel, devoraba las entrañas de mi alma. Esta fuerza era capaz

de afectar directamente en el espíritu de su víctima, siendo sus dañinos efectos corporales una mera consecuencia derivada. Yo me retorcí en el suelo mientras la estatua rota me imprecaba y un extraño plasma se iba materializando en torno a ella. Rápidamente me incorporé, tratando de enfocar con la vista a aquella entidad cada vez más visible que se alzaba frente a mí. Las vagas formas antropomorfas del inicio iban dando paso a una enorme silueta -siempre difusa- de un ser cornúpeto y de complejidad poderosa. De inmediato pensé en Cernunnos y en las viejas tradiciones del dios cornudo que se conocen por toda Europa. Esta materialización era horrenda, grotesca. Su rostro era burlón, casi diría que rijoso y torpe, pero al mismo tiempo emanaba de él una distancia exclusiva de los seres divinos. Sí, distante: la lejanía de un dios que al hacerse visible ante un mortal no puede por menos de extender en torno a sí un aire de eternidad, de señorío, de ser-siempre-así. Estos pensamientos, o mejor, impresiones, me embargaron durante aquellos terribles instantes.

Entre tanto, el bueno de Milio había subido apresuradamente los escalones. Alarmado por los violentos ruidos que se veían produciendo en mi gabinete, subió en bañín y empuñando un bastón. El pobre debió pensar que unos ladrones me asaltaban, y bien poco pudo defenderme, que era lo que él debía pretender. Pues nada más penetrar en el gabinete, a fuerza de empujones y haciendo saltar el pestillo, el ser cornúpeto lo inundó en su plasma, en el halo aquel de energía anómala, y rápida-

mente lo dejó abandonado en el suelo, como calcinado. Lo extraño fue que la "deidad" respetó mi vida y trató de entrar en comunicación conmigo. Sus transmisiones telepáticas fueron muy dolorosas, me hacían llorar y desesperarme, pero llegaron a mi cerebro.

"No hay que romper estatuas. Se desencadenan fuerzas incontrolables. Debes guardar bien las dos que restan. En ellas habitan algunos Servidores de los que Esperan. Ve a ver al joven Palludi. Es médico en Berna. Él sabe cosas para impedirlo. No te conviertas en un Servidor de los que Esperan. Marcha ya. Es preciso ver a Niko Palludi."

Aquel mensaje no me fue impuesto por medio de palabras. Tan solo las ideas se introducían por los pasillos de la mente, ideas de las que he ofrecido arriba una trascripción.

En cuanto el mensaje me fue revelado, huí a la carrera, pasando por encima del cuerpo calcinado de mi pobre Milio. La puerta que él había forzado me brindaba ahora la oportunidad de una huída. Las escaleras de la casona, sumidas en una semipenumbra, ofrecían un espectáculo de sombras cambiantes. A mí me recordaron estúpidamente las danzas de los salvajes en torno a una gran hoguera. La "deidad" era, en verdad, una fuente luminosa. Debí de seguirme un buen rato, escaleras abajo. Y lo verdaderamente extraño era el efecto de su luminiscencia sobre el suelo, arrojando sombras de otras entidades que debían situarse en dimensiones diferentes

en el espacio y en el tiempo. En mi alocado descenso creí ver las sombras de enormes seres tentaculares, cefalópodos alados, y otras cosas de imposible descripción. Todo a gran tamaño y proyectándose sobre escalones y muros. Al llegar al salón, y no sin tropezar con una mesita de lectura, me precipité hacia la puerta principal, que da acceso al porche y al jardín. Gritaba enloquecido. Los ladridos casi agónicos de Fobos y Sultán me asustaron todavía más. Ellos me ladraban amenazadores como si vieran también en mí, su querido amo de siempre, una fuente de peligro. En efecto, una parte de la luminiscencia del "Cernunnos" de plasma energético se había transferido a mí, y en las mangas y perneras de mi ropa podía ver la agitación de partículas fosforescentes. Corrí más, procurando dejar atrás la antoxana de la casa, penetrando en un bosquecillo aledaño al jardín, desde donde podría salir por una de las cancelas que daban paso a la heredad.

El bosque dormía en silencio, sólo roto por mis dos perros enfurecidos que no cesaban de ladrar hacia el interior de la casa. Por fortuna su instinto defensivo había optado por dejarme a mí en paz, dirigiendo sus iras contra la cosa que había infestado la mansión. En lugar de proseguir con mi huída, decidí aguardar tras un centenario castaño y vigilar la casa desde aquella prudente distancia. A lo lejos, la ventana del gabinete seguía iluminada. Los focos de luz parecían ahora múltiples y oscilantes. El ser debió escindir-se en varios núcleos de luminosidad que a su vez dejaban traslucir sombras enormes y deforma-

das en el jardín, y más allá. Sombras que parecían cobrar vida propia, independizándose del foco proyector que las creaba. Sin duda, pensé, aquella estatuilla rota era una puerta abierta a dimensiones y entidades absolutamente desconocidas, y portadoras de un peligro estremecedor, de consecuencias incalculables.

No podía dejar mi propiedad y dar aviso a las autoridades así como así. Las estatuillas robadas por mí se encontrarían en el gabinete, en caso de que la entidad cornúpetas no las recogieran. Y los restos calcinados del pobre Milio darían lugar a preguntas molestas. Después vendrían los juicios, las acusaciones, un proceso interminable en el que yo sería el blanco de todas las sospechas. Nada creíble -pues lo sucedido era efectivamente imposible de crear- podría aducir en mi defensa. Decidí esperar. Me hallaba en un buen punto de observación. Cerca de una salida, y no era la entrada principal. Atravesando unos metros de bosque frondoso podría llegar rápido hacia un cobertizo semioculto entre los viejos robles y castaños. Allí podría tomar una vieja motocicleta en buen uso que yo guardaba allí para mis paseos rurales. La cancela de aquella zona de mi finca daba a un camino muy poco transitado, inscrito él mismo en una zona muy antigua de bosque comunal, por donde raras almas pasaban en los últimos tiempos. Todo eso podría hacer en caso de divisar desde mi puesto una aproximación de la entidad hacia mí. Pero también en caso de que algún coche de la Guardia Civil o, sencillamente, los vecinos alarmados o curiosos se

acercaran a la casona.

Pero la mía era una propiedad bastante aislada. Posiblemente, las luces, los ladridos, los estrépitos, en efecto se habrían escuchado en la lejanía. Los rumores se irían extendiendo, sin duda, pero pasaría un tiempo antes de que las preguntas se transformaran en visitas molestas.

Por fortuna, ni llegó la fuerza pública ni tampoco se acercó la entidad. Sencillamente, en el curso de una hora las luces fueron atenuándose y desapareciendo en el espacio, sumiendo la casa en una oscuridad plácida y triste. Tan solo las luces de mi gabinete y la del cuarto de dormir de Milio, en el torreón central de la parte noble de la casona, lucían como dos estrellas en una negrura siniestra.

Me armé de valor y recorrí el camino de vuelta a casa. Pronto, pisaba la gravilla de acceso al porche. Fobos y Sultán se acercaron de nuevo a olerme, sin bajar sus defensas instintivas del todo. Mi luminosidad de contagio había desaparecido tiempo ha. Antes de subir la gran escalinata de la torre, tomé un arma de mi vitrina de armas de caza. Cargué la vieja escopeta de mi abuelo, con esa estúpida confianza que los humanos sentimos al llevar encima un arma, sabedores, con todo, de lo inútiles que resultan ante estos enemigos del más allá.

Nada. No quedaba ni rastro de la presencia maldita.

La puerta forzada del gabinete. Un cierto olor a quemado. Los restos, ya casi vola-

tizados, de mi mayordomo. ¿Y las estatuillas? Las otras dos permanecían allí, justo donde yo las había dejado. Los añicos de la tercera se habían esfumado. Era evidente que la entidad no guardaba intenciones de hacerme daño a mí en particular. Era una especie de heraldo. Al romperse la estatua del dios ástur se habían abierto puertas espacio-temporales. La forma para mí reconocible de un dios cornudo no era otra cosa que un vehículo que transportaba, de alguna manera, las almas de muchos seres cautivos que algún día habían servido a estas entidades del más allá. Ahora recordaba que el "Cernunnos" convertido en plasma me había mirado con cientos de rostros por segundo. Miles de caras quizá que me hablaban a través de un rostro salvaje y encendido. Muchas caras de todas las razas humanas, y aun de especies que ninguna relación guardaban con el hombre o con la vida terrestre. Pero entre esa muchedumbre reconocí el del célebre doctor Andreas Palludi. Muerto en extrañas circunstancias, nunca aclaradas, al ver su rostro dentro del plasma de la entidad pude deducir rápidamente algo. Palludi era ahora un esclavo de estas fuerzas alienígenas. Su alma había pasado a alimentar el alma genérica y colectiva de las mismas, y cumplía una misión a su servicio. Ahora me mandaba buscar a su hijo, quizá poseedor de algún secreto trascendental. Un tal Niko Palludi con el que acaso no podían contactar directamente. Si yo cumplía con el encargo me encontraría bajo las alas de la Sombra. ¿Acaso no lo estaba ya? ¿Desde qué momento? ¿Desde que robé las esta-

tuillas? ¿Antes? ¿Desde el instante en que oí hablar de A.J. Singer y de su círculo de fanáticos?

El teléfono sonó. Llegó el momento de disimular. Debía improvisar alguna explicación convincente de tan raros fenómenos. Ya estaba amaneciendo.

-- ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú, Belarmo? Sí... sí... He estado haciendo nuevos experimentos de los míos. Sí. Ya conoces mis "manías". ¿Te han ocasionado muchas molestias? No te preocupes, no va a volver a suceder. ¿Luces? Claro, sí. Sultán y Fobos se asutaron mucho...

Y así fui articulando una trama de mentiras con el fin de tranquilizar al doctor Belarmino Suárez, mi vecino. Suárez poseía una quinta de recreo a tres kilómetros de mi casa. Alarmado por aquellos fenómenos, si bien la distancia los atenuara, había llamado en cuanto juzgó que la hora era prudencial. El anciano médico era buen amigo mío, y en nuestros paseos y cacerías juntos habíamos hablado frecuentemente de temas científicos y ocultistas. Era sabedor de la existencia de un laboratorio en mi casa, a pesar de que nunca se lo había mostrado. Al colgar el aparato creí percibir una sombra de duda en su voz.

Lo urgente era deshacerse de los restos de Milio. Limpié concienzudamente el gabinete, reparé los desperfectos de la puerta y revisé el resto de la casa antes de que llegaran las señoras de la limpieza. Cuando éstas aparcaron su destartado "Cuatro Latas" delante de la antoxana, ni un rastro

de la pesadilla había quedado a la vista, nada que pudiera delatarme.

Guardé las estatuillas dentro de una maleta de viaje bien cerrada con llave. Dentro puse algunas pocas cosas para tomar el avión. A las dos señoras, madre e hija, les expliqué que Milio el mayordomo se me había adelantado para adquirir los pasajes y hacer otros preparativos, razón por la que no le encontrarían en casa. Ni a él ni a mí nos verían en un plazo bastante largo. Estas ausencias nuestras no eran infrecuentes, y las dos mujeres, que eran de toda confianza, disponían de su propio juego de llaves para realizar su labor diaria en la mansión y alimentar a los perros. Nada vieron en ello fuera de lo normal. Tomé una ducha y un desayuno copioso, al viejo estilo inglés. Lo necesitaba. Repasaba mentalmente si podía haber en el mundo alguien que reclamase en algún momento la presencia de Milio. Apenas tenía familia. Era un solitario, y en realidad su verdadera familia había sido yo. Algún pariente lejano, quizás, con el que muy de tarde en tarde se carteaba. Bien podrían pasar años antes que las sospechas crecieran. Entre tanto, yo iba a tener muchos otros asuntos de los que ocuparme.

Esa mañana, al menos hasta mi partida, no recibí visita de la Guardia Civil, con lo cual la noche movida sólo había tenido repercusiones en la extrañeza del buen Belarmo, mi vecino. De todas formas, tras recobrar un poco las fuerzas, tomé el coche rápidamente hacia el aeropuerto de Ranón. Casi unos cuarenta kilómetros de carrete-

ra me separaban de mi avión, y en todo momento iba pendiente de si me seguían. Mis ojos vigilaban los espejos retrovisores sin cesar. Y tras cada curva o cruce creía ver personas o vehículos sospechosos que en algún momento me podían interceptar. Lo cierto es que, aunque llegué al aeropuerto sin contratiempos, un coche de cristales negros me había estado siguiendo. Empecé a notarlo nada más salir de la zona boscosa donde se encuentra mi casa solariega. Desde un cruce que conecta Rovigo de la Mariña con la carretera general, La Venta de la Esperanza, ese coche misterioso fue siempre detrás de mí. Quería consolarme, pensando que era pura coincidencia de trayectos.

En el aeropuerto fue muy larga la espera hasta que pude embarcarme a Berna. La ruta no podía ser directa, un hecho desagradable que no podría sino hacer aumentar los contratiempos. Debía viajar hasta Barajas. De ahí, tomar otro avión a Francfort. Al fin, desde éste lugar, otro más a la ciudad suiza.

Fue en el trayecto a Francfort cuando sentí un hormigueo extraño en la piel, y en parte también en las entrañas. Asombrado, noté que los puntos de luminiscencia se volvían visibles en la ropa tanto como en las palmas de las manos. Iban a más. Miré de inmediato a mi compañero de asiento, un grueso y rubicundo germano que dormía plácidamente. El resto de los viajeros parecieron no haberse percatado todavía de mi anomalía. Debía hacer algo ya, y muy rápido. Arriba, sobre la bandeja, llevaba mi

pequeña maleta de viaje. Dentro llevaba las estatuillas. Jamás hubiera consentido en dejarlas en la bodega, expuestas a una pérdida de equipaje, cosa por lo demás harto frecuente en los aviones. Además, quién sabe qué clase de infiltrados en el personal del avión hubiera podido revisar mi peculiar equipaje. Bajé la pequeña maleta, y la puse entre las piernas. Sentí como su interior rebullía. Un raro movimiento, una rara vibración se me transmitía al cuerpo desde su piel de cuero. Me levanté con ella hacia los lavabos, a paso rápido pero tratando de no llamar la atención. La rubita azafata extranjera intentó preguntarme algo con su español un poco deficiente:

-- ¿Sucedo algo, señor?

-- Nada, nada. Gracias.

Quise creer que ella no había advertido mi anomalía. Ya en el servicio, con el pestillo asegurado, me miré al espejo. Toda la cara empezaba a brillar, y millones de partículas fosforescentes, ejecutando una macabra danza -según las reglas de un movimiento browniano- hacían muy evidente que aquello no se iba a poder disimular más. Abrí la maletilla de viaje. Desenfundé una de las estatuillas, que temblaba de forma enérgica. Sin duda era señal preconizadora de una transmisión telepática.

"Te siguen. Nos van a descubrir. Hay alguien en el avión. Todo se pondrá peor. Cambia de planes en Francfort".

Y de golpe, todo se esfumó. Las luces en mi cuerpo. Las voces telepáticas. Sentí

deseos de vomitar, y lo hice, como si uno se desprendiera de un mal que llevara años acumulando dentro. Un sudor frío me recorrió todo el cuerpo y un vahído ligero. En unos minutos ya me había recobrado. Quizá vino a despertarme el ruido de la puerta. Alguien golpeaba y decía no sé que diablitos en alemán. No tardé en abrir, y mi robusto compañero aguardaba impaciente. Salí, dejándole paso ante su mirada un tanto hosca. La azafata, expectante, volvió a interrogar.

-- ¿Todo bien?

-- Sí, sí. Perfecto.

Quizás notó mi pálido rostro, descompuesto. También miró mi sospechoso maletín de viaje. Debió pensar que acaso me drogaba. El caso es que había otros ojos pendientes de mí entre el pasaje. Al volver a mi asiento, reparé en una vieja de mirada escrutadora. También en un individuo musulmán, moreno, y de porte muy distinguido, tocado con un turbante a la manera de los pakistaníes.

Al llegar a Francfort, sin otros contratiempos salvo la angustia creciente, decidí hacer caso a las voces telepáticas. Me preguntaba al tiempo por qué accedía a convertirme en servidor de las mismas. En gran parte, no se me ocurría nada mejor que hacer. Debía hablar con ese tal Niko Palludi y desentrañar todo el misterio. Sabía que la humanidad estaba en peligro. Que una secta muy perniciosa andaba en tratos con potencias malignas del más allá. Que en mi país existía una puerta a esas

dimensiones desde donde se puede infestar el planeta entero. El eminente profesor Andreas Palludi había tenido que ver, sin duda, con el desgraciado caso del Permixtium. Una versión de la ciencia oficial sostenía firmemente que el anciano sabio había enloquecido, que era culpable de fraude a la comunidad científica. Se decía que su cerebro trastornado había pasado la raya que deslindaba la ciencia y el ocultismo. Antes de su desaparición, Palludi defendió la existencia de los Hiperbóreos, la no-extinción de los lagartos antropomorfos, la realidad patente de un mundo subterráneo que se esconde del nuestro... En fin, un loco. ¿Qué relación podría tener Palludi con Singer, con la Secta del Nuevo Orden? Un mar de preguntas.

En medio del barullo del aeropuerto traté de despistar a mis espías, quienes quiera que ellos fuesen. En efecto, al bajarme del avión había observado cómo el pakistaní y la vieja dama europea intercambiaban unas palabras. Después, el del turbante me siguió un buen rato entre la multitud. Le di esquinazo en un par de ocasiones, y esta segunda me pareció la definitiva. A mi perseguidor debió parecerle evidente que ya no cogería el embarque a Berna. No desde el aeropuerto. Había otras opciones. Una muy evidente era usar el ferrocarril, pero sabía que en ésta yo sería de nuevo fácilmente localizado. La otra era alquilar un coche, pero para ello había que dilatarse, aportar datos y documentación. Las empresas de coches en alquiler podrían ser fácilmente interceptadas también.

Así pues, decidí demorar mi traslado a Berna. Era preciso demorarse un tiempo en la ciudad alemana. Perderse en algún hotelillo de mala muerte ofreciendo una identidad falsa hasta lograr que mi pista se perdiera.

Así lo hice. Alquilé un cuartucho en un barrio obrero de la ciudad. En un local público accedí a internet, y desde allí comprobé que la prensa del Principado no me mencionaba en ningún caso, y que la desaparición de mi secretario, junto con los extraños fenómenos acaecidos en mi casa no habían trascendido. Quizás mis perseguidores no eran agentes de la Policía Española. Era muy probable que hubiera otras gentes detrás del asunto de las estatuillas. También hice otra cosa. Desde internet busqué un listado de todos los doctores en medicina que pasaban consulta en Berna. Allí encontré fácilmente la dirección y el teléfono de Niko Palludi, el hijo del eminente profesor. Era psiquiatra y forense. A lo que parecía, poseía una clínica privada para trastornos mentales y nerviosos. Creí que debía ponerme en contacto con él cuanto antes, y después ya se vería. Ahora, al verme retrasado de esta manera, pensé que su integridad podría estar en peligro. Efectué la llamada, y sus resultados fueron desconsoladores. Un ejército de oficinistas y ayudantes se interponían entre el director de la clínica y yo, un desconocido. Ese filtro humano me exasperaba. El teléfono móvil no garantizaba la continuidad de la comunicación. Las chicas no entendían mi rudimentario alemán, y ellas a su vez no se esforzaban por

asimilar lo que trataba de decirles en inglés o en francés. Cuando por fin fui capaz de hablar directamente con el joven Palludi éste me despachó con cajas destempladas, creyendo que yo era otro de sus locos.

Estos intentos míos fueron un error. Mis perseguidores poseían medios técnicos para rastrear de alguna manera el origen de mis mensajes y llamadas. La tercera noche en aquel sucio hotel unos pasos en la escalera me despertaron. Fue mi sueño ligero el que me salvó la vida esta vez. Sigiloso, puse mi ojo en la mirilla de la puerta. Unos tipos, cuadrados como armarios y con cierto aspecto de "cabezas rapadas" venían desde el fondo del pasillo, apartando casi a empujones a una de las furcias que surgían de uno de los cuartos. Fue suficiente para que yo me pudiera deslizar con la bolsa de viaje hacia el alféizar de la ventana. Doce pisos más abajo, un callejón repleto de basura sin recoger y ratas furtivas era cuanto me podía esperar. La muerte me aguardaba en realidad si yo hacía un movimiento en falso. De ese alféizar pase a otros alledaños, hasta que doblé peligrosamente la esquina del edificio y eché mano a la baranda de la escalera antiincendios. Por el momento me sentía a salvo. Los tipos que me seguían no debieron encontrar entre mis pertenencias nada con valor informativo, pues yo dormía con las precauciones debidas, sabedor de que podían pasarme estas cosas.

Con identidad falsa, tomé un coche de alquiler en otro barrio. Ya amanecía cuando tomé rumbo a Berna. El viaje se dio sin

mayores contratiempos. Únicamente, a las puertas de la ciudad suiza un fuerte temporal de nieve complicó un poco las cosas. Pero de momento ya no me sentía perseguido.

Directamente me presenté en la Clínica Palludi. Unas enfermeras me preguntaron qué deseaba, y me hicieron ver que el acceso era muy restringido y las normas bastante estrictas. Pero quiso el azar que el director en persona se pasase en aquel momento por la conserjería. En su bata blanca se podía leer una tarjeta metálica que ponía "Prof. Dr. N. K. Palludi". Me dirigí a él. Con el fin de que no me tomase nuevamente por un loco, sólo añadí una palabra tras gritar su nombre: "Permixtium".

El rostro del joven se ensombreció. Tras una rápida mirada a las enfermeras, tan solo me dijo:

-- Acompáñeme señor.

Me llevó a su despacho. Me ofreció asiento, y bajó completamente la persiana para que nadie nos pudiera ver desde el jardín.

-- ¿Qué quiere de mí? ¿Dinero?

Estaba como desenchajado. Yo no entendía nada. Casi balbuceando, le expliqué el conjunto de los hechos. No cabía dudas: el joven Palludi también ocultaba algo. Igual que su anciano padre, algún misterio guardaba su mente, algo que tendría relación con las estatuillas, con la Puerta Abierta de Tenebredo, con la Secta del Nuevo Orden...

Al fin habló:

-- Bien. Le estoy profundamente agradecido. A mí me vigilan también. Están por todas partes. En realidad yo he procedido de una forma parecida a usted. Ellos y nosotros Nos estamos investigando recíprocamente. Y eso es muy peligroso. Ignoro todavía por qué está tan obsesionado con las estatuillas, y qué le llevó realmente a meterse poco a poco en este lío. Espero que haya tiempo para que me lo explique en algún momento. Ahora le diré: mi padre sabía mucho sobre el Permixtium. El y Singer... bueno, digamos que los criaban.

-- ¿Qué quiere decirme?

Palludi se limpiaba sus redondas gafas de arandela:

-- No se trata de un mero fósil. Eso es evidente, aunque el vulgo ha sido manipulado para que el dato no trascienda. Son seres reales, aunque no del todo naturales. Había..., mejor dicho, hay una organización que cuida de ellos, y promueve su reproducción en profundas cavernas. Esto está ocurriendo en determinados puntos del planeta.

"Al principio, mi padre accedió con fines exclusivamente científicos. Le resultaba fascinante poder estudiar un Pasado Viviente, si se puede hablar así. Pero el asunto le desbordó. Adolphus J. Singer perseguía en realidad unos fines absolutamente desquiciados. Pretendía adelantar ciertas profecías mitológicas basadas en la obra de Howard Ph. Lovecraft. Su proyecto consistía, de algún modo, en allanar el camino para que unos extraños seres alie-

nígenas retomaran el poder sobre el mundo. Es muy probable que de esa manera pensarán en formar parte de su servidumbre. En el alocado pensamiento de Singer subyacía la idea de que mientras el resto de la humanidad sucumbiría de forma inexorable en la muerte o en la esclavitud, ellos, los miembros de una elite constituida en Secta, podrían salvarse del desastre."

"Sin duda, a usted le han seguido. Ahora mismo, deben ser conocedores de esta reunión. Me temo que la Clínica está ahora mismo siendo vigilada. Lo cierto es que poseo evidencias de que tras la desaparición de mi padre he notado que mis movimientos están siendo espiando de la forma más estrecha. Algunos de los pacientes pueden ser miembros del Nuevo Orden, e incluso parte de mi personal. Pero dígame: ¿qué es lo que le sucede?"

Palludi me miraba quedamente, con una mueca de asombro, casi de pavor. Pero yo no tardé en percibir mi propio mal. Como antes, el ligero cosquilleo en la piel y en las entrañas. Luego, la luminiscencia que se esparcía desde el cuerpo hacia todo el despacho en semipenumbras. El doctor Palludi dio un paso atrás. Su propia reacción de pánico se me contagió al instante. A punto se encontraba de gritar. Y mi maleta con las estatuillas también se movía con furia, como si ella sola fuera objeto de un movimiento sísmico o de una mágica animación interior. Y llegó el momento de las voces.

"Huid. Ya vienen. Muy cerca. Palludi

sabe el camino. Sí, el camino hacia lo Profundo".

Justamente en ese momento el joven doctor pareció recibir el mismo mensaje. Al instante abrió con llave una puerta lateral que comunicaba a una estancia en cuyo suelo se abría una trampilla cuidadosamente disimulada en la moqueta. Hacia abajo descendían muchos escalones verticales que se dejaban tragar por la oscuridad. Una rápida señal de Palludi y yo le seguí, cerrando tras de mí la trampilla y un cerrojo. Descendimos. Peldaños y más peldaños. Una tenue luz de linterna, allá abajo, era la única guía. El doctor Palludi la llevaba. Él me sacaba delantera con mucha frecuencia, pues la maleta de viaje con estatuillas me ponía las cosas más difíciles. Para mayor nerviosismo, no tardé en percibir cómo manipulaban la trampilla allá arriba. Albergaba la sensación de que nuestros perseguidores habían sido capaces de forzarla, de romper el cerrojo de alguna manera. Esto vino confirmado por un lejano estruendo, un ruido metálico y sordo, que lentamente propagó su eco por todo el mundo interior. Niko Palludi, al percibirlo, me apremió con ansiedad. "¡Vamos, más deprisa!". Pero tanto tiempo bajando en una verticalidad casi perfecta, y cargado con el bolso, se me hacía agotador. Lo cambiaba de manos, hacía paradas. Mis muñecas se sentían rotas, a punto de reventar. Deseé en varias ocasiones arrojarlo a la profundidad. Pero al hacer esto podría dañar a mi compañero, empujarlo a una caída mortal. Y las estatuillas, una vez rotas, podían mostrar unos efectos terri-

bles, como ya había podido comprobar.

Tras el estruendo de la trampilla, creí ver un puntito de luz por encima de mi cabeza, que pronto se cerró, supuse, por el inmediato descenso de mis perseguidores. Entre tanto, fui notando que la perpendicularidad de la escalera de mano iba atenuándose lentamente. Llegó un momento en que vi a la silueta de Palludi volverse sobre sí misma, abandonando unos peldaños que ya no servían de agarraderas y que al punto desaparecían, para modificar nuestra forma de huida. Ahora se trataba de avanzar a gatas, por entre una galería bastante húmeda y excavada de una manera muy rudimentaria. Hice lo propio, no sin dejar de mantener pendientes mis oídos hacia todo estímulo que viniera a mis espaldas. Nada. Pero sentía que ellos se acercaban, pisándome los talones, dispuestos a abalanzarse en cualquier momento.

La galería baja y estrecha se abrió de golpe a una gran estancia. Era como un salón grande, húmedo y frío. En medio había algunas piedras que debieron ser colocadas con intención. Al atravesarlo a la carrera, y de manera muy fugaz, pude ver a la luz de la linterna unas runas inscritas en ellas. Unas runas de un estilo muy similar a las que había encontrado en mis propias excavaciones en Asturias.

Palludi era más joven y ágil, y me daba la sensación de que se desesperaba con mi lentitud. De las diversas galerías que partían del Salón de las Piedras Tumularias, pues así me parecieron éstas, mi compañe-

ro tomó la más pequeña. Una arcada horrenda, adornada con cráneos humanos, nos daba paso a un laberinto de pasillos de roca en el cual el doctor parecía moverse con cierta seguridad. Sólo de cuando en cuando se paraba en seco, olfateaba el ambiente de forma casi bestial, o buscaba indicios y mensajes en las runas inscritas en las paredes. La humanidad no podía sospechar que en Berna y en sus afueras había un descomunal dédalo de pasillos y túneles como aquel.

No había tiempo para preguntas. Palludi debía saber muchas cosas que a mí me estaban veladas. ¿Qué civilización del pasado había podido concebir aquella ingente ciudad interior, o lo que diablos fuera? ¿Qué pueblo dejó en la piedra aquellos signos, idénticos, en Asturias y en Suiza? ¿Cuánto ignorábamos de la historia antigua y primitiva del hombre?

Pero las dudas habían de ser aparcadas. Pronto comenzaron los alaridos. Y no a nuestras espaldas, donde yo creía que vendría todo peligro, sino justo por delante. Alaridos terribles, como los de las almas bajo una tortura imaginada por el Dante. Era un infierno, sin duda, el lugar donde nos habíamos metido. Y al pronto, Palludi me mostró una especie de nicho, profundo y angosto. "¡Aquí, entremos, pronto!"

En efecto, aquel nicho era un escondrijo perfecto para alguien que pasara por la galería sin hacer muchas exploraciones. Además la roca contaba con una serie de orificios que permitían la observación discreta tanto de la galería como de un gran

espacio interior, a modo de anfiteatro, que se nos ofrecía a la mirada en la otra dirección.

Aguardamos allí en el silencio oscuro. Apretados nuestros cuerpos por la falta de espacio. Sentíamos la presencia del sudor y el jadeo. Agotados casi hasta la extenuación. La maleta aún agarrada con fuerza. Expectantes al paso temido de nuestros enemigos.

Durante unos minutos, nada.

Al fin, me atreví a hablarle.

-- Doctor. Usted ha bajado a este infierno en otras ocasiones...

--¡Sssh!-- Y llevó el índice a los labios.

Unos pasos se acercaban por la galería que habíamos tomado nosotros. En breve, estarían tan solo a un palmo de distancia. Aquella extraña roca porosa sería la única barrera.

Unas voces. Hablaban en una jerga incomprensible. Primitiva. Gutural. Chasqueaban como bestias... como bestias glotonas y lascivas.

Unas siluetas. Se veían muy bien por los orificios de nuestro nicho. Eran hombres y mujeres de aspecto europeo, en general. Muchos iban vestidos con los uniformes propios del personal de la clínica, otros iban de calle.

Contuvimos la respiración. ¡Qué cerca de nosotros!

Pero ellos lanzaron un alarido.

De pronto, el anfiteatro interior se iluminó. Unas grandes antorchas salieron, no se sabe cómo. Un ruido atronador, como el de un cuerno de batalla, como el bufido de un animal gigantesco.

Y unos salvajes. Unos seres de aspecto humano, pero salvaje, desnudos y horriblemente tatuados salieron a la carrera portando lanzas y disparando con unas cerbatanas de lo más extraño. A la cabeza parecía acercarse un santón. Era éste un hombre de barbas blancas muy largas y una melena que le cubría también hasta las caderas. Portaba un gran tirso y aullaba de forma enloquecida.

-- ¡Nblmembhlé-Nblmembhlé Cthulhu ngguiá-íá-íá!

No tardaron los salvajes en dar caza a nuestros perseguidores. A algunos les atravesaron los cráneos con unos dardos certeros. A otros les dieron muerte en la galería, tras su huida infructuosa, y al poco los trajeron a rastras delante de nuestros ojos expectantes.

Formaron en el centro de la gran estancia una pila con todos sus cuerpos. El santón bailoteaba de forma obscena y absurda. No le faltaron gestos crueles y necrofílicos para con los cadáveres, aún calientes. Aquello era insoportable de ver.

Los bufidos o toques del cuerno gigante fueron en aumento. Pero también crecía el retumbar del suelo. Los cimientos del mundo se inquietaban. Los salvajes se apresuraban a devorar la carne humana de sus víctimas. El festín era demencial.

Jamás se hubiera podido esperar tal caída moral en unos miembros de la especie humana.

El santón los animaba a su vez, y golpeaba con su tirso a aquel miembro de la cofradía que mostrara indicios de hartazgo, ya físico ya moral. Su mirada extraviada y sus fauces espantosas no cesaban de repetir la letanía:

-- ¡Nblmembhlé-Nblmembhlé Cthulhu ngguíá-íá-íá!

Pero por fin, el estruendo del suelo creció casi como un terremoto, y de una abertura lateral surgió la Horrible Deidad.

Los hombres salvajes retrocedieron espantados, pese a que su ritual iba encaminado sin duda a propiciar la epifanía del monstruo. Algunos se acercaron muchísimo a nuestro nicho. ¡Cuál no fue mi sorpresa! ¡Belarmo Suárez, mi amigo y vecino, estaba entre ellos! ¡Y el pakistaní del avión! ¡Y también la anciana señora que había hablado con él! Mi cerebro dedujo rápidamente que yo había sido espiado por doble vía. De un lado, por adeptos a la secta singeriana del Nuevo Orden. De otro, por los adoradores de una Horrible Deidad del Mundo Interior.

Y la Deidad apareció.

Bulbosa. Parcialmente informe. Precedida de innúmeros látigos que debían ser tentáculos. Provista de alas contráctiles con cierto aspecto membranoso. Ocelos múltiples y distantes, fríos, devoradores sólo con mirarlos. Un orificio bucal insano,

lascivo, provisto de infinitos palpos, sibilante. Una sustancia babosa, una gelatina hedionda surgía de ese cuerpo. Un cuerpo enorme, impío, todo él maldad. Una absoluta y profunda Maldad. Al verla quise morir. Al sentir esa presencia infame, condené mil veces la Creación, y a todos sus elementos. Deseo la muerte instantánea. La aniquilación total.

Todos, incluidos Belarmo y otras caras conocidas, reducidos a aquel salvajismo y a aquella locura sin par, se volvieron hacia la Deidad. Debían anhelar lo mismo que yo. La aniquilación total. Y gritaban, de una forma ya cada vez más clara e inteligible para mí:

- ¡Cthulhu! ¡Cthulhu!

Fue en medio de aquel éxtasis suicida cuando Palludi me agarró del brazo y me ordenó, señalando la bolsa de mis estatuillas:

-- ¡Libérelas! ¡Tiene que dejarlas libres!

Yo no le comprendía. Entonces Palludi señaló hacia mi cuerpo. En efecto, las partículas dotadas de movimiento browniano volvían a delatar en mí su presencia contaminadora. Pero ahora, el picor era mucho más intenso. Y las voces internas ya acudían a mi mente, y no hacían sino acuchillarme con sus mensajes.

"Déjanos combatir al Mal Que Nunca Debió Despertar. Acabemos con su vigilia. El Durmiente debe volver a su lecho".

Un deseo apremiante de soltar mi bolso de viaje, una repulsión inmediata hacia las

estatuillas y hacia todo cuanto había supuesto mi labor investigadora en los últimos años, en suma, la agobiante sensación de que yo había sido un mero instrumento guiado por las deidades encerradas en aquellas antiguas figuras, todo junto, fue lo que me impulsó a liberarlas. En efecto, en el mundo se venía desatando una viejísima guerra de titanes y yo no era otra cosa que una miserable partícula anónima en medio de ellos. Deidades que escapaban por completo a mi comprensión se enzarzaban entre sí por el dominio del mundo. Un Mal enfrentado a otro Mal. Había sido apenas el juguete al servicio de uno de los bandos. Y si el ser tentacular, el Cthulhu de las más marginales leyendas, era una abominación condenable, ¿qué no serían sus adversarios, capaces de adoptar múltiples formas como Proteo? Como mínimo sabía que eran devoradores de almas que mantenían esclavizadas por miles para servirse de ellas en la Guerra Cósmica.

Con rabia, pero obedeciéndolas en el fondo, arrojé ambas estatuas contra la roca. Sus formas obscenas se fragmentaron casi haciéndose polvo. Y un sinfín de voces, como las de una multitud anónima que se agita en el teatro tras un apagón, empezaron a surgir en el espacio. Y las voces también quisieron tomar aspecto de rostros. Múltiples rostros, humanos o alienígenas, primitivos o modernos, incluyendo el propio rostro del profesor Andreas Palludi, se dibujaron en ese éter intermedio entre la roca, el aire y mi propio ser. Hablaban en miles de lenguas, aullaban,

gemían, jadeaban, emitían los más incomprensibles mosaicos de sonido y pasión.

Unos metros más allá el ser tentacular debió sentir algo extraño. Se encontraba en un estado de evidente fruición, absorbiendo los fluidos vitales de pilas de cuerpos humanos esparcidos por el suelo. Algunos salvajes se le postraban de la manera más abyecta y ofrecían sus cuerpos como alimento y como delectación de otro tipo, posiblemente sexual, si de ello cabe hablar en aquella morfología tan extraña. Al resultar, digamos, "supurados" por la Criatura, aparecían al instante unas formaciones globulares y palpitantes justo bajo la maraña de palpos bucales. Y con espanto y náusea pude ver fugazmente que esos huevos, no del todo autoengendrados, se metamorfoseaban con velocidad inusitada y adquirían cierta entidad humana. Creí ver que los globos palpitantes reptaban y adquirían autonomía frente a la Cosa que los había engendrado.

Pero la Cosa advirtió el enjambre de voces y rostros. Yo había liberado a su Enemigo. La sustancia contenida en las estatuillas iba reconformándose, esta vez en forma de deidad ciclópea, luminosa. No sabía por qué, pero la miraba sabiendo que al hacerlo cometía el mayor de los pecados. Un Ultraje a la Realidad misma del Universo. Una Infamia al Ser.

Entonces sentí otra voz. Muy clara y muy aguda. Pero en esta ocasión la voz procedía de mí mismo. De las entrañas de mi constitución animal y humana. Era la voz del instinto de supervivencia. Debía

correr. Huir a toda carrera. La Teomaquia iba a tener lugar allí, en las entrañas más profundas y yo no debía quedarme en el escenario de la batalla. Hacia arriba. Hacia la luz. Era preciso volver al Mundo Exterior.

Pero entonces, Niko Palludi, hasta entonces mi compañero y guía, me sujetó del brazo con gran firmeza.

-- ¡El Gran Ser de Luz vencerá! ¡El es Nuestro Dios, Único y Verdadero Padre!

En sus ojos había una mirada loca. Las estatuillas me habían guiado hasta el hijo de Andreas Palludi en Berna. Sabían que éste joven psiquiatra era en realidad un servidor suyo, como lo había sido su padre, absorbido, no se sabe cómo, por ellas. Era uno de los muchos esbirros de aquella divinidad proteica que llevaba miles de eones aguardando el momento de desplazar a Cthulhu de su Sitial Durmiente. Todo lo veía claro ahora. Por su parte, el joven Palludi se veía estrechamente vigilado por los miembros de la secta del Nuevo Orden, dirigida por los secuaces de Adolphus J. Singer, el célebre escritor lovecraftiano. El Nuevo Orden no anhelaba otra cosa que preparar el advenimiento del Dormido, el ser tentacular e inmundado que acababa de moverse de su Sitial. Los singerianos trataron de impedir nuestra intervención enviando sus hombres, infiltrados entre el personal de la Clínica Palludi. Su fracaso, exterminados a manos del Monstruo y de la Secta había dado pie a la Guerra de Dioses que iba a desatarse de un momento a otro.

El rostro de Palludi se transfiguraba. Lentamente iba perdiendo su condición humana. Dejó de hablarme en su perfecto y nítido alemán, para comenzar a emitir horribles chasquidos. Los mensajes, insondables, parecían ir destinados más al Ser Lumínico que a mí mismo. No sabía por qué, pero intuía que Niko estaba solicitando ayuda. Ese momento de debilidad fue aprovechado por mí de inmediato. Un fuerte golpe mío en el cráneo le tumbó para atrás. Con mi puño muy dolorido, me apresuré a coger una gran piedra del suelo y le aplasté el rostro con ella. Unos metros más allá la jabalina de uno de los salvajes, un hombre rubio y fornido que aún agonizaba, me dio la oportunidad de asegurar la muerte del joven Palludi. Le atravesé el corazón como si fuera una aceituna, tan afilada era el arma. El joven se convulsionó y vomitó sus vísceras ante la indiferencia absoluta del Luminoso, que ahora adquiría aspecto de artrópodo gigante dispuesto al combate. La atención de la deidad parecía concentrarse exclusivamente en medir sus distancias con el ser tentacular, el Recién Despertado.

Libre, al fin, inicié mi huida hacia la escalera que allá lejos, muy arriba, me conducía hacia la clínica.

Recuerdo muy pocas cosas de mi huida. Tan solo puedo certificar que en el Mundo Interior habitan muchos otros seres y voces a parte de los ya descritos en este relato. Criaturas o dioses que anhelan, de momento, permanecer neutrales en la gran batalla cósmica que nunca tendrá fin,

y que de forma absurda y eterna, hubo de darse desde siempre. En la huida, los seres me lanzaban mensajes también furtivos y difíciles de descifrar. Espectros y presencias olvidadas del hombre, quizás olvidados por los propios dioses que ahora combatían en aquella profundísima cueva, se agitaban y revolvían. Ninguno me hizo daño. Acaso ignoraban mi papel en ella, o preferían dejar las cosas tal y como se les presentaban.

Era más que probable que algunos singierianos me aguardasen al otro extremo del pozo, allí arriba en el despacho de Niko Palludi. No habrían enviado a su gente a las Profundidades sin montar una guardia en el punto de partida. Sabía que huía para ponerme en manos de mis enemigos. Pero mi instinto me impulsaba a abandonar aquel Infierno enloquecedor.

Extraño, inexplicable, fue que al salir de la trampilla, tras el agotador ascenso, no me vi en el despacho de Palludi, sino en pleno campo. Grandes piedras. Vegetación atlántica. Humedad un tanto fría en el ambiente, pero no el ambiente nevado y un tanto continental de Berna y sus alrededores. Dólmenes. Todo aquello me era muy familiar: el Principado de Asturias. Me hallaba, sin lugar a dudas, en la Puerta Abierta de Tenebredo. Pensé que había enloquecido. La noción de Realidad se me había dislocado en el cerebro. O acaso la misma Realidad, en su dimensión espacial, era la dislocada.

Ignoro cuánto tiempo permanecí en aquel paraje dormido al pie de la trampilla.

Sé que cuando desperté era de noche y, espantado, la trampilla seguía abierta sin disimulos, como una Puerta a la Condenación. No otra cosa era. Con inexplicable, infantil pudor, la cubrí con ramas, helechos. Logré que al menos pasara inadvertida a los incautos que pudieran pasar por allí. Luego me puse a buscar el sendero. Embotado, incapaz de hilar pensamientos coherentes, parece ser que un pastor me recogió en una braña próxima a una aldea. Fui objeto de sus amables atenciones durante un par de días, hasta que fui recobrando la lucidez. Les mentí diciendo que era un senderista que se había perdido completamente. Les dije que mi mochila con el dinero también había sido extraviada. Estas buenas gentes me advirtieron contra Tenebredo y todo su contorno. Hablaron no sé qué acerca de la "Cueva de los Moros" y sus legendarios peligros. Me prestaron una pequeña cantidad de dinero para tomar un autocar y así regresar a mi casa. Toda su ayuda la agradecí infinitamente.

Ya en mi mansión solariega, procuré encerrarme a meditar o desear la venida de la muerte. Fobos y Sultán me saludaron animosamente, bien alimentados a diario por las señoras de la limpieza, que volvieron a hacer preguntas por Milio. Inventé para ellas la historia de que mi buen secretario personal se había enamorado de una extranjera y me había solicitado permiso para casarse y hacer su propia vida, a lo cual no había puesto objeciones, naturalmente. Esa misma historia tuvo que ser la que hube de contar a algunos de los esca-

sos vecinos y visitantes que acudían a la mansión. En un principio había mostrado intenciones de buscar un sustituto para Milio. El tiempo fue pasando y comprendí que era mejor arreglármelas sin nadie. Confiné mi existencia a la torre noble de mi casa, e incluso dentro de ésta, apenas salía del dormitorio y del gabinete de trabajo adosado. Allí medite. Medité sobre mi propia desaparición pero más aún deseé con ardor una total y purificadora desaparición del universo.

¿Por qué escribí este relato lleno de locuras? ¿Cómo advertencia? Ahora que me voy, y lo sé porque las partículas brillan en mi cuerpo como nunca, ahora sé que los manicomios están llenos de profetas sabedores de la Verdad y del Absurdo. Me miro al espejo y ya veo en mí al Ser Luminoso, el Padre al que me voy a incorporar sustancialmente dentro de poco. Y cuando eso suceda ya no conoceré lo que es la paz. La Guerra de Dioses es mi guerra.

FIN



por
Tyndalos
Carlos Blanco

Plegaria de Aniquilación

Es tiempo de narrar
 Mi viaje al país de Loonhan,
 Tierra de espectros y voces aulladoras,
 Malquerida de los dioses viejos,
 Y humo en la memoria de Arcanos.
 Esto me habían contado ellos:
 Que existe un Reino
 Fundado por Loonhan la No-Nacida,
 Cuyas fauces se acrecientan
 Con nuevos mundos sucumbidos
 A su Voluntad insaciable.
 Yaonhiss el Anciano me dijo
 Que las pérfidas esclavas de la Reina
 Rastrear los globos del Cosmos enfermo,
 Y que cada globo es un Ojo
 Atento a cuanto respira y se mueve,
 Pues la Voluntad de Loonhan
 No es otra que hacerse ella misma Mundo,
 Y devorar,
 Nada más que un infinito devorar.
 Yo fui de esos que a sus playas arribaron,
 Y también fui su esclavo durante una larga,
 Casi eterna y dulce agonía,
 Que ella, bajo muy dulces palabras,
 Me inducía como el veneno.
 Sedujo mi alma y me ofreció el Anverso:
 Que nada era como los Arcanos enseñaban,

Y que el necio de Yaonhiss
 A los mortales todos engaña
 Con sucias palabras y mensajes redentores.
 Ven, Loonhan, Dueña y Señora,
 Que a tus playas lleguen todos los espíritus nobles
 A mudar pronto en gusanos y larvas
 De tu Corte Celeste,
 En mitad del Torbellino Infinito,
 Ojo de los Ojos,
 Vórtex de Aniquilación.
 Bendita tū seas, semilla de la Nada,
 Madre de los Negros Agujeros
 A los que vuelan ángeles caídos
 Entonando maldiciones sagradas
 En tu honra, madre de todo Mal,
 Y postrados a tu Gloria Nefasta
 Den por siempre savia nueva
 A la Esfera de Vacío,
 Negrura, infamia y condenación.
 ¡Así sea, por siempre!
 Devóranos hasta la más ínfima partícula,
 Succiona el éter vital de toda alma y vida,
 Y sacia tu loca Voluntad,
 Destructor de toda Creación.
 Ira Sagrada,
 Mal por encima del Mal.
 Amén.



por
Kharvatos
Pablo Bermejo

El Ojo de mirada interior

- ¿Fantasmas?- inquirió Sheldon, enmascarando su asombro tras un tono despectivo.

El coronel Edwards masajéo su reumática pierna y, renqueando, se acercó hasta la chimenea. Tras contemplar el fuego unos segundos cogió el atizador al rojo para encender de nuevo su pipa. En ese instante Aldridge, sentado en un aterciopelado butacón a un escaso metro de distancia, lanzó una carcajada cuyo resultado fue cortar, de forma tajante, el incómodo silencio que reinó tras aquella pregunta.

El viejo militar dio una gran calada a su bent billiard y expulsó dos grandes bocanadas de humo que cargaron, aún más si cabe, el ya enrarecido ambiente del salón.

- Eso he dicho si...- replicó Edwards- Y por favor... no ponga esa cara de incredulidad. ¿Acaso no es usted inglés?

La pregunta fue hecha con tanta ironía que, de nuevo, Aldridge no pudo reprimirse.

- Por favor...- farfulló entre risas.

Sheldon cambió el rictus y clavó una

furibunda mirada en Aldridge. Acto seguido se dirigió a Edwards sin perder de vista al jocoso contertulio. El coronel le observaba cínicamente, removiendo el tabaco de la cazoleta con el punzón del atacador para oxigenarlo.

- Escocés- repuso realmente indignado.

- Pues mire, más a mi favor- puntualizó Edwards atusándose el bigote y sentándose en el sillón que, momentos antes, había dejado vacío.

Sheldon dio unos pasos hacia él y se inclinó. Como intentando reforzar de esta forma su actitud increpante.

- ¡Eso ha sido una insinuación detestable! ¿Piensa usted que todos los hijos de Caledonia somos unos crédulos botarates?

El coronel carraspeó.

Por un breve instante nos ofreció a todos la impresión de que iba a rendir su postura solicitando el perdón de Sheldon. Pero el viejo Edwards había librado batallas muchísimo más cruentas que la que tenía lugar en aquel salón, durante nuestra habitual velada nocturna de los jueves. Y a

su edad, nada podía ablandar un corazón que se había parado en dos ocasiones durante casi ochenta años. Tan solo la diplomacia, asignatura obligada en la mentalidad del noble soldado que respeta al enemigo, fue la que solventó el roce dialéctico entre los dos rivales.

- No me ha entendido bien amigo mío. Alegaba a las viejas tradiciones de su queridísima tierra para que fuera más comprensivo con mi aseveración. Las Highlands son un lugar poblado de fantasmas y leyendas hasta la médula. Por esa razón deduje que, lo más lógico, era que estuviera acostumbrado a este tipo de historias. Creerlas o no... es otra cuestión en la que, de momento, no entraré. De hecho... si me permite la redundancia... ¡Me sorprende que le sorprenda lo que acabo de contar!

Aprovechando la coyuntura de un nuevo silencio, producto de la sorpresa de Sheldon ante los argumentos del coronel, intervine yo.

- Su política es admirable Sir Edwards- dije sirviéndome una nueva taza de té- pero

mi humilde opinión es que todo este tipo de cosas pasarán de moda. Como lo harán los tirantes, el jerez y el whist.

- ¡Ah el whist! ¡Eso sí que no!- exclamó con una sonrisa en los labios Aldridge, y en un intento de aliviar la tensión añadió:
- Por cierto, ¿qué les parece una partidita para relajarnos un poco?

Sheldon olisqueó la copa de bourbon que tenía en la mano y tras dar un buen trago, mirando de soslayo a Edwards, sentenció:

- No vendría mal.

Estuvimos jugando un par de horas, más o menos, sin que ninguno osara volver al tema de la conversación anterior. La crispación ya había tenido su buena oportunidad en aquella velada y no era cuestión de reavivar la vieja rencilla.

Cuando regresábamos al salón comentando algunas de las bazas el doctor Ravenport, que apenas había abierto la boca aquella noche, se detuvo en seco. Parecía realmente contrariado y nervioso. Observándole, me fijé en que no dejaba de palpase los bolsillos de la chaqueta y el pantalón.

- ¿Ha perdido algo?- le pregunté.

Me miró unos segundos como si estuviera completamente absorto en sus pen-

samientos. Parecía no saber qué decir.

- Pues...creo...creo que sí.

Le contemplé unos instantes esperando una respuesta más concreta. Al no recibirla insinué:

- Si lo advirtió ahora es posible que haya sido en el cuarto de juego.

El doctor no disimulaba su expresión confundida, y con una voz apagada me respondió con un "quizás..."

No me cabía la menor duda de que aquella pérdida había afectado profundamente el estado de ánimo de mi viejo amigo. Le hice un gesto con la mano indicándole el pasillo por el que habíamos venido.

- No se altere. Si lo ha perdido en esta casa lo encontraremos. Le ayudaré a buscar. Cuatro ojos ven más que dos.

Cuando nos disponíamos a regresar al cuarto de juego aparecieron los demás.

- ¿Qué les ocurre?- interrogó Sheldon - ¿Algún contratiempo?

- Si...,- me apresuré a contestar con tono despreocupado (intentando, de esa forma, calmar la ligera ansiedad de mi compañero) - ... parece que el doctor ha perdido algo.

- ¡No me diga!- exclamó el coronel Edwards - ¿Es posible que el bueno y diligente de Ravenport sea capaz de perder cosas?- añadió dándole al aludido una palmada en la espalda.

- Ya ve...- señaló Aldridge - ...en ese sentido todos los mortales somos iguales. Sufrimos, sin distinción alguna, las conjuras del azar y la fortuna. Propongo que iniciemos la búsqueda cuanto antes. Es ya demasiado tarde y mi mujer podría estar imaginándose cosas. No me comprometan por favor. ¡Ay de mí si apareciera por casa a las tantas de la mañana!

- En ese caso démonos prisa: la reputación del viejo Aldridge está en juego... - bromeó Edwards.

Todos acompañamos el final del chiste con unas risas.

Todos excepto Ravenport.

Envueltos en un animado diálogo nos dirigimos de nuevo a la habitación donde había tenido lugar la partida de whist. Una vez allí comenzó la búsqueda.

- Por cierto... nos sería de mucha utilidad saber qué es lo que estamos buscando - dijo alguien.

Ravenport, que en ese instante estaba agazapado debajo de la mesa, se levantó bruscamente. Con tan mala fortuna que se dio un coscorrón contra la misma.

- Se trata de una cajita - precisó.

- ¿Una cajita? - pregunté extrañado.

- Si..., una cajita metálica. Completamente lisa. De este tamaño más o menos.

Separó los dedos índice y pulgar de su mano derecha unos cinco centímetros,

mientras con la izquierda se frotaba el chichón que le había salido en la coronilla.

De repente alguien lanzó un grito. Todos nos volvimos en la dirección de la que provenía y vimos a Sheldon, con aire triunfante, alzar un objeto del suelo.

- ¡Aquí está!- nos lo mostró - ¡Voilà!

- Tres minutos - anunció el coronel mirando su reloj de bolsillo - ¡No ha estado mal!

Ravenport tomó, delicadamente y como temiendo romperla, la cajita de manos de Sheldon y, tras examinarla unos instantes, la deslizó en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta.

De repente Sheldon exclamó:

- ¡Qué raro!

Me giré hacia él y vi que paseaba la vista por el suelo de la estancia. Se agachó y palpando la alfombra se incorporó de nuevo contemplando la palma de su mano. Acto seguido la volvió hacia mí.

- Esto está lleno de barro - declaró.

Me moví hacia donde él estaba y, efectivamente, apartando la cortina que velaba uno de los ventanales todos pudimos confirmar el hallazgo de Sheldon.

- Efectivamente...es barro.

Me agaché para examinarlo mejor.

- Y parece reciente...

- ¡Pues sí que es extraño!- exclamó Edwards - Esta noche no ha llovido. De

hecho no ha caído una gota desde el lunes de la semana pasada.

Comprobé el pestillo de la ventana. Estaba perfectamente encajado en su sitio. Decididamente nadie hubiese podido entrar por allí. Permanecimos unos segundos completamente mudos. Observando la gran mancha parduzca que parecía desafiarnos con su inesperada presencia en aquella, hasta el momento, ordinaria velda.

- ¡Bien! ¡No importa! - comenté - ¡La limpiaré y aquí no ha pasado nada!

Aldridge, mesándose la barbilla me agarró del brazo:

- Por cierto... ¿Se ha dado cuenta de otro detalle?

Le miré y pude observar que desviaba la vista hacia el otro extremo de la habitación.

- Dígame...

- Fijese la distancia que hay entre la mesa donde hemos estado jugando y esta esquina del cuarto. ¿Cómo demonios explica que hayamos encontrado aquí la cajita? Que yo recuerde nadie se movió de la mesa...

- Excepto para ir al aseo - interrumpió Sheldon.

- Si... pero la puerta queda en el otro extremo. - respondió el coronel dando la ligera impresión de querer iniciar un nueva contienda - Ninguno de nosotros se desplazó hasta aquí.

- ¡No sea absurdo, caramba! ¡Es probable que, sin pretenderlo, alguien le diera una patada y la estúpida caja rodara hasta aquí!

- Bueno, no lo creo...- objetó Aldridge en un fútil intento de apagar el incipiente ardor del escocés - Fijese. Hay demasiados muebles de por medio y...

En ese instante me di cuenta del estado del doctor. Parecía que iba a desmayarse de un momento a otro e interrumpí la discusión:

- ¡Ravenport! ¿Se encuentra bien?

Fijó su mirada en mí y un ligero escalofrío recorrió toda mi espalda. Estaba completamente pálido y, a la luz de la lámpara, el sudor que bañaba su rostro reflejando, aún más si cabe, el brillo de su tez, le daba un aire sumamente cadavérico.

Cuando parecía que iba a responderme... se desplomó.

Reaccionamos todos casi al unísono, y le ayudamos a incorporarse. Nos costó un gran trabajo trasladarle hasta el gran sofá del salón. Ravenport no era precisamente una sílfide, y su gran estatura nos impedía maniobrar con facilidad por toda la casa. Al fin, logramos acostarle y yo me apresuré a traer las sales que mi mujer tenía en nuestro dormitorio. Afortunadamente, ella no volvería de casa de su madre hasta dentro de un par de días, y no presenciaria aquel lamentable espectáculo. Mucho más propio del estado de embriaguez de un

rudo estibador del East End que de un prestigioso médico británico.

Le acerqué el frasquito a la nariz y se lo di a oler. Resultaba, no obstante, un tanto paradójico el hecho de que la única persona con las aptitudes y la preparación suficientes como para hacer frente a una situación semejante fuera, precisamente, la que requiriese en ese momento de ayuda.

Poco a poco fue reanimándose, y la sangre volvía de nuevo a fluir con plena libertad por los capilares de su rostro.

Abri el armario donde guardaba todos los licores -bajo llave desde que, Rachel y yo, tuvimos la mala idea de contratar un asistente con cierta insaciable apetencia por los placeres de Baco-, y saqué una botella de anís. Acto seguido vertí un poco del contenido en una copita y le puse el borde de la misma en los labios.

- Tenga. Beba despacio. Le sentará bien.

Tomo un pequeño sorbo y rechazó el resto.

- Gracias.

- ¡Por el amor de Dios! - exclamó Edwards bastante aliviado al comprobar cómo Ravenport se iba recuperando - ¡Menudo susto nos ha dado!

- ¿Puede saberse que le ha ocurrido? ¿Está usted enfermo? - indagó Sheldon.

Ravenport, ayudándose de Aldridge y de mí, se incorporó lentamente y exhaló un

hondo suspiro.

- No se preocupen, gracias. Les aseguro que ya me encuentro bien. Tan sólo un ligero mareo. Hace tiempo que mi tensión me juega alguna mala pasada de vez en cuando. Nada que no se pueda curar con un poco de descanso y tranquilidad...

Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

- Por cierto... su anís, querido Arthur, es excelente. Tiene que decirme la marca.

Sonrei ante el buen humor del que hizo gala y, entre bromas y algún que otro comentario jocoso, acabó aquella reunión. Recuerdo muy bien que todos se marcharon a eso de las once y media. Aldridge, en su inmaculada línea de generosidad se ofreció muy gustoso de acompañar al doctor Ravenport hasta su casa. Fue tan insistente que este no tuvo más remedio que aceptar.

El bueno de Aldridge. Algún día contaré más cosas sobre él. Pero este no es momento ni ha lugar. Así que continuaré con mi exposición detallada de todos los acontecimientos que tuvieron lugar aquella noche.

Al cuarto de hora de haberse ido mis invitados, y ya estando en mi dormitorio desvestiéndome para acostarme, recordé que aún no había limpiado la extraña mancha de barro. Acabé de ponerme el pijama y, cogiendo la lámpara de la mesita de noche, descendí hasta la planta baja y me dirigí al cuarto de juego. Una vez allí, aparté de nuevo la cortina de la ventana y,

con un trapo húmedo, froté fuertemente el suelo hasta que hice desaparecer completamente el barro.

Rachel es una persona demasiado pulcra, y no quería disgustarla. Encontraría la casa tal y como ella la había dejado.

Ruego al paciente lector que, a partir de ahora, preste especial atención a toda la cadena de singulares eventos que se sucedieron a continuación. Pues a pesar del tiempo transcurrido, y a su vez muy probablemente debido en parte a ello, aún no he logrado racionalizarlos. Ni tan siquiera encontrar una explicación lógica y coherente para ellos. La única alternativa que me resulta plausible es, por el momento, aterradora y seguramente, precipitada. Por esta razón preferiría limitarme a mi papel meramente narrativo. Procurando no omitir ningún detalle. Por trivial que pudiera parecer. Tal vez así, algún día, alguien pueda analizar todo lo ocurrido con la mentalidad civilizada del hombre moderno. Al menos ese sería mi consuelo.

Había terminado de limpiar la enojosa mancha de barro cuando, al alzar la vista, vi algo que me llamó poderosamente la atención. En el marco de la ventana, justo donde la hoja golpea contra el batiente, había una serie de hilos finos y enmarañados que, en un primer momento, me parecieron cabellos humanos. Acerqué la luz para poder ver con mayor claridad, y pude apreciar que eran seis o siete de un color rubio tiñoso. Tiré de ellos muy despacio, con cuidado de no romperlos, y finalmente logré desengancharlos. Estaban completa-

mente enmarañados. Hechos una madeja. Resultaba complicado separarlos entre sí para poder estudiarlos mejor. Su elasticidad y consistencia los hacían parecer de naturaleza sintética, casi metálica. En un principio pensé en una peluca. Reflexioné unos instantes. Mi querida esposa, Rachel, era morena y jamás en su vida había usado ningún postizo. Cierto es que tenía alguna amiga rubia. Pero a no ser que a la susodicha se le hubiera ocurrido la peregrina idea de entrar por aquella ventana, ser capaz de cerrarla por dentro para, acto seguido, volatilizarse completamente, no hallaba ninguna razón para encontrar allí aquellas hebras de pelo.

Decididamente mi hallazgo desafiaba toda lógica.

Estaba dándole vueltas a todo este asunto cuando, súbitamente, llamaron a la puerta. El corazón me dio un vuelco. Pues, como es razonable, no esperaba a nadie a aquellas horas, ya, tan intempestivas.

Atravesé el cuarto de juego y el corredor con la lámpara en la mano. Una vez en el recibidor me coloqué a un lado de la puerta principal y solicité, con cierta angustia en el tono, la ignota identidad del que llamaba.

- Ravenport - me confesó una voz apagada desde el otro lado.

Abrí apresuradamente y la alta y corpulenta figura del doctor se recortó a través del umbral. Tenía el rostro extraordinariamente macilento y demacrado. Unas

finas arrugas le surcaban los pómulos de arriba abajo. Temblaba como una hoja y, gracias a la luz de las farolas que inundaba la calle en esos momentos, pude observar un rictus extraño en la manera de mirarme. Como si tratase de contener una tremenda ira a punto de desatarse. Debí darme cuenta de mi absoluta perplejidad ya que tomó él la palabra.

- ¿Puedo pasar? - rogó.

Finalizado mi estupor inicial respondí:

- ¡Dios santo, Ravenport! ¡Claro que sí!

Entró yendo directamente al salón. Yo fui detrás de él como un sonámbulo.

- ¿Qué le ha traído de nuevo aquí? ¿Se ha olvidado algo?

Parecía indeciso y reacio a dar muchas explicaciones. Me miró fijamente unos segundos para luego agachar la cabeza.

- Verá - musitó - cuando extravié la caja... ésta debió abrirse con el golpe. El caso es que, al llegar a casa, me di cuenta de que estaba vacía.

Se hizo un nuevo silencio y Ravenport apretó los labios. Parecía manar de él un torrente de sentimientos, tan contradictorios entre sí, que me sentía realmente confundido con su actitud. Esperó unos instantes como intentando buscar las palabras adecuadas y luego continuó:

- De veras no le hubiera molestado en absoluto si ello no representara para mí algo de trascendental importancia. ¿Usted me comprende, verdad?

Tuve la tentación, por un breve momento, de comentarle mi extraño descubrimiento. Mas la idea de compartir con alguien tamaña banalidad me hizo contenerme. Recordé que había guardado las hebras de pelo en el bolsillo izquierdo de la bata, y metí la mano para asegurarme de que aún continuaban allí. El contacto con ellas me provocaba un cierto desasosiego. Pero al mismo tiempo eran la prueba material de que no había soñado nada de lo que había ocurrido antes de la llegada de Ravenport.

- Si..., - respondí - ...claro que le comprendo. ¿Quiere que volvamos a buscar...?

- ¡Se lo agradecería muchísimo! - interrumpió.

- Muy bien - le indiqué que me siguiera - Volvamos al cuarto de juego.

Encendí todas las lámparas de la habitación e investigamos por todos los rincones. Pasaron varios minutos sin que halláramos nada. Ravenport, a medida que pasaba el tiempo, iba agriando su carácter y mostraba un nerviosismo que nunca antes había manifestado ante mí. Parecía realmente disgustado y no cesaba de maldecirse en susurros. Al cabo de casi tres cuartos de hora nos sentamos en sendos sillones para tomarnos un respiro. El doctor, tras quedar unos instantes pensativo, escondió la cabeza entre las manos y le oí sollozar. Yo no sabía qué hacer o qué decir. No tenía ningún control sobre aquella absurda situación; y no se me ocurrían palabras de consuelo que pudieran aliviar,

en algún grado, el estado emocional en el que se encontraba mi visitante.

- ¿Tan importante era el contenido de esa caja? - objeté al fin con el ánimo exaltado - ¡Porque le aseguro que mañana mismo estoy dispuesto incluso a levantar el piso con tal de no verle a usted así! ¡Ciertamente... no sé qué otra cosa puedo hacer amigo mío! ¡Si al menos me explicara...!

Interrumpí la perorata al ver que levantaba la cabeza y fijaba su mirada en mí.

- Tiene usted toda la razón - confesó - Le debo un sinfín de explicaciones. No sé cómo he podido actuar de esta manera. Sin embargo debe comprenderme, Arthur. Me hallo en una situación horrible y espantosa. Aunque se lo contara todo es muy posible que no me creyera jamás. ¡Hay ocasiones en las que incluso yo mismo creo estar viviendo una pesadilla de la que aún no he despertado!

Intenté tranquilizarle por todos los medios. Le dejé un margen de tiempo para que se sumiera en sus pensamientos. Al fin, cuando se relajó, logré convencerle para que me contara toda la historia. Yo, a través de mi pluma, intentaré reproducirla aquí con todo el lujo de detalles que me sea posible. Tal y como me fue narrada hace más de veinte años. Afortunadamente aún conservo los escritos y anotaciones que, por aquel entonces, redacté textualmente tras escuchar el extraordinario relato de Samuel Ravenport, académico de la

Universidad de Londres, médico forense y neurocirujano del Real Hospital de Saint Andrews. Helo aquí:

"Todo comenzó la noche del veintiséis de abril de 1893. Hace ahora cinco años. Lo recuerdo nitidamente porque fue dos días antes del cumpleaños de mi adorable nieta Sarah. Y es ese día cuando mi mujer y yo salimos, habitualmente, a comprarle su regalo.

Regresábamos a casa a eso de la siete cuando, al enfilarse la avenida donde vivimos, un carruaje se detuvo a nuestro lado. El conductor, sin bajarse del pescante, se dirigió a mí en un tono soez. A punto estuve de devolverle una mala contestación cuando, al fijarme en su rostro, me di cuenta de que conocía perfectamente la identidad de aquel personaje. Se trataba de un tal Edmond Blichter. Un buhonero del Soho cuyos ataques de demencia eran conocidos por casi todos los alienistas londinenses. Yo fui el último neurólogo que tuvo la oportunidad de estudiar su caso. Logré algunos resultados con una terapia a base de estricnina y gracias a ello había conseguido trabajo en una compañía de carruajes como cochero.

No cabía ninguna duda, tras bajarse ligeramente el embozo, de que era él.

Le comuniqué mi grata sorpresa de verle de nuevo y, acto seguido, sin darme apenas tiempo de terminar la frase me pidió - digamos casi que me exigió - subir al carruaje, pues había alguien que requería de mis servicios como médico. Al adver-

tir la excitación de aquel hombre me di cuenta de que, ciertamente, algo andaba mal. Le dije a Ana que se fuera a casa. Yo no tardaría. Ella, mujer acostumbrada a que su esposo desapareciera del hogar a horas inusitadas, casi sin dar aviso, se limitó a asentir con la cabeza. Acto seguido desaparecí en el interior del coche, que partió a toda velocidad perdiéndose por las intrincadas callejuelas de Londres.

El viaje duró aproximadamente media hora. Bajamos desde Ringsland por Commercial hasta el cruce con Whitechapel y, una vez allí, enfilamos Leaman hasta Dock St. Cada cierto tiempo miraba por la ventanilla y me fijé que nos aproximábamos a los puertos. Nos desviábamos por un laberinto de callejas y el vehículo se detuvo delante de una desvencijada casa próxima a unos almacenes de carga y descarga.

Edmond me abrió la portilla rápidamente y, con bastante premura, me exhortó a que le siguiera. Llamó a la puerta de aquella especie de chamizo y nos abrió un hombre de pelo lacio y grasiento que lucía una barba mal cuidada y sucia. Nos rogó que pasáramos sin dilación. El interior de la vivienda era una sala llena de bidones que parecían contener aceite rancio y algún que otro barril que apestaba a pescado. Por el suelo, esparcidos aquí y allá había montones de basura acumulada y restos de enseres hechos una piltrafa. En las desconchadas paredes colgaban, a modo de grotescos lienzos, aparejos de pesca y redes que, en modo alguno y en el

lamentable estado en el que se encontraban, parecían poder cumplir ya su función original.

Rodeamos una mesa completamente carcomida y, apartando una cortina raída y apolillada, aquel hombre nos condujo, por un estrechísimo y hediondo pasillo, hasta una triste habitación donde nos encontramos un cuadro penoso.

Una mujer, arrodillada junto a un jergón de paja, lloraba desconsoladamente mientras, acostada en el lecho, yacía una niña pequeña y escuálida. La criatura sudaba copiosamente y, entre temblores y escalofríos, sujetaba entre sus brazos una vieja muñeca. Muy posiblemente el único juguete del que había disfrutado en toda su corta existencia. Su respiración, ahogada y desacompañada, se acompañaba de unos apenas audibles gemidos de dolor. Apretaba con tal fuerza los puños que pude observar unos regueros de sangre seca en el borde de las manos, producidos por el corte que habían hecho sus propias uñas en las palmas.

La examiné unos minutos y, volviéndome hacia Edmond y a los que parecían ser sus padres, les dije que aquellos síntomas sugerían que la pobre criatura sufría algún extraño tipo de ataque epiléptico. Aunque no podría asegurarlo a ciencia cierta. Era necesario trasladarla a un hospital. Pues su corazón latía débilmente y, en el estado febril en el que se encontraba, esa sintomatología podría producirle la muerte en muy poco tiempo.

En ese instante la mujer comenzó a escupir insultos de rabia con la cara completamente hinchada y surcada de lágrimas de ira y dolor. El padre, sujetando a la mujer, hizo un suplicante ademán para que nos lleváramos a la pequeña. Sin perder un segundo la cogí en mis brazos y, precedido de Edmond, subimos al carruaje que, de nuevo, volvió a ponerse en marcha a golpe de látigo y a la máxima velocidad que permitía el húmedo pavimento de las Docklands.

Cuando llegamos al hospital la pobre criatura era ya cadáver. El forense de guardia y yo, tras esperar la instrucción del juez, le hicimos la autopsia esa misma noche. Extrajimos varias muestras de hígado, pulmón y riñones. Así como de plasma y linfa. Abrimos la caja craneal y accedimos al encéfalo. No vi nada anormal hasta llegar al tronco cerebral. Mi compañero me llamó la atención sobre algo que había detectado en el bulbo raquídeo. Apartó los tejidos que recubrían, a modo de tapiz, el nervio trigémino. Allí había algo duro, como una especie de quiste sebáceo que abultaba bastante. Cogí las pinzas y seccioné con sumo cuidado toda la materia gris que lo recubría.

Entonces vi algo que me dejó estupefacto.

Adosado a toda aquella maraña de fibras había...un ojo."

- ¿Un ojo?- interrumpí.

Ravenport, con la mirada fija en el vacío, pareciendo recordar vívidamente

aquellas imágenes almacenadas en lo más recóndito de su atávica memoria, tardó unos segundos en responder.

"Sí, un ojo. Un ojo que no era humano, que jamás lo había sido. Un ojo que me miraba friamente, sin vida, con una pupila tiznada de un amarillo enfermizo. Sin parpado. Un ojo encastrado en un lugar inusitado.

Aquello parecía tan irreal que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder volver a concentrarme en mi entorno. Durante unos segundos creí estar siendo presa de una extraña y pavorosa pesadilla. Repentinamente vi - repito: vi, no lo soñé, lo juro- como aquel ojo giraba sobre su órbita para escudriñar la habitación. El forense que estaba conmigo ahogó un grito de terror y yo, con toda la sangre fría de la que fui capaz, me dispuse a extraerlo. Cuando realicé la primera incisión hubo un inesperado estremecimiento en el cuerpo de la niña que, dada la tremenda tensión del momento, hizo que ambos nos separáramos unos metros. ¡Está viva! ¡Por amor de Dios! ¡Está viva! Exclamaba con muestras de pánico mi compañero. ¡No puede ser! Le contesté ¡No ahora, después de todo lo que hemos hecho con ella!

Consideré la posibilidad de algún tipo de galvanización en el cadáver y, con esa exánime explicación de por medio, nos acercamos de nuevo. Hinqué de nuevo el bisturí para abrirme paso entre los tejidos que afianzaban aquella "cosa" al bulbo raquídeo. Corté algo que parecía una fibra

óptica y que estaba profundamente arraigado. ¡Le confieso, estimado Arthur, que me resulta imposible olvidar aquella noche!

Al fin logré sacar el globo ocular que, en un principio, asocié a algún posible proceso tumoral. En su lugar había quedado un hueco vacío, negro, en el que no se veía absolutamente nada. Al menos aquella fue mi primera impresión ya que, a los pocos segundos, se cerró solo como por arte de magia. Coloqué el ojo en una cubeta y llevamos la niña al depósito. El diagnóstico que redacté en el informe fue el de un carcinoma cerebral asociado a una desconocida pérdida de masa encefálica.

La niña fue enterrada al día siguiente. Esa misma tarde, completamente aislado en mi laboratorio, estuve estudiando la morfología de aquel extraño órgano. En un primer análisis comparativo semejaba un ojo humano, pero mucho más ovalado y con la córnea, aparentemente, dos o tres veces más gruesa de lo normal. Sin embargo, al analizarlo más detalladamente, un experto podría darse cuenta de que no tenía un patrón que se pudiera relacionar con criatura viva conocida alguna. El iris, observado con una lente de aumento, poseía unas estrías que seguían un diseño especular parecido a las alas de un coleóptero, al tiempo que la pupila mostraba una coloración verdeazulada y de un excelso cromatismo. Este detalle llamó tanto mi atención que, sin dudarle, sometí el ojo al escrutinio del microscopio. Mi interés en conservar aquel órgano de una pieza era

tal que, sin dudarle, no lo laminé sino que simplemente lo coloqué sobre el portaobjetos e intenté enfocarlo. Me dio la sensación de que, al someterlo a la luz del aparato, la pupila se contraía ligeramente. Pero lo que más me aterró fue la imagen que nubló mi mente de todo ápice de racionalidad: ¡A través del cristalino se vislumbraba la espantosa impronta de un paisaje de pesadilla! En aquel momento el tiempo pareció detenerse. Aquel mundo que me devolvía la mirada a través de inenarrables dimensiones cósmicas estaba bullente de vida. Pude ver organismos de extrañas formas que se arremolinaban en torno a estructuras diamantinas que se quebraban y daban lugar a orgánulos que se replicaban infinitamente. Criaturas completamente amorfas e indescriptibles cuya única razón de ser parecía la de enloquecer al que las contemplara. Al fondo de la escena se vislumbraban esperpénticas figuras que, en un intento de que mi obnubilada mente las pudiera asimilar, tomé por edificios o construcciones de algún tipo. Lancé un grito y aparté la vista del ocular. Noté una quemazón en los ojos y caí de rodillas gimiendo como un niño. La cabeza... ¡oh por favor Arthur, si usted pudiera atisbar tan sólo un ápice de lo que vi, entendería el motivo de todos mis actos posteriores!...la cabeza parecía que me iba a estallar de un momento a otro.

Recuperando fuerzas extraje el maldito ojo del portaobjetos y lo volví a meter en la cubeta. Pero al rato, y por favor no me pregunte la razón porque no tendría palabras que pudieran explicar el motivo, lo

extraje de nuevo y, sujetándolo entre la punta de mis dedos, lo estuve contemplando durante un lapso de tiempo que me es imposible determinar.

De repente recordé algo.

Hacía unos días había comprado un reloj de bolsillo por haberseme roto el viejo que había heredado de mi padre y conservaba la caja en el gabán. Sin dilación me dirigí a la percha donde tenía colgado el abrigo y saqué la caja de uno de los bolsillos interiores. Era metálica y muy bonita. Además la tapa cerraba a presión y para la utilidad que yo quería darle aquel detalle era perfecto. Llené la caja de formol y coloqué el ojo en su interior para, acto seguido, volver a guardarla en el bolsillo. Jamás entenderé porque lo hice. Sólo sé que, desde un principio, me costaba separarme de lo que yo consideraba un pequeño trofeo. Dios me perdone.

Una noche, varias semanas después, desperté bruscamente empapado en un sudor frío. No puedo recordar que clase de extraña pesadilla estaba sufriendo, pero la angustia que me torturaba era tal que me resultaba imposible volver a conciliar el sueño. Mi mujer dormía plácidamente a mi lado y no consideré oportuno despertarla por lo que me pareció una tontería. Sentado en el borde de la cama intentaba tranquilizarme cuando, súbitamente, oí un extraño ruido que parecía provenir del piso de abajo. Permanecí alerta unos instantes por si volvía a repetirse ya que no estaba seguro de la fiabilidad de mis sentidos tras aquellos singulares lances oníricos. Un

minuto después se oyó de nuevo. Esta vez mas claramente. Era una especie de crujido hueco, como si arrancaran una tabla de madera o la partieran por la mitad.

Temiendo que algún ladrón hubiera entrado en la casa, pues tal fue mi primera inquietud, me dirigí muy despacio hacia la puerta y, sin hacer ruido, salí al pasillo. Llegué hasta el descansillo de la escalera. A tientas en la oscuridad, y guiándome tan solo por la escasa luz, proveniente del fanal callejero que entraba por el tragaluz de la galería, comencé a bajar lentamente. Una vez abajo fui hasta el salón y, cuando me hube percatado de que allí no había nadie, cogí una escopeta del armario, la cargué, y continué explorando la casa. Ayudado de la lámpara que tomé de una repisa, encima de la chimenea, registré habitación tras habitación.

No encontré absolutamente nada.

Algo más tranquilo me hice con la llave de la puerta que da al sótano. Intenté abrirla y comprobé, con cierta decepción, que estaba completamente atrancada. La intensa humedad que suele haber allí había hinchado la madera. Le di un fuerte empujón y conseguí abatirla dejando un hueco para poder pasar. La luz que llevaba en la mano hirió una densa oscuridad y me recibió un repugnante olor húmedo y rancio. Bajé los escalones y comprobé la reducida estancia atestada de barricas y baldas llenas de botellas y utensilios. Miré por todos los rincones sin ver nada que me llamara la atención. Estaba a punto de regresar al dormitorio cuando, detrás de

una gran caja de madera llena de antiguos boletines médicos y periódicos que conservaba desde hacía muchos años, vi una serie de maderas rotas y astilladas que habían caído del recubrimiento de una de las paredes. Esa parte del sótano es la que da al subsuelo del jardín. Así que me fijé en el hueco que había quedado al aire. Había restos de tierra en el suelo y parecía que algo, una rata de gran tamaño quizás, se había abierto paso por allí. El agujero era relativamente grande. Aparté la caja y lo examiné mejor. Había unas pequeñas huellas en el barro que se había formado por la mezcla de la tierra con la humedad del pavimento. Parecía el rastro de un animal que se desplazara reptando.

Absorto estaba en mis pensamientos cuando, súbitamente, vi cruzar una sombra unos metros a mi derecha por entre los barriles. Rápidamente, encañonando con el arma en esa dirección, me giré y escruté las densas tinieblas. Colgué la lámpara en un travesaño y cautelosamente avancé unos pasos para ver que era aquello. Separé cuidadosamente con el cañón del arma las lonas que cubrían unos toneles y no vi nada. Sin embargo, tras unos segundos de espera investigando mi entorno, noté que algo me rozaba el pie. Fue una sensación tan tremendamente repentina e inquietante que tardé unos segundos en reaccionar sin moverme un ápice. Tuve la espantosa sensación de que no estaba solo en aquel sótano frío y oscuro. Allí había una extraña presencia conmigo que, con toda seguridad, me estaba observando desde lo más profundo de aquella lobre-

guez. Haciendo acopio de gallardía miré al suelo y vi algo que me sobrecogió de tal manera que tuve que apretarme el pecho con la mano para intentar calmar los encabritados latidos de mi corazón. A mis pies, con una cèrea y horripilante sonrisa, me observaba friamente el rostro de una muñeca. Mi enardecida mente fue abordada de inmediato por la imagen de una niña muy enferma, que apretaba entre sus diminutas manos aquel juguete. Como si fuera un acto reflejo cogí la muñeca y salí precipitadamente del sótano. Subí los escalones de dos en dos. Atranqué de nuevo la puerta, cerrándola con llave, y me dirigí al dormitorio. Mi mujer seguía en el lecho con sueño sereno y procuré no despertarla. Dejé, eso sí, la escopeta apoyada a mi lado de la cama y me acosté de nuevo, no sin antes guardar mi hallazgo en el cajón de la mesita. Usted comprenderá que, después de aquello, el insomnio me acometió el resto de la noche.

La angustia que sentí en las jornadas subsiguientes a mi extraña aventura nocturna fue tal que, dos días después de aquello, me vi impulsado a hacer una nueva visita a los padres de la pequeña. Tan sólo quería confirmar si la muñeca era la misma que sujetaba la infeliz niña la noche que murió. Nunca olvidaré la expresión de sus rostros cuando les mostré el juguete. En unos segundos el padre se abalanzó sobre mí intentando golpearme. Mi reacción fue tan anticipada, como si hubiera adivinado que aquello iba a ocurrir, que logré inmovilizarlo contra la mesa del cuarto. Afortunadamente era un hom-

bre pequeño y débil, de esta forma pude controlar la situación a pesar de los gritos de la mujer. Indagué sobre las razones de aquella violenta conducta. Mi oponente no dejó de insultarme, ni siquiera cuando me confesó que la niña había sido enterrada con aquella muñeca. Profanador de cadáveres, saqueador de tumbas, sacrilego, endemoniado hijo de Satanás. Hundi el rostro entre las manos y, mientras los dos se abrazaban llorando y escupiendo rabia, me fui de aquella casa con los nervios destrozados. Llegué al hospital completamente fuera de mí. Exigí que me enseñaran de nuevo las pruebas tisulares realizadas al cadáver y, cuando revisé los informes, me llamaron poderosamente la atención los análisis efectuados a las muestras extraídas del hígado. Según la investigación realizada sobre las mismas por el doctor Reginald Bergen, del departamento de morfología, junto a los tejidos examinados de ese órgano se encontró unas hebras finísimas, de un par de milímetros de longitud aproximadamente, que semejaban pelos de un color parduzco a simple vista. En cambio, a mayores aumentos, parece ser que la estructura era similar a las sedas de los insectos."

La revelación de Ravenport provocó en mí un fuerte estremecimiento y retiré la mano del bolsillo del albornoz. Un terror irracional, probablemente producto de la sugestión provocada por la pavorosa declaración de mi contertulio, comenzó a apoderarse de mí y, mientras el doctor continuaba hablando, mi imaginación comenzaba a recrear de forma realmente

vívida todas las escenas de aquel macabro relato.

"Como usted supondrá aquello fue algo que me llamó poderosamente la atención ya que, muy posiblemente, podría haber sido uno de los agentes causales de la muerte. Quizás una serie de quistes fibrilares, sin razón aparente, invadieron algunos de los órganos vitales de la niña provocando el colapso de todo el organismo. Sin embargo, durante la autopsia que yo había realizado no hallé nada parecido. Salvo aquel horror que conservaba en la cajita que siempre llevaba conmigo.

Esa misma noche, aguijoneado morbosamente por un sentimiento de insaciable curiosidad, me dirigí al camposanto de Nunhead y soborné al vigilante para exhumar el cuerpo de la pequeña. Cuando abrimos el ataúd nos aguardaba un espectáculo dantesco. Incluso haciendo un gran esfuerzo para juzgar lo que vi desde un punto de vista estrictamente profesional me cuesta trabajo expresar con palabras aquel atroz cuadro. Los restos del cadáver estaban completamente destrozados. Era como si alguna fuerza sobrenatural los hubiera vuelto del revés, de tal forma que lo que antes eran los tejidos internos ahora estaban completamente visibles hacia el exterior y viceversa. Resultaba imposible cualquier tipo de reconocimiento ya que incluso observé que faltaban partes óseas de considerable tamaño. Todo aquello daba a sugerir que algo inhumanamente bestial y monstruoso se había abierto camino a través de aquel diminuto cuerpe-

cillo, emergiendo desde su interior. Volvimos a cerrar el ataúd y lo enterramos de nuevo. Ni el vigilante ni un servidor fuimos capaces de articular palabra alguna hasta salir del cementerio. Al viejo guardián le di más dinero exhortándole a que no dijera nada a nadie.

Pasaron dos largos años durante los cuales pude olvidar, en parte, toda aquella serie de sucesos sin sentido aparente. En el mes de diciembre de 1895 recibimos una carta de Cynthia Bradford, prima carnal de mi esposa, que nos instaba a pasar las navidades con ella, su marido, y los dos hijos de ambos en su casa de Birmingham. Es una bonita villa rural donde habíamos veraneado en varias ocasiones anteriormente, y decidimos aceptar la invitación.

Cynthia y su esposo Frank, un adinerado fabricante de tejidos, son dos personas maravillosas. Transcurrió la Nochebuena entre risas, regalos y algún que otro recuerdo sentimental. Después de medianoche estuvimos charlando un buen rato hasta las dos de la madrugada, más o menos, hora en que nos retiramos a descansar. Algo más tarde, habituado desde hacía tiempo a mi consabido desvelo nocturno, comenzó a entrarme una sed espantosa y, procurando no despertar al resto de la casa ni molestar a la servidumbre, me levanté y fui hasta la cocina. Cogí una gran jarra de agua y llené el vaso dos o tres veces. Cuando me giré para volver de nuevo a mi habitación crucé la vista con una de las ventanas que dan al jardín exterior que, en esas fechas, estaba completa-

mente cubierto de nieve. Comenzaba a despuntar el alba y una tenue luz se filtraba por los cristales tiznados de escarcha. Pero mientras mi entorno recibía el fulgor del crepúsculo de la mañana, mi alma se fundía de nuevo con la oscuridad del más profundo de los abismos, ya que a través de la vidriera vislumbré una faz grotesca que me observaba fijamente. Era un rostro deforme y viscoso, con una abertura putrefacta en lo que asemejaba la boca, y de la que colgaban tiras de carne negruzca entre una doble hilera de lo que parecían dientes afilados como cuchillas. Parecía como si cualquier proceso vital se hubiera visto obligado a no respetar las más elementales leyes biológicas en la génesis de aquel engendro. De algunas partes surgían mechones rubicundos que, vanamente, intentaban cubrir, de manera totalmente anárquica, determinadas zonas de aquella sanguinolenta y palpitante piel. Pero lo que más me espantó es que aquella entidad parecía tener un ápice de conciencia. Una conciencia preternatural y completamente al margen de los cánones humanos. Pareció hacerme un gesto con una abominable extremidad y advertí, al límite de mi juicio, que en lo que semejava el rostro había un profundo hueco, vacío, negro...en el que no se veía absolutamente nada. ¡A aquella criatura le faltaba un ojo! La visión de aquello duró unos instantes que se me hicieron eternos. Mi mente, intentando conservar una pizca de cordura, no resistió más y caí desmayado.

Durante unas semanas tuve que guardar cama, acometido por intensas fiebres

que parecían no remitir nunca. Fui hospitalizado temiéndose seriamente por mi frágil salud. Veía constantemente aquel rostro ante mí que, con espantosos ademanes, me reclamaba lo que era suyo. El secreto que yo escondía con tanto tesón. Sabía que jamás abandonaría la búsqueda. Que algún día me lo arrebataría y con él todo el motivo de mi fútil existencia pues, subyugado como estaba a la voluntad del ojo y de la turbadora realidad que éste representaba, sería tan sólo cuestión de tiempo que perdiera mi propia identidad en una vorágine de locura. ¡Qué trama diabólica mueve todos estos sucesos! Ahora la serenidad invade mi alma, estimado Arthur, la pugna ha terminado por fin."

Tras escuchar la declaración de Ravenport enmudecí. Él, con calmo gesto, sin decir una palabra más, se fue. Reflexioné unos instantes intentando asimilar y sobre todo, ofrecer un resquicio de credibilidad a aquella historia. Para ello saqué las hebras de pelo del bolsillo y, contemplándolas con ancestral horror, las arrojé al fuego de la chimenea.

Una semana después recibí la imprevista visita de Aldrigde. Me informó muy impresionado que al doctor Ravenport le había dado un extraño ataque de apoplejía y había muerto la noche anterior. Su cuerpo había sido trasladado al hospital esa misma tarde.

Al día siguiente, tras hacer la consabida visita de rigor a la familia para darles mi sentido pésame fui al hospital. El hijo

del doctor Ravenport había llegado de Southampton con su mujer y, tras haber sido informado con supuestas evasivas sobre las probables causas de la muerte, había reclamado mis servicios como abogado de la familia para presionar al hospital y sacar a la luz la verdad de aquel extraño óbito. Yo, por mi parte me las vi y me las desee para poder hablar con el forense. Al fin conseguí sonsacarle, y la respuesta que me dio hizo que, incluso años después de aquello, todavía me despierte algunas noches gritando y llorando como un niño. Porque lo que aquel hombre me contó, con cierto quebranto en la voz, fue que, cuando abrieron el cadáver, hallaron entre las fibras nerviosas del tallo cerebral un extraño quiste. Una horrible tumefacción que, lo recuerdo muy bien, describió, casi trastornado, como: "un ojo...un abominable ojo de mirada interior".

oOo



por

Iranon de Aira

Pedro García Recalde

La lluvia salpicaba el parabrisas del coche...

Crack, crack, crick, crack... la música estridente y acompasada de los limpias me acompañaba mientras circulaba por la sinuosa carretera serpenteada por una frondosa vegetación alpina.

El paisaje sobrecogedor lo envolvía todo...

Charcos de agua salpicaban los arcones y no se escuchaba ningún sonido campesino salvo el roce de las ruedas del vehículo y el continuo y acompasado sonido del crack, crack, crick, crack...

Tras una cerrada curva de la carretera apareció la finca donde pretendía pasar la noche.

Allí me esperaba el guarda y la guardesa de la Victoriana vivienda que amablemente sonreían bajo el porche arcado de la casa a salvo de la incesante lluvia.

La casa me la habían cedido unos amigos por unos días para que pudiese investigar los documentos que tanto me inquietaban y que solamente rodeado por la soledad y el silencio, podría estudiar sin que

fuese interrumpido por llamadas y visitas indiscretas e intempestivas.

Una vez hechas las presentaciones y realizados los saludos pertinentes, me enseñaron las estancias de la casa... salón, biblioteca, comedor, dormitorio, aseo y el despacho de trabajo; la cocina eran los dominios de la guardesa y me aconsejaron que no debía preocuparme de los menesteres culinarios, así que me instalé lo antes posible para comenzar mi trabajo y el estudio de los apuntes que llevaba en mi cartera y desembalar el abultado equipo que transportaba en cajas en el maletero del coche.

El trabajo que me había llevado hasta este lejano y solitario lugar eran unos estudios que estaba realizando sobre la forma de poder almacenar la memoria y todo el conocimiento de nuestro cerebro en un disco duro de un ordenador... arduo trabajo.

Los pensamientos debían transformarse en secuencias binarias para poderlas introducir en el ordenador portátil que llevaba conmigo.

Había preparado un programa informá-

tico muy complicado, que conectado mediante unos pequeños electrodos a la cabeza de cualquier persona, trasladaba los pensamientos, memoria y recuerdos del individuo.

Parecía todo muy fácil de explicar en teoría, pero al intentar llevarlo a la práctica, la cosa se complicaba de una forma alarmante y exponencial.

El cerebro de las personas que es muy complicado, no solamente dedica su atención a un único asunto, va pasando de uno a otro, procesando y coaligando ideas secuenciales difíciles de seguir y ver qué relación pueden tener unos y otros... y lo peor de todo ello es que el miedo y lo desconocido siempre prevalece ante situaciones novedosas y conflictivas, haciendo que el programa se desorbite y parezca que desvaría, produciéndose en ocasiones hechos insólitos.

Esperaba la llegada de mi ayudante, que me iba a servir de conejillo de indias en la prueba definitiva y que sería de una gran ayuda para poder aclarar todos los inconvenientes que estaban surgiendo en el estudio.

El Tulpa

Le conocía desde hacía muchos años y creo que no me iba a sorprender con traumas ocultos y conflictos internos extraños, pero la verdad es que nunca se llega a conocer en su totalidad a las personas.

Habían pasado unos días y la llegada de James fue milagrosa ya que en ese momento tenía todo preparado para empezar a realizar las pruebas de campo y no tendría que posponerlo por más tiempo...

El despacho de trabajo era un monumental laberinto de libros y apuntes... la pizarra, que había sido de gran ayuda como recordatorio de los pasos a seguir, estaba llena de fórmulas matemáticas, gráficas, notas y todo lo inimaginable que pudiese anotar un "¿sabio?" loco como yo.

Saludos cordiales, chistes rápidos sobre el "¡Buen tiempo!" y lo bien que había realizado el recorrido y encontrado la casa con toda facilidad gracias a las recomendaciones e indicaciones que le había dado.

-¿Qué tal, profesor? ¿Todo listo y dispuesto a empezar?...

Eso era lo que me gustaba de James... la disponibilidad que siempre demostraba para el trabajo y el entusiasmo con que se tomaba todos los asuntos.

Despejamos parte del despacho para tener más espacio, y nos dispusimos a comenzar el fatigoso trabajo.

La camilla donde se colocaría James... los electrodos, dispuestos alrededor de su cabeza... conexiones múltiples que convergían en el ordenador copiador de pen-

samientos...y todo ello rodeado por un ambiente silencioso y tibio, solamente interrumpido por el golpeteo de la lluvia contra los cristales y el crepitar de las llamas en la chimenea.

-¿Nervioso?

-No, solamente expectante.

-Pues vamos a ello, ten paciencia y deja fluir tus pensamientos, puedes empezar recordando cosas de tu niñez, el colegio, tus padres, las vacaciones, el trabajo, el viaje que te ha traído hasta esta casa o... este preciso momento.

James cerró sus ojos, e intentando relajarse, dejó que los pensamientos fluyeran.

Los indicadores prácticamente no se alteraron, pero en un momento dado un fuerte trueno llenó la estancia e hizo que todas las agujas de los aparatos comenzaran a volverse como locas, saltaban de derecha a izquierda indicando lo que no pretendía, un temor escondido entre sus pensamientos se había abierto camino haciendo que todos los pensamientos "reales" se cerrasen y diesen paso a la imaginación ponzoñosa de los sueños temerosos y frustrantes.

La grabadora de pensamientos volaba como nunca la había visto y saturaba su capacidad de una forma alarmante.

De pronto, entre la penumbra de uno de los rincones del despacho, se estaba formando una bruma blanquecina, que parecía tener su comienzo en un hilillo de humo que salía de uno de los electrodos situado en la cabeza de James.

La situación era asombrosa, la imagen brumosa iba tomando una morfología humanoide, con largos y sinuosos brazos y donde debieran estar situadas las piernas era una masa informe que se agitaba con el aire que entraba por la chimenea.

Todo resultaba fantasmagórico, James con un gesto inusual en él y deformado por un miedo inconmensurable, había abierto los ojos de una forma tan desorbitada que dejaba ver más sus orbitas blanquecinas que la oscura pupila y su verde iris.

La imagen brumosa se iba asentando en su morfología, parecía uno de los "Tulpas" de los que había oído hablar y que eran tan habituales en la cultura Tibetana.

Estos seres eran el resultado de un doblamiento de la persona, produciéndose una especie de doble creado por el pensamiento y que puede realizar todas aquellas acciones que una persona sin las limitaciones propias de la carne podría realizar con relativa facilidad... siempre en teoría.

Nunca había pensado que con este experimento de intento de copiar la memoria de las personas pudiese llegar a la producción de un "Tulpa"... y la verdad es que ahora no sabía como seguir con el experimento.

El ser me miraba desde lo alto de la habitación y parecía querer decirme algo con cara lastimosa... extendió uno de lo que parecían brazos e instintivamente extendí el mío con la intención de tocarle

o asir su brumosa mano.

El contacto resultó sorprendente, ya que noté la firmeza de una mano fría y húmeda que me agarraba con una fuerza sobrehumana y que tiraba de mí hacia él.

El miedo empezó a aparecer, haciéndome desvariar en mis pensamientos y olvidando por un instante que todo aquello no era más que un experimento científico que podía terminar con sólo apretar el interruptor de la luz que paraba el infernal aparato que había creado.

Todo parecía muy fácil ahora que todo había terminado, pero en ese instante no podía pensar con claridad y sólo tenía en mi mente dos preguntas ¿Qué intención tenía ese ser? Y ¿Hacia dónde quería arrastrarme?

Ya empezaba a alzarme del suelo, flotando debido al tirón y la fuerza que ejercía la figura fantasmal.

Pero en un momento dado, la humedad de su mano y el sudor frío que recorría todo mi cuerpo, hizo que resbalaran nuestras manos como cuando intentas agarrar un "Ciprino Dorado" del agua de la pece-

ra, lo que me hizo caer al suelo y reaccionar en un instante poniéndome de pie y apretando el interruptor salvador.

Casi instantáneamente el ser brumoso comenzó a desaparecer pero mostrando en lo que parecía su rostro una imagen de sorpresa, odio y desagrado, y además extendiendo sus brazos hasta mí para volver a cogermelo pero según se acercaba se iba convirtiendo en un ser más y más transparente hasta casi desaparecer de la vista.

James se encontraba totalmente inconsciente y enseguida acudí en su ayuda para reanimarle.

El sorbo de agua milagroso y el aire penetrante y frío del exterior que entraba a raudales por la ventana que acababa de abrir, hizo que enseguida abriese sus vidriosos ojos y con una forzada sonrisa de las suyas me preguntara... ¿Cómo ha salido todo?

oOo



por

Ebenezer Holt

Antonio Blázquez

El Velo de los Días

Al insigne Hermano Dogon (J.R.O.)

Soñé un extraño lugar en otro tiempo o espacio, no sé, donde las arenas estaban sepultadas por un manto de vegetación que brotaba furioso en todo rincón y momento.

Soñé -y el sueño abarcaba toda una vida- que crecía y maduraba, luchaba y sufría, con la textura minuciosa pero escurridiza de lo irreal. Caí bajo los zarpazos del Velo gris que era el Tiempo, pero solo para volver a levantarme más fuerte y desesperado. Él sería el tenebroso y desproporcionado rival con el que habría de medirme cada jornada hasta el fin de los días.

Visité, en cuerpo o alma, lugares de ensueño y pesadilla. Conocí el amor y la plenitud, aunque el Velo rugía fragoroso y enorme esperando su momento. Erigí templos desde donde mantener a raya a la abominación, faros que arrancaron más de un jirón de putrefacta niebla a mi enemigo. Sucumbí al desaliento en las negras noches y aprendí el valor de la acción diaria y perseverante, hasta que la misma desesperanza se transformaba en el combustible de nuevas hogueras que contenían a la horrenda bruma sin forma. Tuve aliados en el desigual combate que fué mi sueño. No solo los míos, próximos y que-

ridos, si no también una extraña amalgama de espectros afines entre los que me conté. Pero no es posible evitar para siempre a la eternidad misma, lo sé, así que elegí mi sancta sanctorum, el último reducto desde donde mirar de frente al tétrico Velo de los Días que extendía sus mohosas hebras más cerca con cada amanecer. Allí prendí el último fuego, el que le burlaría aunque royera mis huesos y convirtiera mis carnes en polvo, como así hizo, al final.

Fué una mañana templada que al despertar noté el sabor del frío en la boca, la tiniebla opaca ante mis ojos abiertos y la rigidez completa de mis miembros. Comprendí al instante que el Velo estaba sobre mí. Dentro de mí. Había entrado, taimado, durante la hora más oscura apoderándose con glotonería de mi inútil carcasa. Pero antes de disolverme completamente en mi voraz enemigo, recuerdo un pensamiento, no, una sensación, o el eco indefinido de ésta. Algo, en suma, que nunca habría esperado.

Algo así como... alivio.

Cuando desperté, antes del amanecer, contemplé con placer y gratitud mi aposento con todo lo que me es querido y familiar, de vuelta tras la larga ausencia soñada. El confuso juego de sueño y realidad había acabado y ahora estaba en mi lugar. Me acerqué a la ventana a tiempo para recibir la primera caricia cálida de Ra, murmuré la cotidiana plegaria de agradecimiento y salí a la bulliciosa calle donde comenzaban ya los preparativos de un nuevo día.

Comerciantes y artesanos preparaban sus mercancías en los apiñados puestos callejeros del mercado, y apreté el paso, sorteándolos, para disfrutar del espectáculo de la salida de las tropas que partían al norte envueltas en el estruendo de címbalos y trompetas en una nueva expedición de castigo contra los destacamentos hititas que hostigaban la frontera, como siempre. Luego encaminé mis pasos al templo de Horus, entre cuyos muros realizo mi labor de guardián de los textos sagrados, y me fundí -de camino- con la colorida multitud que cada día palpita efervescente en las calles soleadas de Tebas, la eterna.

“
El relámpago ya no reluce...
Horrible...
Sólo puedo ver las cosas con
un sentido monstruoso que
no es el de la mirada...
La luz es oscuridad
y la oscuridad es luz...
”



LA ESTELA
DE LUVEIL-KERAPT

Publicación electrónica de la NLdT



Nueva Logia
del Tentáculo

© 2008

web: dreamers.com/logia
foro: gritos.com/logia
correo-e: nuevalogia_lovecraft@hotmail.com

Sin Título, de Dogon (Roberto Ogdón), detalle.

